



Uruguay como problema

¿Cuáles son las posibilidades de independencia real, si es que existen, de un país como el Uruguay?

y otros trabajos

por

Alberto Methol Ferré

Universidad de Montevideo, y Academia Diplomática de la Cancillería, República Oriental del Uruguay. Contacto: amethol@gmail.com

Electroneurobiología 2007; **15** (5), pp. 3-104; URL
<http://electroneubio.secyt.gov.ar/index2.htm>

Copyright © November 2007 *Electroneurobiología*. Diese Forschungsarbeit ist öffentlich zugänglich. Die treue Reproduktion und die Verbreitung durch Medien ist nur unter folgenden Bedingungen gestattet: Wiedergabe dieses Absatzes sowie Angabe der kompletten Referenz bei Veröffentlichung, inklusive der originalen Internetadresse (URL, siehe oben). / Este texto es un artículo de acceso público; su copia exacta y redistribución por cualquier medio están permitidas bajo la condición de conservar esta noticia y la referencia completa a su publicación incluyendo la URL (ver arriba). / This is an Open Access article: verbatim copying and redistribution of this article are permitted in all media for any purpose, provided this notice is preserved along with the article's full citation and URL (above).

Accepted: November 15, 2007 – Published November 23, 2007



RESUMEN: Inglaterra abrió un campo neutralizado en la boca del Río de la Plata, para desarticular la Cuenca y evitar su control por ningún centro de poder latinoamericano en el Hemisferio Sur, capaz de resistir y autodesarrollarse. El Uruguay aseguraba el desmembramiento de la zona óptima de América del Sur. Como reaseguro, las Malvinas custodiaban discretamente; no olvidemos que es la operación complementaria que sigue a poco la independencia del Uruguay. Esta fue factible mientras hubo un excedente suficiente como para conformar o subsidiar a la mayoría, sin afectar las bases del sistema que determinaba el control de la producción por la oligarquía terrateniente y comercial, ligada a la exportación. Seguridad social, salarios, un cierto proteccionismo a la industria liviana incipiente, educación universal, laica y gratuita, estatismo: así, el Uruguay inauguró el *Welfare State* en América Latina. Singular *Welfare State* sin industria, con pies de barro, pasto y pezuñas. ¿Ha conocido nuestro país un ascetismo creador? ¿Tenemos reservas de ejemplaridad? Pareciera que no. Se ha dicho respecto de nosotros que "en el principio fueron las vacas": antes estuvo la abundancia, luego vino el hombre. Hernandarias fue ya el introductor de nuestra "cibernética natural", la ganadería, en circunstancias absolutamente excepcionales en la historia universal. No tengo noticia de vaquería semejante. No obstante su raíz es una tragedia de vieja data, que se consuma en 1640 con la independencia portuguesa, cuña perpetua contra España y su formación nacional. La balcanización comenzó ya en España, y por eso Unamuno podía percibir con claridad que "las patrias americanas son, en gran medida, convencionales". Pero la fisura original Portugal-España no puede conquistarse entre nosotros, como sobrevivencia malsana y bajo rivalidades nefastas empujadas por extraños: sus exclusivos beneficiarios. Ya en los preliminares de la primera emancipación, entre 1807 y 1810, hubo una genial visión e intento reparador, el de la princesa Carlota de Borbón. Hoy nos espera, diríamos, como un "neocarlotismo" en condiciones históricas más maduras. Pues así como no hay Europa sin la alianza de Francia y Alemania, tampoco habrá América Latina sin la alianza profunda de Argentina y Brasil. Nosotros, con los otros países de la Cuenca, seremos su mediación, su "BeNeLux" a la criolla. Por eso el Uruguay como problema problematiza a toda la Cuenca del Plata. En efecto, el Estado Tapón era como el arco de bóveda que sostenía los compartimentos estancos rioplatenses, era la clave de la balcanización, su punto de equilibrio. Pero si el Estado Tapón se destapa, todo el equilibrio se rompe y todas las aguas se confunden. Pues el Uruguay es también el talón de Aquiles de la balcanización en el Hemisferio Sur latinoamericano. La inserción del Uruguay en la Cuenca, por las buenas o por las malas, por decisión propia o desorden interno, será el punto de fusión de las historias argentina, paraguaya, brasileña, boliviana, etc. Será luego el fin de todos los compartimentos estancos, de los grandes lagos interiores en un torrente común. Es por el Uruguay donde se destapará la Cuenca, y se convertirán las historias de todos sus vecinos complicados en una sola historia. Por aquí comenzará el deshielo de la balcanización latinoamericana. [Article and abstract in Spanish]

Índice

Noticia editorial

Prólogo por Arturo Jauretche (1971)

Uruguay como problema: *¿Cuáles son las posibilidades de independencia real, si es que existen, de un país como el Uruguay?* (1967)

1. El Uruguay en cuestión
2. Génesis Internacional de Uruguay
3. El Uruguay Internacional
4. La necesidad de trascender al Uruguay
5. El Nuevo Uruguay Internacional

Otros trabajos del autor:

1. La integración de América en el pensamiento de Perón (1996)

Addendum: El Proyecto ABC. Alocución del Excelentísimo Señor Presidente de la Nación, General de División Juan Domingo Perón, ante Jefes y oficiales en la Escuela Nacional de Guerra, Buenos Aires, el 11 de noviembre de 1953.

2. Mercosur o muerte: nuestras tres ebulliciones totalizadoras (2004)
3. Alberdi, Perón y la Unidad Sudamericana (2004)



Noticia editorial



Uruguay como Problema, de Alberto Methol Ferré, es uno de los libros que mayor influencia han tenido en el pensamiento político del Río de la Plata en la segunda mitad del siglo XX. Es también, posiblemente, la más trascendente y lúcida reflexión sobre el papel histórico y el destino del Uruguay, ese pequeño país surgido de las intrigas diplomáticas del primer ministro inglés George Canning y sus agentes rioplatenses. Publicado en 1967 y agotado tiempo ha, la lectura actual de esta obra destaca la naturaleza visionaria y profética de muchos de sus planteos, que al momento de ser escritos resultaban extrañamente apocalípticos.

Alberto Methol Ferré nació en Montevideo en 1929. Desde su juventud militó en el Partido Nacional o Partido Blanco del Uruguay y mantuvo estrecho contacto con el último gran caudillo de ese partido, el doctor Luis Alberto de Herrera, pero se acercó a las posiciones del peronismo primero, a la izquierda nacional argentina después. Vinculado a la mayoría de los pensadores nacionales argentinos, Methol Ferré mantuvo una amistad muy cercana tanto con Arturo Jauretche como con Jorge Abelardo Ramos, y a través de éste con Jorge Enea Spilimbergo. En abril de 1955 Methol Ferré fue uno de los fundadores de la revista *Nexo*, y precisamente en el primer número de la citada revista publicó un artículo sobre *El marxismo y Jorge Abelardo Ramos*. Methol Ferré quedó impresionado por un discurso que Juan Domingo Perón pronunciara en noviembre de 1953 acerca de la política exterior argentina. En ese discurso, el creador del justicialismo admitía que Argentina no tenía los recursos necesarios para lograr una total sustitución de importaciones, y proponía la ampliación de los mercados nacionales uniendo a Argentina con Brasil y Chile. Posteriormente se produjeron diversos debates, algunos en el mismo gobierno, advirtiéndose entre los documentos que integraban estas diversas ponencias instiladas, para seducir al más alto nivel de decisión, por los factores de poder adversos al mismo. Lo sé porque las leí, así como algunos lúcidos informes que procuraban contrarrestarlas. Permítaseme un recuerdo personal: contratado en 1962 en el Ministerio de Hacienda (hoy de Economía, en Plaza de Mayo) y habiendoseme verificado callado y capaz de escribir los números, se me ungió jefe de una cuadrilla de peones para limpiar el piso 14. Este pequeño piso olvidado, situado sobre el lujoso comedor de funcionarios al centro de la terraza, invisible desde la calle y al que los empleados comunes no podían acceder, tenía un amplio costado repleto de planillas y formularios, incluyendo los documentos que el ministro y su equipo trabajaban al momento del golpe militar de 1955, cuando se originaron los balazos que aún por entonces picaban de viruela los muros externos. En casi siete años nadie había tocado el apresurado acúmulo y la cuadrilla creyó normal que, mientras los hacía sudar embolsando y tirando montañas de formularios burrocráticos y luego les extendía el tiempo de su comisión bien más allá de su ejecución diligente, el vago de su jefe se la pasara leyendo y seleccionando carpetas... que no terminaron en la basura. (La técnica, beneficiada luego por el descubrimiento del fotocopiado en seco, me sirvió veintitrés años después, cuando un presidente ordenó reconocer toda la deuda externa de la que ya había encontrado un cuarenta por ciento ficticio la Comisión investigadora especial del Senado, donde trabajábamos un grupo de amigos). Methol Ferré dice en este libro que el proceso conjunto de interiorización latinoamericana, con sus exigencias de industrialización, es el camino fatal del "*interveníos los unos a los otros*" que concluya el aislamiento de nuestros pueblos; aquellas carpetas del piso 14 me permiten agregar que la técnica clave, lo esencial para viabilizar un plan así, era detectar áreas de no competencia entre los países relacionados y empezar ante todo a desarrollarlas, no como intervención, sino como aportes recíprocos que encuentren o desarrollen su propia demanda. Sólo por esa gradualidad los países socios nos daríamos el respiro inicial necesario antes de optimizar nuestras industrias compitiendo en-

tre nos en ese mercado interior ampliado. En fin, el derrocamiento de Perón dio temporario fin a ese *Plan ABC*, como se lo llamaba. Volviendo al hilo: sobre la unidad así proyectada, Roberto Ares Pons escribió una obra cuyo título era *Uruguay: ¿Provincia o nación?* (1961), donde abogaba para que el Uruguay se constituyera en el vínculo entre Argentina y Brasil. En ese clima, el grupo fundador de la revista *Nexo* fue convirtiéndose en un precursor del actual Mercosur mientras, gracias a la relación de Methol Ferré con los intelectuales argentinos antes nombrados, el pensamiento de la Izquierda Nacional argentina pudo ser conocido en el Uruguay e influir sobre algunos dirigentes socialistas de ese país, como fue el caso de Vivian Trías y Carlos Machado. Actualmente (2007), Alberto "Tucho" Methol Ferré es considerado uno de los grandes pensadores y propulsores tanto del Mercosur como de la Confederación Sudamericana de Naciones y sus artículos y conferencias son seguidos con interés por todo el continente. (MC, *Electroneurobiología*)



Prólogo

(a la edición de 1971)

Este que usted acaba de abrir es uno de esos pequeños grandes libros que ocupan poco lugar en la biblioteca y mucho en la cabeza del lector, como, por ejemplo, *La Lucha por el Derecho* de Ihering, que es para mí modelo de los pequeños grandes libros. Creo además que éste tiene, para la visión geopolítica de la Cuenca del Plata, una importancia tan grande como aquél la tuvo en la esfera más general de su tema.

La dedicatoria que generosamente me ha hecho el autor pudiera inhibirme para este prólogo a la edición porteña -que sucede a las dos montevideanas- pero no pude excusarme por las mismas razones que ella explica sobre el frustrado propósito de una colaboración sobre la base de comunes puntos de vista.

Tal vez sea mejor que los dos trabajos, el mío *Política y Ejército* de 1957 que reeditaré actualizado próximamente, hayan salido por separado, pues obvian las inevitables dificultades – por mayores que sean los acuerdos – que crea el hecho de ser los autores hijos de las márgenes opuestas del Plata.

Sería ocioso decir que este prólogo tiene que ser necesariamente corto para estar a tono con el libro prologado: debe ser breve, y más si no es bueno y no le cabe lo de Gracián.

De entrada nomás, el autor nos pone frente a la médula del asunto: "El Uruguay es la llave de la Cuenca del Plata y el Atlántico Sur y la incertidumbre

de su destino afecta y contamina de modo inexorable y radical al sistema de relaciones establecido entre Argentina, Brasil, Paraguay y Bolivia". Seguidamente afronta las dos caras del contemporáneo problema oriental: la crisis del Uruguay en sí – diríamos la cara interna – y lo que el Uruguay significa en la Cuenca del Plata por su inevitable incidencia en el conjunto geopolítico, es decir, la cara externa. Es que, como lo dice, "la República del Uruguay es la piedra clave de una bóveda que articula los cuatro países concurrentes en la cuenca platina".

Este libro cuida de no adoptar el tono magistral para exponer un sistema de ideas; con gran humildad el autor personifica éste, vitalizándolo, en una lograda tentativa de interpretación del pensamiento de aquel gran caudillo que fue Luis Alberto de Herrera. Después de leerlo recién se comprende bien al extraordinario conductor que vivió permanentemente el drama de una situación equívoca y ambigua, porque, tal vez único sabedor de la incertidumbre y del riesgo del destino de su patria, debió actuar siempre como compensador en la balanza de los acontecimientos. Recién ahora en el Uruguay se toma conciencia – aparentemente como efecto de la crisis económica – de aquello que angustió al político blanco, que por encima de todos, blancos y colorados, tuvo siempre presente las implicancias geopolíticas de la derrota del artiguismo a manos de porteños, brasileños y británicos.

No se limita Methol Ferré a plantear el ineludible problema geopolítico que la crisis actual del Uruguay trae a la boca del escenario rioplatense. Analiza también esa crisis en su aspecto económico y aporta al conocimiento de nuestros problemas comunes, de argentinos y uruguayos, las más lúcidas interpretaciones que conozco y que resuelven la aparente contradicción de considerar a nuestros países como subdesarrollados, en cuanto sólo productores de materias primas, mientras exhiben un desarrollo mucho más amplio que el de los países del Tercer Mundo y que en ciertos aspectos les da la apariencia de los países metropolitanos. Se trata de la situación privilegiada de los países ganaderos en las condiciones del mercado mundial uni-concéntrico y la renta diferencial. La tierra casi sin aporte de capital ni trabajo humano – por una cibernética natural, imagen que arriesga el autor – producía a costos tan inferiores a los de la metrópoli mundial que la importación de sus frutos era prácticamente una subvención al salario, en el momento en que la revolución industrial provocaba el ascenso del consumo en las masas de una sociedad enriquecida por ésta y por el saqueo de África y Asia. Los costos eran tan bajos, en relación a los metropolitanos, que, a pesar del bajo precio y de que el grueso de los márgenes era también absorbido por el aparato económico financiero del imperio – transportes, seguros, fletes, servicios de deuda – y dilapidado por los terratenientes locales, quedaba lo suficiente para el desarrollo de las clases medias y un pequeño proletariado originado en una industria primaria, que servía a los consumos no importados excepcionalmente, o las necesidades que originó la creación de la infraestructura económica agropecuaria. También una capacidad fiscal que permitió al Estado realizar labores correspondientes a una sociedad moderna en desarrollo.

Cuando esta situación se fue deteriorando, el Uruguay no tuvo, como la Argentina, la posibilidad de crear, en más amplio y diverso espacio, actividades compensatorias.

Batlle en cierto modo, socializó gran parte de la renta diferencial a través del impuesto y la estatización de empresas. Los terratenientes uruguayos fueron menos ricos que los argentinos, y una numerosa clase media culturizada fue creciendo a la sombra de la burocracia y de los institutos de previsión en que se prorrataron los recursos fiscales obtenidos. El Uruguay se convirtió así en un país símbolo de la estabilidad que parecía promovida por la eficacia de las instituciones democráticas. Lo cierto es que confundían el efecto con la causa.

Señala Methol Ferré cómo la falsa historia contribuyó a crear la ficción de la "insularidad" uruguaya que produjo por consecuencia, en el país, una conciencia política eminentemente abstracta. Fue una historia "de puertas cerradas" que mostraba el país como creado exclusivamente por "una causalidad interna", cosa que conocemos perfectamente aquí, pues se llama *reversionismo* incluso a la elemental tentativa de vincular los hechos con el movimiento contemporáneo del resto de la historia del mundo y en particular de nuestra América, que es lo que no quiere hacer la historia oficial. A su vez hay otra historia que obedece sólo a pura causalidad externa: esta es una historia, dice el autor, tan de "*puertas abiertas*" que no deja casa donde entrar. Esta ha sido preferida por las izquierdas tradicionales en su importación de esquemas.

Sobre este tema no se puede ser más acertado que Methol Ferré para caracterizar ambas actitudes y esto me obliga a transcribir los párrafos en que hace la síntesis: "*Nos escindíamos en pueblerinos y ciudadanos del mundo. Palco avant scene o mecedora en el patio del fondo. ¿Quién no recuerda sus profesores de historia americana ignorantes de la universal, y a los de universal, que se salteaban la americana? Así, de 'una historia isla' pasábamos a la evaporación, a las sombras chinescas de una 'historia océano' donde la historia se juega en cualquier lado menos aquí*".

Pero ¿a qué anticipar lo que Methol Ferré dice mejor en el increíblemente breve espacio de este libro fundamental?

Los uruguayos lo han leído. Léanlo ahora los argentinos.

En **Uruguay como Problema** verán que el destino nunca se aparta definitivamente del pasado -se contienen recíprocamente- y que hay leyes inmutables que sólo se pueden contradecir por breve tiempo.

Ya estamos entrando en el momento crucial en que el pasado reaparece con sus leyes olvidadas y este libro lo explica con la angustia de un uruguayo que quiere encontrar soluciones uruguayas, argentinas y brasileñas para evitar que sean dramáticas o dictadas por otros intrusos.

Aquí podríamos terminar este prólogo ya demasiado extenso para libro tan breve y sustancioso. Pero la que se traduce es la segunda edición uruguaya, y ésta agrega a la primera un epílogo [substituído en la presente edición

por sinopsis más recientes. *Ed.*] donde se comprueba que han desaparecido las condiciones que permitían circunscribir las soluciones a la Cuenca del Plata, como creía el autor en la primera. Todavía cuando ésta, era vigente aquello de Herrera que se cita: "*Debemos mantener siempre el punto medio entre Itamaratí y el Palacio San Martín, pero para ello siempre más cerca del Palacio San Martín*".

Ahí es donde el autor agrega: "*El Uruguay es estratégicamente mucho más importante para Argentina que para Brasil. Éste domina con sus inmensas costas y situación, todo el Atlántico Sur. El Uruguay no le es vital. En tanto que, para Argentina, el Uruguay es cosa de vida o muerte, pues le controla su arteria de comunicación esencial con el resto del mundo: el Río de la Plata. El Uruguay está junto al sistema nervioso central de Argentina, el triángulo que forman Buenos Aires, Rosario y Córdoba. Desde el Uruguay la vulnerabilidad argentina es total. Mientras que, por el contrario, el Uruguay no afecta ningún elemento decisivo del Brasil*".

Agrega así, en el Epílogo, un cambio de perspectiva, pues estamos en presencia de un desequilibrio creado por la política brasileña de expansión con apoyo de un respaldo imperial, EE.UU., que lo hace centro y mano muerta - pero aprovechada- de su acción. El equilibrio de la Cuenca del Plata era aún posible en la política de Perón - Vargas, o la tentativa retomada con Frondizi-Quadros.

Estas suponían un desarrollo armónico del Brasil, atento a su mercado interno y a su desenvolvimiento económico social. Pero bajo la dictadura militar, Brasil ha emprendido un desarrollo acelerado y expansionista confiado en el apoyo exterior para crear una economía de monopolios y concentración de la riqueza que le permite instrumentarse como potencia con sacrificio de su propio pueblo. Yo creo que eso es construir colosos con pies de barro que tampoco sirven para la eventualidad de la guerra moderna. En esta es inútil poseer costosos arsenales, ya que las armas envejecen aceleradamente, y no define la situación ni siquiera la provisión de armamentos, en la emergencia, por el imperio que respalda. (Algo tenemos que aprender del Vietnam, donde no ha bastado aquel recurso, y el imperio que está detrás ha tenido que "ponerse" con todo, a tal punto que no se sabe ahora cómo salir).

Ninguna guerra puede hacerse hoy sin contar con las masas populares y estas son más eficaces cuanto mayor capacitación tienen. (Aquí una digresión: en otra parte he señalado la imprescindible necesidad de identificar FF.AA. y pueblo, no desde el ángulo político, sino como necesidad militar) y es éste concepto que debe decidir a las fuerzas armadas para buscar el retorno de los gobiernos populares, salvando así su propio destino marcial y no policial; éste las fortifica para adentro en la medida que las debilita para afuera.

El actual desequilibrio en la Cuenca del Plata, que se irá haciendo más profundo, obliga a retomar la geopolítica sanmartiniana, en presencia de un hecho indiscutible que se percibe en todo el continente: el conflicto entre la

América lusitana y la hispana que le ofrece a la Argentina la base vertebral de los procesos andinos.

En esta nueva escala de valores la Cuenca del Plata no es eje del proceso sino la Cordillera porque el problema se ubica en la dimensión continental que tiene, y Argentina se coloca en una posición mucho más fuerte que la que tiene en la Cuenca del Plata. La hegemonía del Brasil sobre todas sus fronteras es incontrastable y ya no se trata sólo del Uruguay, porque lo mismo pasa al Oeste que al Norte. Sólo Argentina puede vertebrar Hispanoamérica, pero si no hay Hispanoamérica sin Argentina, ya estamos frente al riesgo de que no haya Argentina sin Hispanoamérica, como consecuencia de haber opuesto la geopolítica de Rivadavia y de Mitre – atlánticas – a la del Pacífico, que fue la sanmartiniana y también la bolivariana. (Quiero imaginar que Argentina y el Uruguay hubieran sido aliados de Solano López, en la Guerra del Paraguay, en lugar de aliados de los Braganza. Basta pensarlo para percibir la incapacidad criminal de una política que era la continuidad de la que con Rivadavia le negó auxilios a San Martín para completar su empresa).

Aun ha habido cosas peores, como bajo Onganía, con el concepto de la guerra ideológica cuando se concibió un entendimiento brasileño-argentino contra el resto de América latina, operación sólo útil al Brasil porque tendía a destruir los puntos de apoyo argentinos, en una política de distancia que son precisamente los de resistencia al imperio republicano que en la guerra ideológica hacía su propia guerra nacional. Afortunadamente contra esto se ha reaccionado, en la conducción militar e internacional.

He agregado unas cuantas consideraciones personales que en mí ha suscitado el libro de Methol Ferré. Supongo que cada lector hará las suyas y entonces, entre nosotros, argentinos, este libro nos habrá servido, más que para conocer los problemas del Uruguay, para conocer los propios.

Los verdaderos maestros enseñan así: más que distribuyendo conocimientos, utilizando estos para producir reflexiones que se convierten en conocimientos pero no librescos, sino vitales y adecuados al mundo del que aprende.

Me costaría terminar este prólogo sin tener un recuerdo emocionado para ese Uruguay que termina como isla de paz, con aquella satisfecha visión del mundo que se reflejó en la frase: "*como el Uruguay no hay*".

He vivido en el país hermano bastante tiempo, en dos oportunidades, y en dos edades, y exiliado las dos. Después de 1930 y después de 1955. En esta última época tuve que padecer la casi total incompreensión de un pueblo que todavía no había aprendido la saludable desconfianza con que se deben leer los periódicos. A pesar de ello la amabilidad, la buena voluntad, y la generalidad de los orientales superaba ese desencuentro y mucho más a medida que el Uruguay iba saliendo de la isla estratosférica que quería ser, cuando la realidad empezó a reclamar sus derechos ante el agotamiento de la estructura económica que explica el autor de este trabajo.

Aprendí – lo sabía ya desde el primer exilio – que al oriental tipo había que encontrarlo un poco lejos de Montevideo no a causa de Montevideo mismo, sino por su nefasto papel de diario. Este oriental tipo es un hombre reposado, que habla un lenguaje perimido entre nosotros y que conserva hábitos y costumbres mucho más hispánicas que las nuestras. Allí bajo el alero de algunos ranchos he visto caer las tardes y he tenido una sensación tan de época, que por momentos me parecía ver desbordando el filo de las cuchillas a la gente de Aparicio, revoleando los ponchos. Desde allí también los conocí a los montevideanos y aprendí a ser su amigo -poco precio por la amistad que me dieron- y ya en la intimidad me volví a encontrar como cuando fui a Montevideo de criatura, entre los trece y los catorce años. La playa era la de Capurro, ahí sobre el puerto, y nosotros mirábamos el agua sin animarnos a entrar. Los argentinos, mejor los porteños, éramos los "*barriga agujereada*" que nos ahogábamos inevitablemente. Entonces nosotros les decíamos "*carne de paloma*"¹ a los orientales, supongo que por alusión a la abundancia de morenos y sus mezclas, cuando estúpidamente nos jactábamos de ser el pueblo blanco de la América hispánica. Recuerdo esos dicterios porque uno se da cuenta cómo todavía éramos una misma familia, pues la agresividad tenía ese carácter entre agrio y humorístico de las riñas fraternas que también se exteriorizaba en los partidos internacionales. Por ahí he recordado que mi padre no decía Salto – hablando de Salto, nuestro pueblo de ese nombre en la Provincia de Buenos Aires – sin agregar Argentino. Había que aclarar que no era el Salto Oriental – cosa que no ocurre ahora – porque era todavía muy confusa la línea que separaba una y otra banda; todavía en las guitarras andaba el "*heroico Paysandú, yo te saludo...*". Tal vez el lector encuentre estos recuerdos del Uruguay un poco extraños al prólogo y confieso que vacilé en agregarlos. Al fin pudo más mi necesidad de marcar con una nota la posición afectiva que tengo y que no se resigna a considerar los términos de un problema geopolítico con sólo los elementos, un poco sin alma, de esa ciencia.

Arturo Jauretche

1971



¹ A propósito de "barrigas agujereadas" y "carne de paloma". El cónsul argentino en Colonia, mi amigo Fernando Bracht, gran nadador, hace dos o tres años salvó a dos uruguayos que se estaban ahogando. Salió en los diarios y yo le escribí diciéndole que su hecho era extraordinario por su condición de "barriga agujereada". Agregaba que seguramente no le anotarían en su ficha personal este acto "que sin embargo debe ser uno de los pocos éxitos de nuestra diplomacia en la vecina orilla".

Uruguay como problema

¿Cuáles son las posibilidades de independencia real, si es que existen, de un país como el Uruguay?

Alberto Methol Ferré

Primera edición, diciembre de 1967
Editorial Diálogo
Montevideo, República Oriental del Uruguay

Dedicatorias:

A don Arturo Jauretche, maestro y amigo, con quien hace más de diez años nos propusimos escribir un libro de geopolítica rioplatense. Los acontecimientos hicieron que no lo pudiéramos realizar en común. El hizo un adelanto en "*Ejército y Política*" (Buenos Aires, 1957). Aquí va uno mío.

A Paulo R. Schilling, compañero generoso, riograndense que mucho nos enseñó de la patria hermana, el Brasil, y que desde su exilio uruguayo ha ahondado en la común Patria Grande, América Latina.

Las circunstancias personales simbolizan una situación histórica de compartimentos estancos ya insostenible. Estos dos amigos, que no se conocen entre sí, han vivido el exilio –no el destierro– en nuestra tierra, por las mismas razones políticas. Este ensayo, "*cuestión fronteriza*", quisiera contribuir a su conocimiento, pues en ello reside la posibilidad de una auténtica política nacional, rioplatense y latinoamericana.

1. El Uruguay en cuestión

El Uruguay es la llave de la Cuenca del Plata y el Atlántico Sur, y la incertidumbre de su destino afecta y contamina, de modo inexorable y radical, al sistema de relaciones establecido entre Argentina, Brasil, Paraguay y Bolivia. Seguramente, sus repercusiones son aún más lejanas. Por eso, una reflexión sobre su historia, raíces y prospectiva compromete y está empeñada directamente con sus vecinos. Tanto para ellos como para nosotros, una distracción acerca del otro equivale a un olvido de sí mismos. El Uruguay separado de su contexto renunciaría a comprenderse y caería en la irrealidad tentadora del solipsismo político.

Que el Uruguay esté en profunda crisis, y ésta amenace más y más desde larga data, es sorpresa para todos, incluso, y en primer término, para los uruguayos, aferrados a su incredulidad. La ejemplaridad acatada del Uruguay, para América Latina y para los uruguayos mismos, era cosa juzgada; se presumía bien adquirido para siempre. El país se sentía venturosa y sensata excepción a las "bárbaras" tragedias latinoamericanas. Sin embargo, año a año, desde hace visiblemente por lo menos una década, la crisis ha avanzado paulatinamente, con algún reposo aparente, pero retomando fuerza para nuevos enviones. Una crisis no abrupta, sino lenta y pertinaz como la decrepitud. Pareciera que el país asistiera apático a su propio desmenuzamiento, como una vieja familia en desgracia, y que se abandonara inerme al peligro más grande que le acecha desde los tiempos de la Triple Alianza.

Es como si el sostenido bienestar uruguayo del siglo XX hubiera abotagado sus reflejos defensivos inmediatos, de tal modo que lo hiciera incapaz de elaborar todavía respuestas vivaces ante las nuevas incitaciones, que sólo le son deprimentes. Que se refugiara en el comentario de su propio malestar, en el espectáculo de su propio desgaste, en las protestas habituales. Que deseara utópicas "restauraciones" del tiempo mejor, imaginando que "buenas administraciones" serían suficientes y reparadoras. Que hombres honestos y frugales, o técnicos competentes ajenos a las *transas* de la política de clientelas, alcanzaran para las enmiendas requeridas. O que mentadas "reformas estructurales", que no cuestionan la estructura misma del Uruguay como país, también fueran la salida posible y eficaz. Toda esta imaginería reaccionaria, aun bajo la máscara de extremismos verbales, afecta aún, de un modo u otro, a todas las clases sociales uruguayas, cuyas pautas y tonos comunes son propios de la clase media, moderada y moderadora por excelencia como ya sabía Aristóteles.

Un país detenido es también la vida atrancada de su población. La ausencia de dinámica y esperanza colectivas se configura en el desgranamiento de vidas individuales obturadas, en la pudrición de energías inmóviles o mal aplicadas, sin posibilidades objetivas normales de autorrealización y servicio. Sociedad sin horizontes abiertos es hombre sin perspectiva. La emigración o el catre. Son estos tiempos de epidemia psicoanalítica en la sólida clase media montevideana, angustiada por la angostura de sus proyectos reales de vi-

da y la acechanza atmosférica, cierta y omnipresente del deterioro general de sus condiciones de existencia. Por la frustración de la desembocadura paralítica en féretros burocráticos, albergues de una capacidad ociosa humana tan devastadora como la de nuestras industrias. Una clase media cebada por la seguridad, que puede pagar aún sus cuitas en el diván, asistir a polémicas sobre las guerrillas por televisión, pero no puede asumir en la calle ninguna cura política. La multitud de los solos carece de tarea común y es un reino de mezquindades y ensueños. El marasmo político traduce su desasosiego en marasmo psicológico. Aún las psicologías crispadas no se han hecho nueva política. Sólo son el acabamiento de la política tradicional.

Sin embargo, el empeoramiento progresivamente acelerado del país, los rumores de "intervenciones" en ciernes de "gorilas" argentinos y brasileños, va generando las preguntas más inquietantes. Si los pueblos satisfechos quedan al margen de la conciencia histórica, la ruptura de sus gratificaciones y beatitudes les hacen volver a la historia. Pues la apatía uruguaya no sólo es inercia de buenas costumbres, sino también inconfesable sospecha acerca del destino del país. El futuro del Uruguay, ¿es realmente posible? Hay apatía porque no ve salida histórica; se está a "puertas cerradas". Delante hay un muro. Es el asomo y recelo de que no hay solución puramente uruguaya para el Uruguay. ¿Y entonces qué?

Si el presente uruguayo compele a tales dudas colectivas es porque nos expone obstáculos sobre los que no se tiene conciencia clara, y esto nos obliga a todos a remontar a los orígenes para retomar la realidad. Hay momentos en que los países son urgidos a "re-contar" su vida, para hacerse cargo de ella plenamente o librarse a la deriva. Lo que es el Uruguay, nos lleva a lo que fue, para elaborar el ser. Vamos así a lo esencial.

Los nacimientos, en todos los planos, deciden. Y bien, a tono con la moda, es forzoso comenzar por el trauma de nacimiento uruguayo. No hay uruguayo que no sepa, en el fondo del corazón, que el Uruguay nació a la historia como "Estado Tapón". Es un fantasma persistente, no eliminable por las empecinadas acrobacias para censurarlo de nuestra vieja historiografía. Es el saber de todos más intensamente reprimido, abismado en el inconsciente por ser el más perturbador. Y esa vulgaridad es la que vulgarmente no se toma en cuenta, como punto de partida consciente para una verdadera reflexión sobre nosotros mismos. Y sabemos que intentarlo suscita nuestras más espontáneas e incluso saludables resistencias. Pretendemos actuar como si no fuera así y nos exponemos a un contrasentido básico. Y un error u omisión de base corrompe toda conclusión. Por ello, la crisis no exige comenzar por responder con la catarsis de la verdad.

¿Qué significa entonces el Uruguay como Estado Tapón? ¿Qué tapon y para qué? ¿Al variar los contextos históricos varía su significado? ¿Acaso ha dejado de ser Estado Tapón? ¿Acaso sus funciones son otras? ¿Qué es entonces para nosotros "política internacional"? ¿Hasta qué punto nuestra política nacional, interna, se hace también política internacional? O viceversa. Es en este sentido que entendemos la pregunta primordial sobre el Uruguay en La-

tinomérica y en el mundo. Es, además, la pregunta que condiciona todas las preguntas.

Se trata así del Uruguay en su actualidad histórica y sus raíces, bajo su aspecto político-económico más general. Nuestra intención será exhibir los supuestos esenciales, sin derivar en detalles secundarios. El esquema no será por cierto exhaustivo, pero puede ser un punto de partida para lo que se quiere: volver a discutir todo lo que nos atañe como uruguayos. Más que respuesta cabal, que sólo podrá darla la práctica colectiva, debe entenderse lo que sigue como un mayor encuadramiento del problema. No son solución, pero sí principio de toda solución posible. De tal modo, no se hará más que comprobar y confirmar el alcance de la pregunta fundamental, remitiéndonos a su contexto histórico.

Nos interesa pues el Uruguay Internacional, en su faz interna y externa, y en su dialéctica, en su compenetración mutua, de tal modo que lo interno se haga un "momento" de lo externo, y lo externo un momento de lo interno, y así las dos fases del país rueden, una momento de la otra.

Una última advertencia. Este trabajo fue presentado en abril de 1967 al Instituto de Economía como contestación a la pregunta "*¿Cuáles son las posibilidades de independencia real, si es que existen, de un país como el Uruguay?*" Sólo se le han introducido algunos agregados de detalle. Y es muy significativo que este enfoque se integre en un nuevo empuje de la preocupación histórica por el Uruguay, que en este año '67 está en pleno reflorecimiento, desde muy interesantes publicaciones hasta sonados programas televisivos. Ya alrededor del año '61 se había producido un primer empuje de "revisión" histórica, que luego pareció languidecer. Y ahora rebrota con nuevos bríos, coincidente así con los dos momentos de rotación de los dos grandes partidos tradicionales en el poder, arrollados e impotentes ante la crisis. Incluso podemos señalar un estudio de Arturo Ardao, publicado en agosto; "*La Independencia del Uruguay como problema*", cuyo título y contenido son convergentes con el nuestro. Síntoma también de la hondura de la crisis, cuando se viene a dar en semejante pregunta por tantos lados.

2. Génesis Internacional de Uruguay

Ante todo, una sinóptica excursión geopolítica. Los pequeños Estados dependientes carecen de conciencia geopolítica, salvo condiciones excepcionales. La idea de los grandes espacios geopolíticos y sus relaciones les es vitalmente ajena, puesto que están como sumergidos en sí: o integran de modo relativamente pasivo el espacio de una gran potencia, o se mantienen libres, oscilantes, neutralizados, garantidos, en los puntos de fricción en que se contrarrestan recíprocamente los espacios políticos de las grandes potencias. Estas son geopolíticas por antonomasia, por ser actores, y tienen extremadamente afinado su "tacto exterior". La ciencia geopolítica ha florecido en las grandes potencias. Sus clásicos, el inglés Mackinder, el yanqui Mahan, el alemán

Haussoffer, son expresión de "burguesías conquistadoras". Así, no es anormal que los uruguayos, fruto de una praxis geopolítica extraña, tengamos esto oscurecido, víctimas de un tacto limitado a lo interno. Y aunque ese tacto interno se distorsione de continuo por las presiones reales y espejismos exteriores o se trasponga mecánicamente hacia el extranjero. Sueños exóticos no son política exterior. Es que recibimos los espacios y su dinámica económica-política, más que los construimos. Tenemos ojos pero no manos. ¿Cómo saber lo que no hacemos ni podemos hacer? Lógica es la rareza de un sentido geopolítico uruguayo, y esto no delata más que nuestra casi ausencia de la política internacional.

Se ha dicho que los instrumentos propios de la política internacional, congruentes con las incidencias económicas, pueden simbolizarse en dos figuras: el Soldado y el Diplomático. Tenemos los símbolos, pero no la realidad. Nuestro ejército es más bien un minúsculo rubro de burócratas y nuestra diplomacia, más bien sociabilidad y turismo dilatado. Objetivamente, casi no tienen tarea, como en ningún país pequeño. Es que las Grandes Potencias lo son por su capacidad de "intervenir", las pequeñas por su grado de no intervenir. Entre los límites absolutos del puro intervenir y el puro no intervenir se despliega la realidad viviente, con toda una graduación de posibilidades y modos. Somos de los que no intervienen, pero en tanto existimos, algo intervenimos, algo somos intervenidos. Debemos saber entonces, tal es la pregunta, nuestro modo peculiar de intervenir y no intervenir. Las condiciones de esa peculiaridad es lo que importa. Y para eso, lo mejor es el repaso de elementalidades algo descuidadas o demasiado implícitas.

¿Cuál es nuestra posición internacional? ¿Cómo se ha definido nuestra situación geopolítica? Primero esbozaremos apretadamente las coordenadas generales, luego las específicas del Atlántico Sur y la cuenca del Plata siguiendo el curso histórico.

El sencillo esquema de Halford Mackinder divide a las tierras de nuestro planeta en dos grandes masas: la Isla Mundial (Eurasia y África) y la Isla Continental (América). La Isla Continental está separada por el foso protector de los océanos. Y la historia del hombre le vino pausadamente a través de milenios desde el Océano Pacífico y Asia, pero se incorpora realmente a la historia universal desde Europa y el Atlántico, hace apenas cinco siglos. Las potencias europeas en lucha terminan escin-

diéndola y unificándola en dos grandes áreas: la anglosajona y la latina. Nacemos entonces bajo la hegemonía del Imperio Hispánico, el primero en dar la vuelta al mundo. Pero a Magallanes le siguió el pirata Drake. Y España en su retroceso histórico hace lugar desde la Independencia al predominio del Imperio Británico, que a su vez lo va cediendo al Imperio Yanqui, llegado con el siglo XX y consolidado en la Segunda Guerra Mundial. Tres Imperios sucesivos signan nuestra historia.

El Imperio Hispánico es el creador de América Latina, ámbito mestizo en que los occidentales de la Isla Mundial se mezclan con sus orientales, lla-

mados genéricamente "indios". América Latina es hija de esa confluencia de Oriente y Occidente. Pero es el mundo hispánico el que fija su unidad lingüística, cultural y religiosa de base. En la Isla Continental se proyecta de modo gigantesco la gran fractura entre el sur y el norte europeos, contemporánea del descubrimiento y colonización, la Reforma y Contrarreforma [*predominio platonista y contrapeso aristotélico. Ed.*], que aquí se instalan en espacios separados y se desarrollan sin convivencia mutua. El Imperio Hispánico tiene sus centros en el Caribe – el Mediterráneo americano – y en Lima en el Sur. Sólo en la etapa final se extiende realmente en los grandes espacios de la Cuenca del Río de la Plata. Por otra parte, la guerra incesante entre el poder inglés en ascenso y el español en declinación tiene hondísima repercusión en la configuración de América Latina. En efecto, engendra como consecuencia la frustración de la unidad nacional ibérica, secesionando al Portugal de España. Y esa unidad nacional frustrada se proyecta a su vez en América Latina, dividiéndola de Brasil. ¿Pues que es el portugués sino un gallego separado?²² De esa lucha con el poder inglés que instrumentalizaba a Portugal como cuña, surgirá nuestro país. Nacemos de la tensión entre la Colonia del Sacramento y Montevideo, es decir, España y Portugal (Inglaterra). Venimos ya al mundo como frontera de conflicto y base de penetración en el Atlántico Sur y el corazón sudamericano.

El poder hispánico no tenía su centro en el Atlántico Sur, sino en el Pacífico, proyectándose sobre Asia. Pero las necesidades defensivas contra el poder anglosusitano le llevan a la creación del Virreinato del Río de la Plata y a la fundación de Montevideo. "*La fundación del virreinato bonaerense es, principalmente, un capítulo más de la historia del Pacífico americano... se hizo pensando en convertir al Río de la Plata en el antemural indispensable para la defensa de la parte Sur del continente, más rica y más poderosamente organizada: el Alto y bajo Perú y su prolongación meridional, el reino de Chile*".³

Pero pronto el Virreinato adquirió consistencia e importancia propia, merced a la ganadería. Los asaltos del poder inglés se concentraban en los dos extremos estratégicos del Imperio Hispánico, y tuvieron por escenario Jamaica, Cuba, Panamá, en el mediterráneo caribeño; así como Buenos Aires, Montevideo y las Malvinas en el Sur, e incluso nexos con los *bandeirantes* en sus asaltos contra las Misiones Jesuíticas.

Pero una nueva perspectiva abrió la crisis general del Imperio Hispánico por la ocupación napoleónica.

Desde dos siglos antes de la revolución americana, España iba siendo rebasada inexorablemente por la historia y pasaba paulatinamente a potencia de segundo orden, disputada y desangrada por el embate y la alianza alterna-

² "*A Portugal la independencia le ha costado el patriotismo. No tiene otra salvación que soñar en conquistar a España. Por recelo a ésta han caído a los pies de un rey ladrón y esclavo de Inglaterra*" (Carta de Miguel de Unamuno a Federico de Onís). Ver "**Unamuno y el Uruguay**", de Daniel Castagnín, La Paz 1967, pág. 12.

³ Vicente Rodríguez Casado, en el prólogo a la obra "**El Río de la Plata en la Política Internacional**" de Octavio Gil Minilla (Editorial Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Sevilla, 1949).

tivas con las dos primeras y firmes naciones europeas modernas, Inglaterra y Francia. Y cuando la guerra anglo-francesa llega a su paroxismo, determina la quiebra del decadente sistema español, empantanado en una monarquía semi-feudal, a pesar de los esfuerzos esclarecidos de Carlos III. Primero Trafalgar remata a la flota española y deja al océano en exclusividad inglesa, reina de los mares: "Mar libre" y "libertad de comercio" fueron los nombres de la apropiación inglesa del mar. Luego la ocupación napoleónica en la península ibérica disgrega al Estado y corta a la economía española de sus reinos americanos. Así, el único suplente del poder español fue el poder inglés, que estaba dando el inaudito salto histórico de la Revolución Industrial y emergía, con una arrolladora dinámica capitalista, sobre el vasto mundo todavía agrario. América del Sur era un inmenso mercado vacante, y los ingleses eran los únicos poseedores de los instrumentos requeridos para dominarlo: la más poderosa flota y el sistema maquinista de más alta capacidad productiva. Y establecerá vínculos orgánicos con todos los patriciados latinoamericanos, agroexportadores, extractivos.

Apreciadas desde un ángulo interno, las guerras de la independencia son, en gran medida, el levantamiento de las oligarquías locales contra el poder estatal de la Corona que se sobreponía a ellas y ejercía el poder político sobre ellas. Las guerras de la independencia son la lucha, primero intestina, luego separatista, de los patriciados, de los poderes dominantes en cada región contra la burocracia estatal, descabezada en su legitimidad por la renuncia y prisión del Rey. Por eso los terratenientes se apropian de las consignas republicanas de los burgueses europeos, pero su objetivo era otro. Pues bajo el rostro republicano se consagra a los señores de la tierra, justamente todo lo contrario a la Revolución Francesa. Las clases dominantes de cada región asumieron todos los poderes. No desplazaron a otra clase, sino a una burocracia estatal. La independencia americana surge del abatimiento del Estado y consolida tal postración. El Estado se descoyunta en múltiples centros regionales, tantos como comarcas de ciudades importantes, y en cierto modo se feudaliza, recae en una dispersión y atomización análogas –si vale la comparación– a las ciudades griegas o italianas del Renacimiento, pero ahora en un gigantesco, inhóspito y casi vacío continente. Todos y cada uno aparte, los patriciados se levantan al grito unánime de "¡Junta queremos!". Reclaman la soberanía para sí. Es la "fronda aristocrática"⁴. Y el vasto Imperio fundador se pulveriza dra-

⁴ Esta visión fue desarrollada hace cuarenta años por el chileno Alberto Edwards en su magnífica obra "**La Fronda Aristocrática**". Recordemos que Bernardo Berro en su correspondencia de marzo de 1840 ya comentaba a su hermano Adolfo: "*Que el pueblo no hizo la revolución, y que sólo se prestó a obedecer con gusto para pelear por la independencia y que un corto número de individuos fueron los que la idearon y dirigieron, es cosa que confesaré cualquiera que despreocupadamente estudie desde sus principios la historia de nuestra emancipación y organización política*". Las más grandes excepciones, en este aspecto social, son, en el norte mejicano, Morelos e Hidalgo y, en el sur rioplatense, Artigas. Edwards ve brillantemente la "fronda aristocrática" de los patriciados, pero en "cada país" y no percibe su rol disgregador y coadyuvante con la empresa balcanizadora inglesa. Pero vislumbra los rasgos propios del Patriciado, tan diferente a la burguesía como a los feudales. El amasijo de "feudalismo" y "burguesía", proverbial en la historiografía latinoamericana sobre la emancipación y el siglo XIX, se ha agravaado con el macaneo de las contribuciones del marxismo soviético.

máticamente en una veintena de repúblicas, a pesar de los esfuerzos nacionales de Bolívar, San Martín y Artigas.

Así anota Perroux: "*Si la política de integración no es deseada por el País Foco, tiene todas las posibilidades de tropezar con los obstáculos que suscita, abiertamente o no. En el siglo XIX las repúblicas de América del Sur hicieron propaganda a proyectos de federación, y tuvieron esos sueños en voz alta, frecuente a la vez en la tentación del Imperio. Y en el Ideal de asociaciones cooperativas y libres. A Inglaterra no le gustaban tales designios, aún balbucientes, y lo menos que puede decirse es que no los estimuló de ninguna manera*". Y completa su pensamiento: "*Significativa es la conducta del Reino Unido que, después de 1815, comprendiendo que los mercados restringidos de la Europa Continental serán defendidos por un proteccionismo de economía joven, se vuelve hacia América del Sur para suscitar corregidos el uno por el otro, el espíritu de independencia nominal, la división que excluye la acción común y, por otra parte, el deseo de importar a crédito*".⁵ Ya sabemos el destino deparado a los intentos proteccionistas de Artigas y Solano López, también como Morelos y Bolívar, habían enfrentado la cuestión agraria, lo que había dado a sus movimientos un contenido más profundamente social. Pero no se pudo romper la trenza entre los patriciados y el imperialismo inglés. Lo que siguió fue la trágica e inestable historia de las repúblicas latinoamericanas en el siglo XIX y hasta muy entrado nuestro tiempo, que podría reducirse en su dinámica interna a la noria de la repetición del ciclo "oligarquía-anarquía-tiranía", que es específica, según peculiaridades propias, de los mundos agrarios y dependientes.

La balcanización quedó perfecta cuando las semicolonias proveedoras de materia prima se revistieron del ropaje constitucional de "naciones", lo que era caricatura. En efecto, las "naciones" europeas, triunfo y desarrollo de las burguesías sobre el particularismo feudal, eran exactamente lo contrario a las repúblicas de oligarquías terratenientes. No fuimos países deformados por el monocultivo, sino creados por el monocultivo, en función exterior y sin constituir el mercado interno propio para su desarrollo. Y así se configuró la alienación propia a las semicolonias latinoamericanas, la mistificación de creerse "naciones" cuando no son más que las esquirlas de una gran frustración nacional.

¿Y qué pasó con nosotros? El Virreinato del río de la Plata, luego Provincias Unidas, también saltó a pedazos, por obra conjunta de la oligarquía porteña y los ingleses. El gran caudillo de la cuenca del Plata y Protector de los Pueblos Libres, José Artigas, terminaba derrotado por las tenazas inglesas desde Río y Buenos Aires, y tras el breve período de la cisplatina y la reincorporación de la Banda Oriental a las Provincias Unidas en 1825, se declara en 1828 la independencia del Estado Oriental del Uruguay. La historia fronteriza que teníamos se definía. Habíamos sido Banda Oriental y Provincia cisplatina, dos posibilidades que nos eran esenciales desde el origen, que estaban ya en pugna constituyente de la Colonia del Sacramento y Montevideo. Pero, como

⁵ Francois Perroux: "**La coexistencia Pacífica**" (F.C.E., México, 1960), págs. 186 y 42.

apunta Alberdi, no había dos posibles, sino tres. Uno era Argentina, otro Brasil. ¿Y el tercero? Dejémosle a Alberdi la palabra: "Pero una tercera entidad más importante que los dos beligerantes se interpuso en la lucha y reclamó Montevideo como necesario también a la integridad de sus dominios. Esa entidad era la civilización. Ella también tuvo necesidad de que Montevideo fuera libre e independiente para campear en sus nobles dominios, que se extienden en todo el fondo de América. Habló naturalmente por sus órganos naturales, la Inglaterra y Francia".⁶

No olvidemos que en el siglo pasado la "civilización" era el nombre del imperialismo. El Uruguay no es hijo de la frontera, sino del mar, y el mar era inglés. Este necesitaba una ciudad "hanseática": "Montevideo y su territorio". La parte que nos correspondía jugar en el drama estaba cumplida e inscrita en el contexto general de los acontecimientos hispanoamericanos. Así, tras la promoción y el reconocimiento de la veintena de repúblicas americanas nacientes, Lord Canning, genial artífice, escribía: "*Los hechos están ejecutados, la cuña está impelida. Hispanoamérica es libre y, si nosotros sentamos rectamente nuestros negocios, ella será inglesa*".⁷ Y tal enfoque debe complementarse con su reverso, la visión de los patriciados expuesta por Sarmiento que decía entusiasta: "*La América está en vísperas de alzarse en medio del globo, como el rico almacén en que todas las naciones industriales, vendrán a proveerse de cuantas materias primas necesitan sus fábricas*".⁸

Llegamos así al Uruguay Internacional. El ciclo correspondiente a la tercera etapa, la del Imperio Yanqui, irá en la última parte. Allí nos detendremos con mayor atención en el Hemisferio Sur y la Cuenca del Plata.

3. El Uruguay Internacional

La firme estabilización del Uruguay desde el último tercio del siglo XIX, a partir de la dictadura de Latorre, se asentó en su radical y armoniosa incorporación a la economía mundial "unicocéntrica", cuyo núcleo era Inglaterra. Esa economía mundial específicamente inglesa estaba en su apogeo finisecular, a pesar del crecimiento industrial europeo continental, que le era sin embargo dependiente y sujeto en última instancia a sus reglas de juego. En la era victoriana y la "belle époque" se condensa el Uruguay.

Argentina, Brasil, Uruguay, etc., no entrecruzan ya sus políticas extravertidas hacia Europa bajo la dirección de la City y la atracción de París. Consumada la balcanización hispanoamericana, la paz reina. En consecuencia, las tensiones rioplatenses y latinoamericanas ya no tienen sentido. Todos son vecinos de espaldas, hermanos extraños, que se "desarrollan" hacia fuera. Di-

⁶ Juan Bautista Alberdi: "**Historia de la Guerra del Paraguay**". (Ed. Patria Grande, Buenos Aires, 1962), pág. 80.

⁷ En su célebre carta a Granville, en 1825.

⁸ Editorial de Sarmiento, en "El Progreso", de Santiago de Chile, el 25 de noviembre de 1842 (Ver: Ricardo Font Ecurra: "La Unidad Nacional", Ed. Teoría, Buenos Aires, 1961).

vididos y enajenados, la *Pax Britannica* imperaba y era la libra esterlina o su apéndice el franco, la moneda corriente. Ya el Barón de Río Branco podía fijar, generoso y acaparador, fronteras definitivas. De esta manera, nuestra política internacional se hizo superflua, pasatiempo suntuoso de doméstico bien rentado, pues la órbita estaba fijada. Así será claramente hasta la Segunda Guerra Mundial.

El Uruguay pasó entonces de los "tiempos revueltos" que corren desde Artigas hasta la Triple Alianza, al Uruguay llamado "*ile hereuse*" ["isla feliz"] por algún visitante socarrón. De una continua "internacionalización" a una "nación". O mejor, a una semicolonía privilegiada que se sintió nación, pues formó una verdadera comunidad. El Uruguay dejó de ser problema y se sintió definitivo, con conciencia complacida. Es en la órbita inglesa que se levanta la Suiza de América, cosa que evoca no sólo sus instituciones democráticas, sino también su insularidad, su marginalidad a la historia de su contorno (Suiza es tan neutral que ni siquiera está en la UN). Sobre el Estado básico construido bajo Latorre, Batlle será el gran reformista que adaptará su ordenación para hacerle lugar a la inmigración, a las clases medias urbanas en ascenso, siempre dentro de la estructura agroexportadora fundamental, aunque con un cierto impulso a la industria liviana, para sustitución de importaciones, favorecida por la crisis bélica del capitalismo en 1914.

Política internacional uruguaya la habrá cuando la potencia dominante entre en conflicto profundo con otras grandes potencias. Esos intersticios conflictuales darán pie a nuestra política internacional. Por ejemplo, Batlle y Brum serán "panamericanistas", cuando los Estados Unidos empiezan a amenazar y aún desplazar la hegemonía inglesa en América Latina, aunque remotamente en el Río de la Plata. No olvidemos que todavía en 1943 Churchill en sus instrucciones a Halifax para sus negociaciones con Estados Unidos le ordenaba: "*Ceda en todo sobre América del Sur, menos en los países productores de carnes vacunas y ovinas*". Por otra parte, Terra y Herrera usufructuarán la emergencia alemana luego de la Gran Depresión para levantar la represa del Río Negro y liberarnos del carbón inglés. El Rincón del Bonete fue como un pequeño Assuan uruguayo, que permitió la energía para sostener el primer salto industrial importante del país de mediados de la década del '30 y su eclosión en la Segunda Guerra Mundial.

La *Pax Britannica* nos dispensó de política internacional, protegidos internacionalmente por la lógica de su orden. Sólo cuando se tambalea el poderío inglés irrumpen otros protagonistas, y lentamente la política internacional retoma sus fueros uruguayos. Desde principios de siglo el Poder Norteamericano desaloja al Poder Inglés en el área del *mar mediterráneo* del Caribe. Pero desde la primera guerra mundial las inversiones y empréstitos yanquis se extienden incontenibles por toda América Latina. Inglaterra sigue aferrada al Río de la Plata. Así es como Argentina y Uruguay se hacen portaestandartes de la Doctrina de la No Intervención, barrera de salvaguardia contra la penetración del "coloso del Norte" y sus intervenciones. De tal modo, en la No Intervención coinciden los intereses nacionales latinoamericanos y los ingleses, ambos a la

defensiva. También en la década precedente a la Segunda Guerra Mundial, con la liberal y multilateral Inglaterra refugiada en su sistema de preferencias imperiales, se despliega un nuevo y fuerte antagonismo de las políticas económicas alemana y norteamericana. Entonces, señala Andreas Predohl: *"Alemania concertó una serie de tratados comerciales con países sudamericanos en que aparecían todas las ventajas que ofrece el intercambio bilateral (ejemplo típico lo ofrece aquí la producción brasilera de algodón). Por otra parte, la subvaloración de los productos industriales alemanes llevó a una oferta considerablemente más favorable que la de los competidores inglés y norteamericano. Es característico para la problemática del bilateralismo que el auge coyuntural de 1936 trajo ya algunos retrocesos; el bilateralismo es, manifiestamente, un producto de la indigencia, igual al sistema preferencial inglés y justamente para los países más débiles pierde fuerza atractiva tan pronto como se ofrezcan posibilidades multilaterales"*.⁹ Luego la Segunda Guerra Mundial deja postrada a Europa y el escenario lo ocupa un solo protagonista: Estados Unidos. En Uruguay el tránsito definitivo acaece bajo el golpe de Baldomir en 1942 y el gobierno de Amézaga. Entretanto, la historia ha hecho también otros caminos, la conciencia de los pueblos agroexportadores y dependientes se ha agudizado y se propone la liberación nacional y la industrialización. Emerge como de tinieblas un Tercer Mundo, donde se suponía un inframundo. En este conjunto de nuevas condiciones, incluido en otros sistemas de poder ¿conserva el Uruguay su vieja funcionalidad inglesa? ¿En qué sentido se ha modificado? ¿Qué nos depara?

Antes, y para mejor responder a esas preguntas, que nos son de vida o muerte, nos permitiremos ahondar la cuestión del Uruguay Internacional para ajustarnos de cerca de nuestra especificidad, y lo haremos a través del más avezado sabedor de la original situación geopolítica uruguaya de este último medio siglo, que es el Dr. Luis Alberto de Herrera. Así como Batlle ha forjado decisivamente la conciencia "interna" del país, podemos afirmar que Herrera ha sido su conciencia "externa". Veamos cuáles son sus premisas y razones históricas, en contraste con las coordenadas habituales del Uruguay moderno, que pasamos a describir someramente.

Decíamos que la insularidad uruguaya en la órbita inglesa nos había exonerado de una real política internacional. A este cimiento, cabe agregar dos factores coadyuvantes en la formación de la mentalidad vigente:

1) El aluvión inmigratorio, que desborda al viejo país criollo desde la época de Latorre hasta la Gran Depresión, carecía como es obvio de conciencia histórica nacional. La masa de inmigrantes y sus hijos difícilmente podían tener memoria verdadera de los tiempos revueltos del Uruguay, de cuando su existencia misma estaba en juego. Venían justamente porque estaban ya revueltos y con sus evocaciones europeas. Sus abuelos estaban allá y no acá.

2) La dependencia del Uruguay afianzado no era por cierto gravosa para sus habitantes. Todo lo contrario: se desarrolló un status democrático y

⁹ Andrés Prédohl: **"Economía Internacional"** (Ed. Ateneo, Buenos Aires, 1955), pág. 254.

liberal, ejemplo y envidia del resto de América Latina, a la que miramos con petulancia. El sistema agroexportador generaba una amplia renta diferencial que satisfacía las reclamaciones populares casi sin luchas, y por ende, no hubo ninguna reacción antibritánica. Más aún, nadie más admirado que el distante, flemático, elegante administrador inglés. Para abundar, un recuerdo de mi infancia: durante la Segunda Guerra Mundial, el poeta gauchesco Fernán Silva Valdez declamó estrofas frente a una multitud pletórica en el Estado Centenario, que creo decían: "*Inglés, músculo de acero / Inglés, palabra cumplida / El que te mojó la oreja / no sabe donde puso el dedo*". Y hasta numerosa gente añoraba que las invasiones inglesas de 1806 no hubieran tenido éxito, pues suponían estaríamos mejor. Remanencias del largo emboamiento, secular en los latinoamericanos, respecto a la ejemplaridad anglosajona. Aquí nunca hubo antiimperialistas ingleses notorios. Batlle los hostigó en su lucha contra el "empesismo", pero nadie podía llegar a mayores. Siempre tuvimos amplia noticia de las inversiones y tropelías norteamericanas en América Latina, casi nunca de las inglesas en el Río de la Plata. El país no necesitaba saberlas, y hasta le convenía no saberlas. Eran un mal menor en el mayor bien.

La órbita inglesa, la bonanza y la inmigración confluyeron en un apagamiento de la conciencia histórica del país. Montevideo, sobre el río ancho como mar, abierto a todas las incitaciones europeas, característicamente consumidor y espectador, tuvo una conciencia política eminentemente abstracta. La conciencia histórica osciló entre dos polos extremos e incommunicados: por un lado se produjo una historiografía nacional puramente "nativista", reclusa exclusivamente en el Uruguay. Parecía como si el Uruguay se hubiera "auto-desarrollado", y que las tramas de la historia mundial y americana sólo habían sido "ocasión" para todo lo que ya era autodesarrollo preestablecido hacia lo mejor, el presente. Nos enseñaron una historia de "puertas cerradas", desgranada en anécdotas y biografías, o de bases filosóficas ingenuas, y nos mostraron la abstracción de un país casi totalmente creado por su pura "causalidad interna". A esta tesis tan estrecha -tesis motora, más inconsciente que lúcida- se le contrapuso su antítesis, seguramente tan perniciosa. Y esta es la pretensión de subsumir y disolver al Uruguay en pura "causalidad externa", en una historia presuntamente mundial a secas. Una historia tan de puertas abiertas que no deja casa donde entrar. A la verdad, esta última actitud no escribe historia uruguaya, que le aburre; y prefiere vagabundear y solazarse en la contemplación a veces bulliciosa de la historia mundial. Nos escindíamos en pueblerinos o ciudadanos del mundo. Palco "avant scene" o mecedora en el patio del fondo, primor de archivos cotidianos. ¿Quién no recuerda a sus profesores de historia americana ignorantes de la universal, y a los de universal que se salteaban la americana? Iban por cuerda separada. Así de una "historia-isla", pasábamos a la evaporación, a las sombras chinescas, de una "historia-oceano" (por lo general escritas desde el punto de vista francés), donde la historia se juega en cualquier lado menos aquí y aquí lo de cualquier lado. Esta actividad lujosa, si hoy canaliza disponibles jóvenes iracundos, ayer permitía a nuestra diplomacia pagarse de las palabras, proyectándose para dictar cátedra mundial sobre los derechos humanos y arbitrajes, etc. El realismo de los miro-

nes era hacerse intensos "voyeurs". Bueno es que un pequeño país luche por el derecho contra la fuerza, puesto que es su fuerza, pero la confianza balsámica y pedante de las Declaraciones en el mundo tenso de los poderes internacionales – que por otro lado se escamoteaba – no dejaba de ser deprimente y trivial. A Dios gracias, y a los malos tiempos, nuestros picos de oro han declinado para siempre. Todo esto no era más que los modos de ahistoricidad de nuestra conciencia histórica. Quizá sólo los grandes males y sufrimientos promuevan la historia, pues la satisfacción la exila o la hace preocupación engolada.

Interioridad pura o exterioridad pura, dos falacias que confraternizan. El idealismo, con que la conciencia uruguaya juzgó y, desde su plataforma confortable, tomó partido en los grandes conflictos mundiales y americanos, no dejó de ser una mimesis compensatoria y meramente representativa. ¿Quiérese mayor lujo que extrapolarse en la historia de otros? Era una manera de renunciar a hacer historia, quizás porque no se necesitara, y bastara la que había. Por otra parte, ese idealismo externo en su versión de izquierda dimitirá frente a nuestra historia de "puertas cerradas", conservadora. Incapaz de criticarla, porque no le interesaba vitalmente, terminaba en los hechos por aceptarla en bloque. Era la única que conocía, y como su reflexión no mordía directamente la realidad uruguaya, la abandonaba intacta dispersándose en inmediateismos o lejanías. ¡No puede darse inconformismo más conformista! De ahí, por ejemplo la esterilidad del marxismo uruguayo para decir nada sobre el país, salvo el caso reciente de Trías. Así, el idealismo jurídico o romántico, de derecha o de izquierda, son los modos uruguayos de suplir la ausencia de política internacional real, y por ello su signo es la gratuidad. Tal ha sido en grandes líneas la mentalidad del período que consideramos, y a cuyo cierre recién estamos asistiendo. El rasgo común de "nativistas" y "oceánicos" es que el Uruguay mismo no era problema. Sobre este fondo puede perfilarse la conciencia del uruguayo más plenamente conocedor de la "política internacional" que correspondía al país y sus razones. Un político uruguayo con la rareza de ser visceralmente geopolítico. Seguramente, porque aún era tan "oriental" como "uruguayo".

El supuesto de la política y políticos uruguayos ha sido pues que el Uruguay mismo no era problema, que como tal era definitivamente incuestionable en su ser mismo. Hubo una excepción, la de Herrera; y de ahí la incompreensión mayoritaria hacia su conducta política, en especial en los momentos críticos de la Segunda Guerra Mundial, lo que daba lugar a las más peregrinas e ígnaras interpretaciones de su comportamiento. Pues la esencia política de Herrera fue partir siempre desde **el Uruguay como problema**. Había entonces un desnivel entre él y los demás políticos. Por un lado, para Herrera lo radical y lo inolvidable era que el Uruguay mismo era una gran interrogante, una fragilidad histórica, una opción a renovar día a día, a mantener y salvaguardar por encima de todo. Herrera vivió al Uruguay como un país "*con una gran interrogante clavada en la frente*".¹⁰ Por otro lado, en cambio, Batlle, Ramírez, Manini,

¹⁰ A principios de siglo, con la inmigración vinieron aquellos generosos e idealistas anarquistas catalanes e italianos, que trasponían mecánicamente sus experiencias europeas al medio americano, negando las "patrias" y postulando la cosmopolita fraternidad universal, ignorantes de las diferencias de desarrollo y

Frugoni, Regules, etc., se movían con los **problemas del Uruguay**, pero el Uruguay mismo era absolutamente obvio; no era cuestión en sí, ni precariedad, sino permanencia supuesta para siempre, como el aire que respiramos. Para Herrera la preocupación era desde la **existencia** del Uruguay; los otros pugnaban por distintos **atributos** del Uruguay, sujeto intangible. Y por lógica propensión espontánea, se pensaba a Herrera en términos exclusivos de adjudicarle sólo intención de atributos, ocultándoseles lo esencial. ¿Por qué era así? Porque la singularidad de Herrera entre sus contemporáneos residía en ser ante todo hijo de la incertidumbre del siglo XIX uruguayo y sus tiempos revueltos, perdidos y esfumados en la lontananza. Soterrados en el inconcuso contenido insular del país. Herrera fue, en genealogía y profundidad, "el último patricio" oriental.

Los hombres sólo se vuelven a la historia, en su auténtico valor, más allá de su presente, cuando una gran inquietud los acucia y necesitan entender y medir mejor su actualidad, escudriñar los signos del futuro. En ese sentido, es totalmente fuera de lo común el hecho que un caudillo popular y jefe de partido, de épocas más bien consistentes, se haya desvelado, trascendiendo sus imperiosos trajines cotidianos, por una permanente investigación histórica. Y que sus centros de atención fueran tan elocuentes: la Misión Ponsomby y la Paz de 1828, la Guerra Grande, y la Triple Alianza; es decir, las tres instancias en que el Uruguay es casi literalmente "tierra de nadie" y todo está signado por la inseguridad del destino. Cuando lo esencial es el Uruguay como problema. Claro que esta obra intelectual poco o ningún eco pudo tener, por su propia índole, en el ámbito universitario, fiel reflejo de la mentalidad antes descrita. Y sólo ahora los uruguayos empiezan a descubrirlo, a sorprenderse que "haya escrito libros" – tan *silvestre* le creían muchos – y que se les confirme que Herrera ha sido uno de los padres del revisionismo histórico rioplatense. Allá por 1912, en la plenitud creadora del remanso, Herrera escribía su primer libro exótico; "**El Uruguay Internacional**", y su primer capítulo titulado "**El Deber Previsor**" nos expone la raíz de su intención y su contraste con la actitud dominante:

"Cuando se estudia la historia del Uruguay y se adquiere noción exacta de sus incidencias azarosas, ocurre pensar que para sus hijos no debe ser extraño el escozor de las cavilaciones que siempre escoltan a los que mucho han padecido. Creyérase que el espectro de viejas amarguras y de sus humillaciones exteriores, su corolario, tan cercano todo esto está, debiera ser constante estímulo a la meditación severa...

Pueblos de raíz firme y soberanías respetadas por el huracán no desdeñan la actitud defensiva, ni descuidan el verbo secular, ni permiten a sus ciudadanos apoltronarse en el desconcierto idealista. En vano buscaríamos entre nosotros confirmación de tan elemental equilibrio público. Por abandono, o en

situación histórica concreta de las naciones. Es una noche en que todos los gatos son pardos. Entonces comentaba Herrera la "*grave alucinación en un país con grandes problemas por resolver y con una gran interrogante clavada en la frente*" ("**La Formación Histórica Rioplatense**", Ed. Coyoacán, Buenos Aires, 1961), pág. 38.

la persuasión de que los extremos adversos no se repetirán, el ánimo no sacude modorras frente a las perplejidades que ahí están y que debieran agitarlo. Nos limitamos a señalar una penosa omisión cuya responsabilidad alcanza a todos. Se trata de un fenómeno visible, variado en sus aspectos.

No será uno de los menores el concepto ingenuo, tan generalizado, sobre nuestra independencia, supuesta unas veces a cubierto de todo riesgo y amparada, otras, por benevolencia, ya de sí mortificantes, obsequio pródigo de extrañas cancillerías. No; es un error, es calamitoso error entender que los pueblos, y mucho más los pueblos pequeños, deben confiar el cuidado de sus intereses supremos a voluntades oficiosas, o admitir que la ausencia de un apremiante peligro autoriza negligencias.

En vez de hacer clínica propia, de estudiar nuestro organismo, sus méritos y deficiencias; en vez de unificar convicciones, procurando darnos derrotero personalísimo, hemos preferido dedicar espacio a vaguedades históricas y sociales, apasionándonos más el conflicto de las ambiciones imperialistas en escenarios exóticos que ejemplos similares desarrollados en la vecindad.

A cada instante nuestro espíritu ofrece testimonio pronunciado de ese desequilibrio, acentuado por una cultura académica demasiado extendida y borrosa en sus contornos. Poco o nada sabemos, metódico, de lo que ocurre a un tiro de cañón de nuestras divisorias. Cada uno de nosotros sólo cuenta en la materia con la información escolar, un tanto averiada por el tiempo y nunca especializada. Atención diluida que se aplica por igual al estudio de nuestra geografía. Con probabilidad nuestros niños ubican mejor a Hong Kong o Port Arthur que a Córdoba, San Pablo o Curupaity. Pero no se reduce al orden tangible nuestro escaso conocimiento fronterizo. En concepto histórico y filosófico las lagunas son mayores.

En resumen, cabe asegurar que nos conocemos menos de lo que deberíamos conocernos. Pasado el tiempo de transición, modelado el cuerpo del país, definida nuestra idiosincrasia, bien cuajada la independencia – antes anhelo – se impone comprender las obligaciones que a todos crea la nueva etapa”.¹¹

Hemos hecho tan extensa citación para no dejar en el aire nuestra aseveración respecto a Herrera y justificar haberlo tomado como hilo conductor, pues no es aún posible presumir este conocimiento.

Vayamos al grano. ¿Cómo precisar la concepción internacional de Herrera? Es obvio que tal concepto no es un invento propio, sino que tiene continuidad con lo más medular de lo pensado respecto al país. Nada mejor entonces que acudir a las citas preciosas de Andrés Lamas, extraordinario personaje de nuestro siglo XIX, que Herrera efectúa en su última obra, escri-

¹¹ **El Uruguay Internacional**” (Ed. Bernard Grasset, Paris, 1912) Como esta vieja y única edición es hoy casi inhallable, nos remitimos para las citas de página a un compendio que hemos hecho de este libro – junto con otros escritos – en la obra para la Editorial Coyoacán, publicada bajo el título **“La Formación Histórica Rioplatense”** (Buenos Aires, 1961), págs. 16 y 17. Lamentablemente, por omisiones de imprenta, esta edición no facilita del todo su manejo, pues falta el índice y el título mismo de **“Uruguay Internacional”** al abrirse esa parte (pág. 16).

ta al filo de sus ochenta años (**Antes y Después de la Triple Alianza**, 1951). Allí se resume magistralmente el concepto rector. Se trata de notas de Andrés Lamas, agente confidencial ante Buenos Aires, intercambiadas con el canciller porteño Elizalde, a consecuencia de la invasión de Venancio Flores en abril de 1863. Tan importantes y significativas son que la cancillería uruguaya las aprobó como "doctrina política nacional". Transcribimos lo más esencial:

"Somos solidarios y, como ya he tenido ocasión de decirlo, debemos considerarnos perpetuamente aliados para la defensa de los grandes intereses americanos que nos son comunes en el Río de la Plata. En lo demás, en todo lo que se refiere a cada una de estas nacionalidades, cada uno en su casa. Este es el pensamiento oriental en su más genuina expresión".

"A la consideración de esa base, ambas (Argentina y Brasil) ligaron no sólo su honor, sino también los más serios intereses de esta parte del continente americano, porque esa base es la paz continental. Inútil decir que esa base no existirá realmente sino por la independencia real y absoluta de la República Oriental del Uruguay. De ahí fluye, lógicamente, la necesidad en que se encuentra la República de reaccionar contra cualquier influencia de sus limítrofes que pueda alterar la base de su ser político.

Si la República no reaccionara contra cualquier tentativa de desmedro ella sería infiel a su rol internacional, comprometiendo su ser político, provocando la lucha de influencia entre sus limítrofes: ella se condenaría a la ruina, siendo eternamente el teatro de esa lucha, que siempre será funesta, bajo cualquiera forma que revistiese.

La conmixión de los partidos locales es evidentemente contraria a nuestro rol internacional... Y esto es tan cierto que, sin temor a error, en el día que esa idea –la idea utopística de la República del Plata– descendiese al campo de la política práctica y oficial, podríamos abrir las nuevas páginas de nuestros comunes anales por esta frase de una gran publicista: 'Ce n'est pas la solution qui approche, c'est le chaos qui commence'".¹² Es la hora feliz de la misión Lamas, exclama Herrera.

Las ideas son diáfanas:

1° Solidaridad de los países de la Cuenca del Plata ante el exterior;

2° Cada uno, bien circunscripto, en su casa, sin ninguna clase de mixturas recíprocas;

3° Ese equilibrio de hermanos separados tenía su eje, el Uruguay, cuyo destino predeterminado era entonces la perfecta neutralidad;

4° De romperse el equilibrio, la víctima predilecta y fatal sería el Uruguay, que a su vez pone en riesgo a todo el conjunto, la "paz continental".

¹² "Antes y Después de la Triple Alianza" (Montevideo, 1951, Tomo I – págs. 30, 34, 35 y 36).

Herrera abrevia así nuestra esencia política: "*Ni con Brasil, ni con la Argentina, dice la divisa de nuestro localismo; pero completándolo procede a agregar: ni contra uno ni contra otro*".¹³ Su corolario fundamental se compendia en el único principio básico de nuestra política internacional: la No Intervención.

Desde el punto de vista uruguayo, la No Intervención es mucho más que una doctrina entre otras, o más justa que otras, sobre los derechos de los pueblos a su autodeterminación. Es la razón de existencia del país mismo. En efecto, Inglaterra abrió un campo neutralizado en la boca del Río de la Plata, para desarticular la Cuenca y evitar su control por ningún centro de poder latinoamericano en el Hemisferio Sur, capaz de resistir y autodesarrollarse. El Uruguay aseguraba el desmembramiento de la zona óptima de América del Sur. Como reaseguro, las Malvinas custodiaban discretamente. No olvidemos que es la operación complementaria que sigue a poco la independencia del Uruguay.

Por tanto, la condición de existencia del país era no intervenir, no comprometerse jamás con sus vecinos. Diríamos que el Uruguay es fruto de una intervención para la no intervención. Fuimos intervenidos, para no intervenir. Es el otro rostro del destierro de Artigas. Más que exilio de Artigas, hubo exilio americano del Uruguay. Tal el sentido de la Paz de 1828, origen del país. De ahí el mote de todos conocido: Estado tapón, "*algodón entre dos cristales*".

No fue fácil erradicar al país de sus lazos naturales con la Cuenca del Plata. Hubo una gran tensión entre el "Territorio" y Montevideo, porque el territorio (económico social) debía arrancarse a sus conexiones con la Mesopotamia argentina y el río Grande brasileño. Costó el trágico período que va de la Guerra Grande a la Triple Alianza. Así, antes nació el Estado que la Nación. Todavía Berro clamaba por "*nacionalizar el destino*" e insistía en la neutralización garantida internacionalmente del Uruguay. Sólo cuando, a partir de Latorre, nuestra patria adquiere verdadera consistencia, se sale de lo "innominado" y se va asumiendo en la práctica el nombre propio de Uruguay a secas. (El nombre oficial del país, más que nombre propio, fuera la delimitación de la ubicación geográfica de un régimen). El Uruguay real estaba allí. Si Oribe hizo el intento imposible de construir el "Estado Oriental", luego Latorre será el fundador del "Estado Uruguayo" y Batlle su perfección. El Uruguay se había vuelto un hecho incontrovertible. Pero todo hecho demanda justificación. Aceptar el hecho es aceptar de algún modo su justificación. Y ésta lo lleva a Herrera hasta sus últimas y lógicas consecuencias: desde el elogio entusiasta a la misión Ponsomby, hasta entregar el retrato del Lord al Ministerio de Relaciones Exteriores, para que presida premonitorio el despacho de nuestros ministros. Ciertamente, era todavía el tiempo del esplendor inglés y uruguayo, en vísperas de la Gran Depresión.

Los conceptos de Lamas son reforzados por Herrera. A la luz de la experiencia histórica, del ciclo dramático de las guerras civiles y las intervenciones

¹³ "Formación Histórica Rioplatense", pág. 35.

extranjeras, Herrera comprende que a la política de No Intervención debe corresponder necesariamente, en el aspecto puramente interno, la paz civil. **“La Concordia, piedra angular”**.¹⁴ La pericia histórica le dice, y esto es visible y obsesivo en toda su obra, que un desgarramiento profundo de la sociedad uruguaya, una situación real de guerra civil, conduce inexorablemente a la intervención extranjera. Guerra civil e intervención extranjera nos irán parejas. La posición del Uruguay es de tal importancia estratégica, que los uruguayos sólo podrán tener el destino en sus propias manos, aún relativamente, en tanto no se precipiten en guerra civil, cualquiera sea su índole. Pues entonces sobre el Uruguay podrá resolver cualquiera, menos los uruguayos mismos. Por eso llama a la concordia nacional: piedra angular, prerrequisito indispensable para la ejecución internación de la No Intervención. En la concordia, libres; en la guerra interna, esclavos del extranjero.

Desde esta visión del país, la conducta de Herrera se esclarece. Siempre fiel al “deber previsor”; probo al “cada uno en su casa”; leal al “rol internacional” que nos había tocado en suerte, porque era lealtad con su país mismo. Y la concordia no se consigue meramente en la repetición de la concordia, sino a través de las rupturas. Es un modo de tratar y conducir los conflictos, una tarea delicada y expuesta. Herrera fue un realista, con agudo sentido de las proporciones uruguayas y sus límites, un conservador y reformista pragmático, canalizando conflictos o suscitándolos, para conducirlos a desembocaduras tranquilas. Veamos algunos aspectos de su comportamiento concreto, pues arrojarán mayor carnadura a los conceptos.

Decíamos que la política internacional como actividad vital para el país, recién aparece con el avance de Estados Unidos y el forzado repliegue inglés. Defender la No Intervención a favor de los otros países latinoamericanos era de suyo una actividad de defensa del país. El combate culminante, su hora más gloriosa, fue, como se sabe, en ocasión de la Segunda Guerra Mundial. Su lucha por la neutralidad y contra la instalación de bases militares norteamericanas en el país. Decía entonces gráficamente: *“Es como dejar poner un perro de policía en la puerta de una casa de apartamentos”*. La casa de apartamentos era la Cuenca del Plata. Además, las bases apuntaban directamente contra la Argentina, que también mantenía una posición neutralista. Neutrales sí; base de coerción contra un país hermano, jamás; ese fue el enfoque. Luego sigue bajo el gobierno de Amézcaga el escandaloso y cipayo lanzamiento de la *“Doctrina de la Intervención Multilateral”* por nuestra cancillería, apoyada por todos los partidos, incluso la llamada izquierda, salvo Herrera (y Carlos Quijano con “Marcha”). Es el antecedente directo del actual proyecto de la Fuerza de Paz Interamericana. No sólo estaba también orientada contra la resistencia argentina, y el surgimiento del peronismo, sino que se convertía en fachada para liquidar lateralmente el principio de No Intervención. Vale la pena acotar, puesto que en aquella época se dijo que el Uruguay tendría la función de un “Gibraltar americano”, que no es así, a pesar del peso que en al-

¹⁴ Op. cit., pág. 35. Si el “El Uruguay Internacional” se abre con el capítulo “El Deber Previsor”, se cierra con el de “La Concordia, piedra angular”.

gunos momentos tuvieron sectores irresponsables. Toda la acción de Herrera fue evitar que lo fuera. Zona neutralizada sí; base de operaciones, nunca.

La No Intervención, única protección de un pequeño país, es actividad "negativa" como política internacional, pues la actividad positiva – no otra cosa que "intervenciones" – por lo común está reservada a las grandes potencias. Esa negatividad de la No Intervención, que radica en el principio positivo de la autodeterminación de los pueblos, es nuestra actividad positiva internacional, su basamento. ¿Podemos pretender otra eficacia? La ofensiva corresponde a los grandes, los chicos se defienden siempre. Y cuando aparentan atacar, o son los cuzcos ladrones del grande, o se defienden desesperadamente. De ahí que Uruguay tenga redoblado interés en el principio que le es consustancial de No Intervención.

Pero la política de equilibrio que es esencialmente la No Intervención, no sólo requiere actividad "externa", sino también "interna". La política interna juega un rol preparatorio, va predisponiendo la política externa. Es por tanto necesario que la opinión del país no se enajene en una sola dirección respecto a asuntos internacionales o internos ajenos, y esto mucho más premiosamente en relación a los vecinos pues el poder de las propagandas corresponde a las grandes potencias. Nada peor que dejar "embalar" a la opinión del país por esas alucinaciones, que no se ajustan estrictamente a los intereses propios. Que las sardinas no se ilusionen por apuntalar al tiburón. Y bien, esa indispensable matización, ese juego de contrapesos, de contracara interna, es función tan importante y delicada como la cancillería.

Herrera tuvo el más profundo sentido de esa "*función compensatoria*" interna, de esa "cancillería por dentro" cuyo objetivo externo era siempre mantener el equilibrio, no romper lazos totalmente, no cerrarle puertas al país, restablecer en caso de desnivel. Ajustarse siempre a la regla de oro de nuestras debidas proporciones.¹⁵ Lograr una resultante resguardadora para el país, siempre equilibradora en la Cuenca del Plata y cautelosa en lo demás, conjurando los cielos encapotados antes de su explosión. Así, Herrera tuvo perpetuamente esa política preventiva de lo exterior en lo interior. ¿Cuando un pequeño país no previene, qué puede sucederle? Las Grandes Potencias tienen grandes y pequeños errores, las pequeñas sólo grandes errores. Para un pequeño país cualquier concesión, cualquier ruptura, es siempre demasiado. Ceder, romper, es siempre riesgo de muerte, pues hay poco que retroceder y energías limitadas. ¡Y los pequeños viven sólo de manejar su capacidad de concesión y de su distancia de lo irreparable! Cuanto más débil, más atenta a minuciosidades, desconfiada de grandilocuencias equívocas, más tenaz y de

¹⁵ Op. cit., pág. 39: "*Son ciudadanos del Uruguay y no ciudadanos del mundo los que afianzarán los derechos de la República. Visible la dispersión de ideales que vivimos, más preocupados por las complicaciones ultramarinas que de las nuestras... Hijos de un país pequeño y nuevo no debemos olvidar los orientales las leyes de la proporción, referidas a los vecinos enormes como al imperio moral creado por las civilizaciones excelsas. Concentremos nuestra voluntad en el propio taller; pongamos nuestra inteligencia, sobre todo, en el tema doméstico. Pasión y brazo al servicio de la causa nacional, parte minúscula, pero parte al fin, de la epopeya humana. No haríamos poca hazaña contribuyendo, con el testimonio de nuestra dicha labrada despacio, a acrecer, con un grano de arena, los grandes saldos morales*".

"flexibilidad intransigente" debe ser la política internacional. Toda política ajena o gratuita, que no surja imperiosamente desde nuestra situación, es sospechosa y peligrosa. Así, el país debe apegarse obstinadamente a sus solos intereses concretos. "No intervenir por cuenta de otros", era expresión común de Herrera.

Daremos tres ejemplos, incluyendo algún aspecto anecdótico, para que se perciba de modo viviente la acción de Herrera como *"función compensatoria"*.

En la época de Perón [como en la de Rosas. *Ed.*] la situación fue tensa, la opinión pública uruguaya fue presa de un antiperonismo instrumentado que deterioraba día a día las relaciones con Argentina. Herrera fue entonces el rostro "peronizante" del país, y ejerció un poder inhibitorio de las reacciones argentinas, dejando caminos expeditos a la normalización. Incluso a raíz del fallecimiento de Eva Duarte concurrió, espectacularmente, a su sepelio. No podía dejar afianzar la animadversión en la mayoría del pueblo argentino. Esa función compensatoria fue mucho más importante que las simpatías de Herrera hacia el movimiento nacional argentino.

Cuando Estados Unidos requería la "presencia simbólica" de países sudamericanos en la Guerra de Corea, Herrera fue terminante. Los uruguayos sólo morían en su tierra y los *"norcoreanos eran los artiguistas de Asia"*. No pueden suponerse inclinaciones comunistas en Herrera, que era, en todo el rigor del concepto, un nacionalista conservador. Es siempre la misma función compensatoria, que se gradúa según la intensidad del reto. En esa ocasión, el presidente Luis Batlle tiene una entrevista con Herrera para expresarle sus temores a que el país no pudiera soportar sin perjuicios insubsanables la presión norteamericana. Y finaliza por interpelarle: *"¿Doctor Herrera, Ud. en mi lugar qué haría?"* La respuesta fue inmediata: *"Lo que Ud... pero Ud. en mi lugar tendría que hacer lo que yo. Cumpla entonces con su papel, que yo cumplo con el mío"*. Y sólo se despacharon algunos medicamentos para Corea. Entre las dos ruedas, se salió del paso.

Siendo canciller Fructuoso Pittaluga se preparaba una conferencia panamericana, y el Ministro tuvo la idea de llevar en la delegación un herrerista para darle mayor representatividad nacional. Visitó a Herrera y le expuso su propósito. Herrera agradeció la atención, pero respondió: *"No es conveniente para el país ir todos. Nos ataríamos las manos. Una fuerte oposición ayuda a negociar y preserva de concesiones gravosas. Podrá Ud. decir ino puedo, allí está Herrera con medio país en contra! Confío en su patriotismo, pero le advierto que 'El Debate' lo atacará duramente desde ya. Buena suerte"*.

Todo está dicho para dejar en limpio la dinámica interior del equilibrio internacional, fijar el sentido geopolítico de nuestras posiciones, y los trabajos de balanceo que implican. Todo es saber verdaderamente qué se quiere, y cuáles son los medios adecuados para conseguirlo. Quien quiere el fin, quiere los medios y no se entretiene con pompas de jabón. Herrera era, por encima de todo, un patriota de la "patria chica"; y su finalidad preservarla, de acuerdo al

único medio posible: no ser infiel a su razón histórica de ser, ni perder el sentido primordial de las raíces hispanoamericanas. En estos últimos decenios, Herrera fue el gran conservador, el conciente guardador de la existencia del Uruguay. Esto lo puso en palpable contradicción con la mentalidad vigente, ideologizante e idealista del común ilustrado uruguayo, en especial si era universitario. No vivía distraído de la historia del país, sabía cuáles eran sus permanencias, sus intereses constantes, sus probabilidades.

Así, se hizo deber mantener contra viento y marea su lazo de amistad perpetua con el Paraguay y sus gobiernos, cualquiera estos fuesen, pues ello respondía a la directriz del equilibrio platense. Su apoyo a Stroessner no fue ni por ser dictador, ni por ser "colorado" (del partido afiliado a Solano López) puesto que Herrera fue hecho general paraguayo bajo gobiernos "liberales", y en la Guerra del Chaco estuvo con Estigarribia. En suma, para emplear una oposición cómoda y usada (aunque personalmente no la comparto) podría calificarse a Herrera de "maquiavelista", "*realpolitik*", pragmático, en contraste con los "idealistas" (no digo principistas, porque principios tienen ambos, aunque de índole diversa). Pero un maquiavelista a los ojos uruguayos habituales corría el peligro de ser ininteligible – y por ende calumniado. Poca mella le hacía al "deber previsor". Al punto que podemos afirmar: la resultante objetiva de la política exterior de las últimas décadas, en lo que era posible al país, la acuñó siempre Herrera. Bastaba que hubiera un maquiavelista que supiera realizar la "función compensatoria" para que la resultante no fuera nunca idealista.

Herrera fue insobornable "príncipe" criollo y mañero, cuyo objetivo principal era el amparo de la existencia del Uruguay.

Y llegamos aquí al nudo crucial de nuestra cuestión. Sabida es la escrupulosidad de Herrera respecto a las fronteras. Hizo nombrar Ministro de Relaciones Exteriores en 1959 a Martínez Montero, por su versación en el Río Uruguay y el Río de la Plata. Intuía con desasosiego los nuevos problemas. Ese rebrote de su preocupación por las divisorias, donde aparentemente estaban en juego pocas cosas, daba la impresión de una actitud cerril y anacrónica. Más aún, y a esto está ligado, fue notoria la inquina de Herrera hacia el proyecto de la represa hidroeléctrica del Salto Grande. Era la rendija donde veía el augurio de nuevos tiempos revueltos. En la ya citada obra, "**El Uruguay Internacional**", advertía del "*peligro sordo, pero muy verdadero, de las afinidades excesivas con los vecinos*". Poco antes, comentaba: "*Vinculados por cuenta propia al pensamiento europeo, a veces con exceso, para nada intervienen los fronterizos en la elaboración de nuestras ideas y gustos sociales. Jamás podría decirse que en el orden intelectual nos contagia la tendencia argentina y la tendencia brasileña. Quizá sea uno de los aspectos más halagüeños y sorprendentes de nuestra situación internacional*"¹⁶. Es la plena vigencia de los conceptos de Andrés Bello: *cada uno en su casa*, condición de existencia uruguayo. ¿Acaso el tremendo período de las guerras civiles y "anarquías fronterizas" no obligan a "sacar moraleja"?¹⁶ Herrera insiste: "*La influencia histórica*

¹⁶ Op. cit., pág. 24..

del Uruguay rebasa las propias fronteras dilatándose, por centenares de leguas, tanto en concepto civil como en sentido militar”¹⁷, por eso los tiempos revueltos tienen profunda raíz: “Causas en mucha parte orgánicas trajeron aquellas tinieblas, que piden tolerancia y cuya apreciación filosófica nos apartaría del asunto. Pero conviene indicar la **razón madre** de los pasados infortunios: la ingerencia de los limítrofes en la vida nacional y la alianza de nuestros partidos con esos limítrofes”.¹⁸ ¿El Salto Grande no pone solapadamente, otra vez, las viejas pendientes, reestablece conexiones estructurales? ¿Reabrimos la cuestión? El “deber previsor” mira lejos.

“La vida nacional no depende de los fronterizos. Cuando se toma, sobre el mapa, una impresión de conjunto, parece increíble, dado el volumen de los limítrofes, que hayamos podido sustraernos a su atracción; que no seamos un apéndice simple, sin escriturar de sus patrimonios. La sospecha de que ocurriera así no sólo cupo en el criterio extraño. También nuestros estadistas, palpano dificultades agobiadoras de la empresa, sufrieron muchas veces, el asalto de grandes congojas íntimas. ¿Perduraría la obra?”¹⁹ Para hacerla perdurar, Herrera jamás olvidó esa congoja y se hizo su servidor.

¿Cómo no intranquilizarse, por la puesta en marcha de dependencia orgánicas con los vecinos en elementos vitales para la economía del país, con “soberanía compartida”? ¿Qué nos traerán esos polvos?

Pero en eso estamos y necesariamente. Es la nueva e inevitable encrucijada del país. Pareciera que en su literalidad, el acontecer histórico va haciendo imposible la política de Herrera, que ha sido la del Uruguay en que nos hemos formado. Es ese Uruguay, tal como ha sido, el que no puede seguir – aunque muchos se ilusionen de lo contrario al precio de no sopesar verdaderamente el cambio de nuestra situación histórica y sus inéditas necesidades. En lo que me es personal, mucho he aprendido de Herrera, pero sé que ha llegado el momento de la despedida. Pero ¡cuidado! Es en la despedida que la historia debe ser más maestra que nunca. Cuando resuena la vieja advertencia de Lamas y de Herrera: “*Ce n’est pas la solution qui approche, c’est le chaos qui commence*”. Los hechos obligan a dejar el orden del que Herrera fue celoso custodio, para pasar a la aventura. Pero toda aventura es en pos de un orden. Bueno es entonces saber la lógica del orden que termina, para no tentar la aventura a ciegas y saber la medida exacta de lo que está en juego, de nuestra responsabilidad y sus dificultades. ¿Qué es lo vivo y lo muerto de la herencia recibida? ¿Por qué razones?

4. La necesidad de trascender al Uruguay

Así retomamos el hilo y nos preguntamos, ¿puede el Uruguay prescindir de obras como la del Salto Grande? Pero esto no es más que la formula-

¹⁷ Op. cit., pág. 28.

¹⁸ Op. cit., pág. 27.

¹⁹ Op. cit., pág. 21.

ción particular de la cuestión más general: ¿puede el Uruguay actual desarrollarse solo? ¿Puede el Uruguay industrializarse con sus solas fuerzas? ¿Somos un país viable, con futuro propio, tal como hemos sido?

Nuestra viabilidad estuvo en vilo durante los tiempos revueltos. Luego la preocupación cesó, en la armonía de la economía "uniconcéntrica" de la protectora Albión. Comenzaron las resquebrajaduras. Heredero se hizo el vigilante de las condiciones de viabilidad que efectivamente se realizaban. Pero ahora, casi de sopetón, la preocupación vuelve. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué?

Aparte del hecho, de por sí sintomático, que desde los ámbitos universitarios se pregunte: "*¿Cuáles son las posibilidades de independencia real, si es que existen, de un país como el Uruguay?*", cosa que hubiera sido sentido como blasfemia ridícula pocos años atrás, es más, que ni siquiera se hubiera planteado, hay como dos símbolos extremos de esa congoja de lo que el tiempo y el viento no se ha llevado. Nos referimos a Ángel Floro Costa y Carlos Quijano, las dos puntas que se atan nuevamente.

En tiempos de Latorre, Ángel Floro Costa escribe su celebre "**Nirvana**". El Nirvana mentaba ese ser imposible del Uruguay independiente. Ángel Floro Costa se afiliaba a la dirección unitaria y colorada cuyo adalid era Juan Carlos Gómez, que aspiraba a la reunificación del Uruguay con la Argentina. Y profetizaba angustiado que el Uruguay solitario se precipitaba en la insignificancia histórica, marginal para siempre, condenado a vegetar tristemente o a la absorción paulatina por el Brasil: el destino a solas nos deparaba la pobre inmovilidad del no-ser, el Nirvana. En realidad, Costa sentía el "Nirvana" de su propia línea histórica, el acabamiento de una de nuestras posibilidades fundamentales, que era ser Banda Oriental. Pues lo que resultó, a partir de ese momento, contemporáneo de Latorre, fue lo contrario: la próspera consolidación del Uruguay: el temido experimento venía a ser un éxito durable. El Uruguay imposible resultó posible. Y fue una posibilidad realizada, a satisfacción de los uruguayos. Le sucedió el ser uruguayo, repleto, y no nada.

Pero ahora pareciera que la historia se repite, al cabo. El Uruguay actual se siente obturado, cavila por la persistencia de su posibilidad. La historia latinoamericana, concorde a los tumbos, se interioriza, deja las vías paralelas de la extraversión. Un nuevo Imperio vigila los movimientos – y nuevos acontecimientos cambian las condiciones generales. Así, recientemente Carlos Quijano volvía a preguntarse inquieto por la viabilidad del Uruguay. Era una respuesta que venía postergando desde 1952, desde un artículo titulado "**El cuarto de los juguetes**", si la retentiva no me es infiel. Ahora nos lo dice tajante: "*El Uruguay no tiene posibilidades de un desarrollo autónomo y cuanto hemos intentado –sobre todo en los últimos años– a veces con heroísmo, otras con sagacidad y cuanto intentemos, tiene el signo de la precariedad, y está condenado a la frustración. Es endeble e incompleto*". Allí están a la vista, signo de los nuevos caminos históricos, ALALC, el Mercado Común, CEPAL, CELAM, las guerrillas, la FIP, la revolución de liberación nacional latinoamericana tanteando en ciernes, la industria pesada, etc. ¿Qué hacer? ¿Qué políticas de recambio? Quijano termina como Floro Costa, agobiado por el Nirvana, aunque a

veces le ponga el nombre consolador de Revolución. Tan visceralmente arraigado está en el Uruguay que acaba, que el uso de la Revolución como mito, le permite desde esa altura abstracta encubrir su crítica, hecha verdaderamente desde el mismo Uruguay solitario que afirma no puede continuar, de todo aquello que se mueva en el sentido de romper el status vigente. Quijano expresa hoy, como nadie, ese Nirvana que amenaza al Uruguay, tardía resurrección de Ángel Floro Costa al revés. El uno sufría por la Banda Oriental, y su espejo invertido el Uruguay. El otro padece la contradicción, por el Uruguay a secas.

¿Perduraría la obra? El añejo recelo vuelve a nosotros imperioso, con su cortejo de dudas, deseos, añoranzas, tensiones, problemas, acertijos. ¿Cuál es el estado actual de la obra? ¿Cuál su configuración y leyes básicas? ¿Qué necesita para seguir? ¿En qué sentido es modificable, o transmutable? ¿Bastan reajustes? ¿Qué lo provisorio? ¿Las traídas y llevadas "reformas de estructuras" tocan realmente la estructura? ¿Atienden y parten auténticamente desde nuestra "crisis sustancial"? ¿No quedan, en su formulación misma, en los mismos trillos con otros afeites? ¿Cómo acotar racionalmente el campo de los posibles, que se nos abre preñado de incertidumbre, pero que no es indefinido? ¿Hacia dónde y cómo reorientar la acción? ¿Cuáles las metas? ¿Es sólo producir más? ¿Tan fácil acaba el cuento? ¿Cómo apoyar nuestra acción en la realidad? ¿Qué augurios se extraen de ella? ¿Qué fuerzas contamos para formular una estrategia y sus tácticas? ¿Qué valores? ¿A que nos exponemos? Ha pasado ya la hora oportuna de los Casandras, y estamos en el baile. ¡No más literatura del "pozo", que las catreras se rompen! La sutil, pegadiza y cansina atmósfera del nihilismo uruguayo (de raíces tan hondas) debe ser aventada, pues lo será de todos modos. El desván de los desvanecidos ya no sirve más, queda como "sillón vienés", diríamos usando un raro cuento de un amigo.

Por supuesto, no nos explayaremos. Más bien, como advertíamos en nuestro propósito, estamos removiendo y haciendo más específica la pregunta primordial. Y la prosecución nos hace detener un poco en el Uruguay que ha sido y que hoy se nos vuelve epiléptico. No insistiremos demasiado, puesto que no se trata de llover sobre mojado por economistas, siendo uno mero aficionado. Pero quizá nuestros ojos afectos a totalidades y conexiones puedan servir.

Pido acepten mis excusas por volver con el inglés: vaya en descargo lo poco que se le ha tomado en cuenta visiblemente. Mucho es lo escrito acerca de las relaciones del imperialismo inglés y la Argentina. Es lógico, un caso notoriamente más grande que el diminuto Uruguay. Eso ha hecho que se nos omitiera, para nuestro alivio y santa ignorancia, en las referencias de innumerables textos al respecto, desde Lenin a Crouzet. Tampoco aquí fue viviente, como en la Argentina, un fuerte movimiento crítico al Poder Inglés. Entonces teníamos cumplida noticia de los Borges pero nunca de los Scalabrini Ortiz, salvo alguna necrológica vergonzante. De tal modo, impalpablemente, parecía que nosotros estábamos fuera de la Troya. Que lo del "Sexto Dominio Británico" sólo atañía a los argentinos pero nos excluía a nosotros, fruto exquisito.

Allá, los turbios manejos de los frigoríficos extranjeros llevaron en tiempo de la investigación de Lisandro de la Torre hasta al asesinato de un senador en pleno recinto parlamentario. Aquí, salvo las fricciones de la creación saludable del Frigorífico Nacional, sólo se realiza una investigación parlamentaria... cuando los frigoríficos extranjeros habían decidido retirarse. Pues aquí, investigamos todo menos lo esencial. Esto nos permite anotar una observación lateral. A partir del hecho que los modos de operar del United Fruits en Guatemala nos son de lejos más familiares que – para poner una ocurrencia de inmensa importancia, pues controla nuestro mercado cerealero y oleaginoso, etc. – los de Bunge y Born en nuestro país, se hace imprescindible que los “diagnósticos económicos” no se eleven a modelos demasiado abstractos, pues es sobradamente quedarse a ciegas para una operatividad política y económica. Si investigación económica y social hay que hacer, la Universidad debe esclarecer racionalmente el mapa y la incidencia concreta de los trusts, oligopolios, carteles, firmas que son decisivas en el país. ¿Cómo, cuál y quién es nuestra “elite del poder”? ¿Cuál sus mecanismos? Esas son las densas nubes que importa despejar, más que perderse en fraseologías, como es costumbre; en los extremos de “cientificidad” abstracta o heroicidades que son cobardías. Hasta los profesores e investigadores norteamericanos han escamoteado menos la estructura de su país que los nuestros. Lo decimos, porque una política nacional empieza por un saber verdadero.

Sigamos con el inglés y nosotros. Dentro del mercado mundial “uniconcéntrico” las zonas ganaderas constituyen un sector privilegiado. Su destino ha sido distinto al clásico de las explotaciones coloniales. Australia, Nueva Zelanda, Argentina, Uruguay se erigen como testigos de un aparente mentís a la idea de un imperialismo industrial expoliador. Son zonas agropecuarias en que el progreso ha sido indudable. Allí se ha generado sin cesar una inmensa acumulación de riquezas, cuyo ejemplo más chirriante era la opulenta oligarquía porteña. La nuestra, más pequeña y provinciana, fue más sobria y decorosa. La razón de éxito es sencilla: por su propia índole la explotación ganadera – provista de campos fecundos y baratos, exigiendo la inversión mínima posible de trabajo social, y hasta de inteligencia social – engendraba zafra a zafra más alta producción de excedentes, con una demanda europea creciente por el bienestar y el ascenso de nivel de vida, en que confluían la industrialización, el saqueo colonial y el poder de los sindicatos. No soy experto económico, pero desde hace años he insistido en el rol absolutamente decisivo de nuestra renta diferencial agraria. No se trató de arrancar una “plus valía” al trabajo, de acuerdo a la técnica de una sociedad dada, sino de apropiarse del “*factor espontaneidad*” (la naturaleza, la Phýsis: fisiocracia). Se ha sostenido que somos hijos de un gigantesco rendimiento del trabajo rural. Pero lo cierto es que el rendimiento estaba más del lado de la naturaleza que del hombre, al que le bastaban habilidades primitivas. Por eso también decía, con cierto humor, que para nosotros servía más el modelo de Quesnay, de los fisiócratas, que el de Keynes, imanes del desarrollo desigual y sus relaciones recíprocas! La ganadería fue en el Río de la Plata una especie extraordinaria de “*automación biológica*”, una maravillosa “*cibernética natural*”. Por eso con las necesidades en alza

del mercado consumidor europeo y el transporte a vapor y frigorífico, Argentina y Uruguay se beneficiaron de una enorme "renta diferencial" a su favor. El Río de la Plata generó así, sin mayor esfuerzo ni sacrificio social, la más alta renta agraria. Esto le permitió disponer, sin necesidad de una revolución industrial propia, de un enorme sistema de servicios y un nivel de vida que sólo aparecía posible en los grandes centros industriales. Incluso una facilidad relativa en la acumulación de capital para industrias livianas, que permitieron una simultánea "justicia social", hecho aparentemente insólito, pero que permitió la constitución de cierto mercado interno para esas mismas industrias.²⁰ Esta muy notoria singularidad rioplatense: una sociedad fundamentalmente agropecuaria, exportadora de materia prima, con consumos y hábitos de sociedad industrial. Su "subdesarrollo" no impedía adquirir un nivel "desarrollado". Así, las excelentes oportunidades que brindaba a las actividades "terciarias", a los agricultores, a la industria liviana, atrajo lo principal y más numeroso del crecimiento vegetativo y la marea inmigratoria.

En tal contexto nació el Uruguay Batllista. La propaganda electoral de 1910 es significativa. Un mural escrito por el poeta y bohemio, anarco-batllista, Laso de la Vega, es como el compendio de la situación. Empieza dirigiéndose contra los "1.000 vacunos" (los terratenientes) que "poseen las 2/3 partes de las tierras del país" y tienen a sus trabajadores, escasos, en condiciones "inferiores a los novillos que mandan a los Frigoríficos". Subraya con énfasis que "en los últimos 10 años la tierra y la hacienda ha triplicado su valor", sin beneficio para el pueblo, y termina exhortando "**Proletarios, hombres libres de la ciudad... medidad.**"²¹ Y esto determina la peculiaridad de sus luchas políticas. Es en el Uruguay (Batlle) y en la Argentina (Yrigoyen) que las clases medias obtendrán la primera victoria histórica de América Latina, durante la segunda década del siglo XX.

Ya en esa época, víspera, curso y postrimerías de la Primera Guerra Mundial, emergen los dos primeros focos dinámicos e irradiantes de la historia latinoamericana contemporánea. Aparecen en los dos extremos del continente: Méjico y el "Cono Sur" (Argentina, Uruguay y Chile con Alesandri y en circunstancias distintas). En Méjico la emergencia de las clases medias se complica inmediatamente con una revolución agraria. En el Cono Sur, la política es, en "estado puro", propia sólo de la pequeña burguesía. Es en esas zonas -sin protagonismo campesino alguno- donde las clases medias irrumpen en escena y determinan profundos cambios ante la consternación de los viejos próceres patricios. Al antiguo reinado del liberalismo oligárquico le sucede un liberalismo

²⁰ Este planteo lo hemos formulado ya hace casi una década ("**La Crisis del Uruguay y el Imperio Británico**". La Siringa, Buenos Aires, 1959; previamente, se había publicado en octubre de 1958 en Tribuna Universitaria). Quizá la polvareda política de aquel momento hizo pasar a segundo plano lo fundamental, y la gente se fue por las ramas, quedándose con retazos de aquí y allá, sin percibir claramente el conjunto de sus ideas básicas. Ahora no hacemos más que retomar una de sus dimensiones, pues el tiempo transcurrido no ha hecho más que confirmarnos en nuestro enfoque esencial. Si hubiéramos encontrado razones valederas para rectificarnos, lo hubiéramos hecho de inmediato. Pero ni las hemos encontrado, ni otros nos las han ofrecido.

²¹ Jacinto Duarte: "**Dos Siglos de Publicidad en la Historia del Uruguay**", Montevideo, 1952, pág. 90.

popular, con gesticulación socialista, un radicalismo que guarda ciertas analogías fraternas con su tocayo francés. Con Batlle e Yrigoyen se trataba de la democratización de la renta diferencial. No se intentaba un cambio de estructura, sino de una mejor distribución de la renta agraria. Había que hacer al pueblo partícipe de ella.

Es en un marco de exuberante renta agraria que ascienden las clases medias rioplatenses. Son las primeras en obtener en América Latina el sufragio universal y en acceder a la participación del poder no por la violencia, sino por pacíficas vías electorales. Toda la cuestión se centraba – como aún entre nosotros – en la distribución democrática de la renta agraria. Había un excedente suficiente como para conformar o subsidiar a la mayoría, sin afectar las bases del sistema que determinaba el control de la producción por la oligarquía terrateniente y comercial, ligada a la exportación. Medidas de seguridad social, salarios, un cierto proteccionismo a la industria liviana incipiente, educación universal, laica y gratuita, estatismo. Así, el Uruguay inauguró el “*Welfare State*” en América Latina. Singular Welfare State sin industria, con pies de barro, pasto y pezuñas.

Queríamos subrayar esto, pues es el sostén insostenible de nuestra actualidad, y en este fenómeno no han hecho hincapié los estudios del CIDE ni de Faroppa, que lo dan nebulosamente supuesto. La paradoja rioplatense, de nivel de vida desarrollado y estructura económica subdesarrollada, sobrevivirá varias décadas. Más aún: las condiciones de subdesarrollo, de primacía de la “espontaneidad” por sobre el trabajo social invertido, son las que dan razón del “desarrollo”. De un desarrollo de consumos, que iba a liquidar una espontaneidad estancada. La cuestión de superar y trascender la renta agraria realmente, de pasar a objetivos de industrialización plena (incluso agropecuaria) es aquí reciente. En la Argentina se plantea con virulencia a partir del golpe militar nacionalista de 1943 y del coronel Perón. Pero allí emergen dos nuevos protagonistas en escena: la burguesía industrial y el proletariado, potente, organizado, moderno. Aquí el Uruguay, limitado por la estrechez asfixiante de su mercado interno, no puede emprender por sí mismo una industrialización de largo aliento y su enorme superestructura “terciaria” asiste, hoy, impotente, al desfonde del excedente agrario. “*Estamos devorándonos las entrañas*” clama el presidente Gestido, y se limita la dieta para poder exportar. La conformidad uruguaya de ayer es su parálisis de hoy, aunque crece el miedo del país por sí mismo y la agitación cunde. Se verá, dentro de poco, a estas clases medias abocadas a una inédita aventura latinoamericana: no descender su nivel de vida. He aquí un problema sin igual en América Latina. El drama es el descenso, no el ascenso.

En la facilidad de la renta agraria reside el origen de todo un estilo de nuestra problemática social, económica, política y cultural. La índole específica de nuestra renta diferencial permitió una campaña despoblada y la más intensa urbanización de América Latina. Pero a su vez, esa urbanización subsidiada por la renta diferencial no revirtió acumulativamente sobre la estructura general del país con ímpetu modernizador, sino que se enquistó en sí misma, resul-

tando en su conjunto una política económica de despilfarro de esa renta diferencial. El sector terciario de la economía uruguaya consumía su parte de renta diferencial, sin dinámica esencial de efectuar o echar las bases, no ya de una reproducción ampliada, sino ni siquiera de una reproducción simple. La lucha por su cuota-parte de renta diferencial se tradujo en la lucha exclusiva alrededor de la moneda, los cambios y las revaluaciones, las especulaciones, los salarios. Cada grupo de presión quiere su denario de la renta diferencial. Y nada más. Tal el sentido de nuestras luchas políticas y gremiales hasta hoy. Tal el esquema fundamental de nuestra situación. La renta diferencial fue el paraíso de la paz uruguaya y el desfonde de la renta diferencial será el infierno tan temido. La renta diferencial fue la concordia de más de medio siglo, su desaparición será la guerra social ya en ciernes para los años venideros. La incontenible espiral inflacionaria es su prolegómeno, fruto de la guerra fría entre los grupos sociales por una moneda de más en más envilecida. La inflación es lucha dentro del *statu quo* y a la vez su resquebrajamiento. La inflación aguanta al *statu quo*, pero acumula en su base la explosión del *statu quo*. Prolonga la paz y agudiza la violencia venidera.

La producción, la cultura humana, nos señala Freud, se ha erigido sobre la represión, la disciplina de las apetencias. El "*principio de realidad*" le ha exigido al "*principio del placer*", para sobrevivir, la ascética. Sin ascética no ha sido viable ninguna empresa cultural de aliento. Ascetas hubo en la base de la cultura europea, con las órdenes religiosas; ascetas hubo en el origen del capitalismo con el puritanismo, y su máximo exponente el mundo yanqui; ascetas emprendieron la revolución socialista, con el partido bolchevique, y ahí está el proceso ruso o el más reciente monasterio laico de la China. ¿Ha conocido nuestro país un ascetismo creador? ¿Tenemos reservas de ejemplaridad? Pareciera que no. Se ha dicho respecto de nosotros que "*en el principio fueron las vacas*": antes estuvo la abundancia, luego vino el hombre. Hernandarias fue ya el introductor de nuestra "*cibernética natural*", la ganadería, en circunstancias absolutamente excepcionales en la historia universal. No tengo noticia de vaquería semejante. Así, tuvimos la sobriedad rústica de los paisanos; modos austeros en sectores del viejo patriciado, aún ligados a una moral tradicional ella también generada por siglos de escasez sufrida por el hombre; y tuvimos asimismo el sacrificio tenaz y esperanzado de cada inmigrante, proveniente de medios en que la vida era normalmente más dura; pero, pronto, sus hijos en condiciones menos exigentes se ablandaron. De tal modo, la facilidad de la renta diferencial ha generado un aflojamiento general de la vida del país, ha consolidado una mentalidad de comensales, ha hecho privar, diríamos, el "*principio del placer*" sobre el "*principio de realidad*" sin penosos caminos indirectos (acumulación de capital, objetivación de trabajo humano no consumido y apto para la producción). Sin la dureza ni las hambrunas de las viejas culturas agropecuarias, sin la implacable acumulación primitiva del capital técnico-industrial, sea bajo el modo liberal o socialista, teníamos como una aptitud innata para asimilar rápidamente las pautas de alto consumo que iban alcanzando las grandes naciones industriales.

Recibíamos las pautas, pero sin su contracara, sin la técnica, la racionalidad de la economía y empresas modernas. Recogíamos el fruto, sin tener el árbol y su savia. Era la paradoja de un desarrollo desigual que beneficiaba al más atrasado, pero esto no iba a ser permanente, y a la postre quedaríamos en lo que éramos: consumidores sin base productiva a la altura de los tiempos.

Las circunstancias excepcionales de nuestra renta diferencial han generado tanto las virtudes afables como los vicios dilapidadores e imprevisores del país. Ello ha generado la extraordinaria falta de economicidad de nuestra estructura económicosocial. La ausencia de una política pedagógica, con la educación vuelta en sí, irracional cultivadora de míticas "espontaneidades", con las carreras tecnológicas no sólo descuidadas sino sin aplicación. Sin expertos agrarios, necesitando pero dejándolos de lado. Con una cultura baldía, sin funcionalidad, impregnada por una gratuidad que se confunde con libertad. La renta diferencial prohijó el desarraigo y el idealismo en casi todos los aspectos de la vida nacional. Desde nuestros estudiantes hasta el opio monetario. A la vez, dejaba erosionarse a los suelos, a las praderas naturales; y creaba gran atraso rural, en todos los órdenes. "Primario" rústico y "Terciario" parásito, cubriéndose de mutuo desdén. Y se nos hizo cómodo un "keynesianismo" a la criolla, de sustento fisiocrático. ¡Qué sorpresa para Keynes ir de la mano de Quesnay! Ese monstruo bifronte poca vida podía tener, pero cobijó ilusiones de eternidad.

A través del Estado se realizó la democratización de la renta diferencial, aunque sin objetivos congruentes de reinversión y eficacia. Las estatizaciones de servicios públicos e industrias se efectuaron bajo el criterio de "libre empresismo estatal" que atomizó al Estado en entes autónomos y a la vez los sujetó a un doble fin contradictorio: ser receptáculo de la política de clientelas y de servicios baratos al pueblo, sin contar con la capitalización. El resultado ha sido progresivamente acelerado: un Estado administradamente caro, descapitalizado, ineficaz. La Ley de Parkinson ha terminado por desmantelarlo, convirtiéndolo en sistemático empleador de desocupados y pasando de promotor del impulso del país a ser una rémora paralizante. Muere de consunción, con presupuestos de sueldos sin inversiones. Así, la crisis del Estado se identifica con la crisis de los dos partidos tradicionales, que han sido los vehículos de la democratización de la renta y a la vez de la conservación de la estructura fisiocrática del país, detenida. La renta diferencial les ha permitido, con leves vicisitudes y alguna "dictablanda" por medio, mantener al latifundio, y a la concentración urbana en buen nivel de vida. El fin de la renta diferencial pone en cuestión de raíz la función coparticipadora, amortiguadora de las luchas de clases, de los dos partidos. Pero dentro de su relativa homogeneidad común, la crisis destruye ante todo al batllismo, que es como el paradigma de tal situación. Él ha sido, más que ninguno, portavoz de las clases medias y populares urbanas, y su función ha estado esencialmente ligada a los ciclos de mayor prosperidad uruguaya. Ha sido el partido de la prosperidad, y por ello la crisis lo abate, como en 1934 y 1958. ¿Cómo seguir gordo con vacas flacas?

Por eso, hay más relación actual entre la "situación" terrista y la de Gestido que con el batllismo propiamente dicho. Creo que esta crisis de los partidos tradicionales se objetiva de modo supremo en el agotamiento histórico del batllismo, al que asistimos, refugiándose la mentalidad puramente distributivista de una clase media angustiada en los sectores de la llamada *izquierda*, así como es previsible una irritación popular contra los grandes terratenientes, con un vigor desconocido antes en el país, pero con enormes dificultades prácticas. Es muy espinoso el salto desde el asfalto hasta la campaña. La ira popular corre el riesgo de quedar en el vacío, sin consecuencias reales, perdiéndose su eco en los campos distantes y despoblados. Sólo una tremenda necesidad puede producirlas. En ese sentido, puedo traer a colación un pensamiento habitual de Nardone, quien solía repetir: "*Hasta que Montevideo no arda, no puede esperarse ni pretenderse ningún cambio profundo en el país*". Sólo semejante incendio social podría trascender la literatura. Esa visión apocalíptica no puede por cierto descartarse. Quizá sólo un gran sufrimiento, la desgracia sostenida e insostenible, altamente concentrada en Montevideo, termine con las inercias sobrevivientes a la muerte de la renta diferencial, y ponga en tensión real, decidida e inteligente al país. Lo seguro, es que nadie o muy pocos salen a la intemperie anticipadamente. Para que así sea casi es necesario haber perdido la casa. Ese ya no tener nada que perder nos hace futurizar de verdad. El pueblo hace muy pocas revoluciones, es sensato y conservador. Pero a diferencia de intelectuales o de jóvenes subsidiados en rebelión familiar, cuando se propone la revolución la hace, pues es también un acto de sensatez y conservación, no contradictorio con la audacia y el heroísmo; y ajeno a toda gratuidad. Hace la revolución cuando es lo único sensato.

Y ipocos pueblos con tantas razones para ser conservador, como el uruguayo! Para ser legítimamente conservador. Hasta ahora, aquí el conservatismo ha tenido mejores razones que la aventura. No vamos a repetir los elogios en que el uruguayo se ha autodeleitado. Es cosa que va deslizándose paulatinamente en las sombras del pasado. Sin embargo, los factores estáticos son aún muy poderosos. Tenemos las clases medias populares en que está más extendida la propiedad habitación. La vivienda propia es realidad para una proporción gigantesca del pueblo uruguayo. Y esa paradójica masa de "propietarios-asalariados" no propende por cierto a la movilidad, el bien inmueble no es afecto a lo mueble. Desde fines de siglo, con Piria, gran político-rematador que abrió a la inmigración nueva residencia en la tierra, hasta Vaz Ferreira que postulando como derecho humano fundamental "*habitar sobre el planeta*" dio categoría filosófica al sueño de la casa propia, la inversión inmobiliaria ha sido la principal en el país. (Por travesura, podríamos decir que "fue el búho de Piria"). Incluso el actual proceso inflacionario, unido a las leyes de alquiler, no ha mermado el número de propietarios sino que los ha acrecentado. A lo que se suma: la gran cantidad de pequeños empresarios que con costos fijos de escasa entidad, pueden soportar mejor la crisis que grandes firmas; la debilidad de nuestra burguesía industrial y por consiguiente de nuestro proletariado. Y dominándolo todo, el neomaltusianismo espontáneo de las clases uruguayas, que – envejecidas – son poco permeables a los cambios. ¿Pero qué

puede esto contra los factores negativos que arruinan el país, y que tienden necesariamente a dinamizarlo, así sea por desesperación? No vamos a hacer enumeraciones resabidas, pero vale resumir: estancamiento de la producción, déficit del presupuesto del Estado y de las balanzas de comercio y de pagos, que se hacen crónicos, y que nos encuentran con una descapitalización acumulativa, atraso técnico, parálisis o mal uso de la mayor parte de la población activa del país. No hay país con semejante lujo que no haya estallado.

El Uruguay, a pesar de su lentísimo crecimiento demográfico, comenzó a fagocitarse su renta diferencial, a la vez que impulsaba sus industrias livianas en íntima relación con los momentos cruciales de la retirada inglesa: la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial. A medida que el Uruguay salía de la órbita inglesa, por las grandes crisis capitalistas, aumentaba su capacidad de sustitución de importaciones, aunque generaba nuevas dependencias de las industrias pesada y combustibles extranjeros. Y a la vez, cuanto más se interiorizaba el mercado, más visible se hacía que ese mercado no tiene dimensión para un desarrollo industrial moderno, generando costos no competitivos. Su última expresión será la empírica política industrializadora de Luis Batlle, contemporánea a la de Perón y toda América Latina, aprovechando la postración europea, y que pronto rebota contra el tope diminuto de nuestras posibilidades internas, con la recuperación europea, con los términos adversos del intercambio y lo menospreciable de nuestro peso específico en los mercados internacionales. La ingenua y utópica visión del Uruguay industrial, deseable pero fantástica, moría para siempre en la especulación cambiaria y bancaria, y los terciarios quedaban sin futuro. Tenía que venir la revancha de los sectores primarios de la economía (agro preindustrial) sobre los terciarios (servicios). Lo que de seguido provoca el contraoleaje ruralista de 1958, que se estanca en la esterilidad de estimular a la producción agropecuaria a través de los solos precios, limitándose a transferir al agro más moneda y acelerando las condiciones de su envilecimiento, incapaz de poner coto a la política de clientelas y de introducir mayor racionalidad en los mecanismos económicos; latifundio y banca intactos. La fisiocracia de los primarios no podía sacudirse a los terciarios de encima, sin enfrentar su propia transfiguración. Se había llegado al fin de la jornada. Si antes Keynes no había podido prescindir de Quesnay, luego Quesnay tampoco podía dejar a Keynes. Morían como abrazados a un rencor... porque Ricardo se iba.

Pero aparecían los augurios de un viraje histórico sin antecedentes: en el orden interno, la creación del CIDE, primer intento global de información, diagnóstico y formulación planificadora del país; y en el orden externo, la ALALC (Asociación Latinoamericana de Libre Comercio), signo de la inevitable vuelta hacia adentro de las economías latinoamericanas, que en un grado u otro debían confluir hacia la gran nación inconclusa de América Latina. La liquidación de la renta diferencial nos obligaba a replantear en términos de economía global y nos hacía asomar a América Latina, no con el sentimiento, sino por necesidad. La necesidad de trascender al Uruguay en que nacimos se hacía imperiosa, impostergable, fatal.

El viraje más radical de nuestra historia ahora ya está a la vista ¿Para ser uruguayos, debemos dejar de ser uruguayos al modo que fuimos y aún somos? O crece o muere. Y nos está vedado crecer como imperialismo. Nos está vedada una modernización industrial a la altura de las técnicas actuales, por ser un mercado aldeano. ¿Qué hacer? El Mercado Común Latinoamericano se nos viene encima cargado de consecuencias y nuevas cuestiones gravísimas. La llamada Integración no sólo es un repertorio de soluciones sino de portentosos problemas, como un salto en que se generan nuevas contradicciones y concordias, y que por ello nos exige un replanteo no menos radical de nuestras políticas inveteradas. Y ese reto abarca por igual a derechas e izquierdas.

Habrá derechas e izquierdas, que se aferren anacrónicas a los Estados Parroquiales latinoamericanos. Habrá derechas e izquierdas dispuestas a trascenderlos de raíz, y los modos de lucha tomarán nuevas dimensiones. Nada será de posible eficacia si no se reasume al nuevo nivel de la nación latinoamericana en marcha. Toda política de derecha o izquierda que se limite a atrincherarse en los vetustos esquemas de los países latinoamericanos como "naciones completas", será una política estéril, reaccionaria, exenta de pensamiento creador, sin salida, de crítica mecánica y abstracta, ausente del sentido dialéctico de los acontecimientos, arrastrada por ellos, impotente. ¡Bueno sería que la izquierda se enclaustrara en los fragmentos de la balcanización! Todos hablan hoy en términos "latinoamericanos", pero rehúsan extraer y adelantar verdaderos planteos, y por lo común están muy por debajo de nuestra circunstancia y prospectiva, como esa literatura amorfa de la "Revolución Continental" que escamotea enfrentar la cuestión de la Revolución Nacional Latinoamericana, que se resiste a asumir la cuestión de la unidad nacional latinoamericana, de tan gigantescas proyecciones. El campo de batalla empieza a ser otro, y exige reacuñar nuevas estrategias y tácticas que sepan medirse con las nuevas escalas.

Y aquí volvemos a nuestro punto de partida. Al Uruguay mismo como problema. Los supuestos de nuestra vieja política internacional se han evaporado: el Imperio Inglés ha sido sustituido por el Yanqui; el viejo Uruguay agropecuario, extravertido y agotado ya no permite el cada uno en su casa, y tiene que abrirse a sus vecindades latinoamericanas. Para el Uruguay interiorizarse es latinoamericanizarse. Nuestra política nacional será ir más allá del Uruguay para salvar al Uruguay en el sentido de su propia historia. Si Ponsomby ha muerto, nos queda Artigas. Pero examinemos más de cerca las nuevas hipótesis, algunas, que nos impone la nueva situación del país, para ver qué es lo vivo y lo muerto de lo recibido. El Nirvana es para los que salen, o se detienen, en la historia. No lo queremos para nosotros.

5. El Nuevo Uruguay Internacional

La historia se nos cuela por el vacío de la renta diferencial. Un fresco y afilado viento de realidad comienza a disipar la atmósfera enrarecida y perpleja de un Uruguay aferrado, a pesar de la advertencia de 1958, al "aquí no

pasaba nada". Porque, sí, ¿qué pasa? ¡Y sin embargo se mueve! Y es en los tránsitos inciertos que la inteligencia debe estar más en vigilia. Inteligencia que poco tiene que ver con las presumibles crisis históricas de nuestro idealismo agonizante. Nos encontramos ahora enfrentados a la situación que describe Hans Freyer: "*Las épocas felices de un orden estatal positivo no precisan de una ciencia especial de las condiciones y leyes de la vida social, y si llegan a poseerla, es sólo una teoría de lo existente. Sólo cuando los hechos sociales se escapan a la forma estatal en que se hallan presos, la hacen saltar a pedazos o pasan por encima de ella, es cuando se plantea el tema de estudiar científicamente ese material con leyes propias, la 'sociedad', descubriendo en lo posible las leyes naturales de su desenvolvimiento*".²² Sociedad estable es sociedad de juristas y leguleyos. Los conflictos se resuelven por distintas abogacías en múltiples tribunales, oficiales o no. Es más el reino de las "mediaciones" que de las contradicciones. ¿Cómo no hacer del Derecho y la Constitución mitos intangibles, si el país tenía medio siglo largo de paz?

Y los conflictos se resolvieron por "reformas constitucionales", que dan la medida de su tibieza. Pero los cánones se ven rebasados, y la precaución uruguaya termina disolviendo definitivamente la mitología inocente del Colegiado, naufragio de inoperancia, y trata de domar de antemano al cesarismo posible, abriéndole cauces institucionales, que disminuyan su impacto. Ya el Uruguay presente sabe que no es puro presente, que está lanzado al futuro. Por eso, pensar al Uruguay de hoy no es pintarlo como es, copiarlo, sino proyectarlo. La fotografía, aún verídica, ya es un acto de conservatismo.

Hoy más que nunca, nuestra política se hace prospectiva, conocimiento y apuesta, evaluación de las posibilidades que en gran medida, sabemos, no dependen de nosotros. Pero eso no nos exime de querer poder realmente, de las opciones al servicio de los valores en que creamos. Y la opción por un valor es también la opción por su eficacia. Elegir la justicia, es elegir también el poder, por más contrariedades que esto implique. Quien no quiera el poder, no quiere nada. Incluso para poner límites al poder. Y como sólo se puede en situación, hay que remover nuevamente: ¿cuál es la situación actual del Uruguay Internacional? ¿Qué perspectivas se abren? Aquí, perseguir el dominio del objeto, conocer, se confunde con las posibilidades de reconformar políticamente la sociedad. Empleando el viejo lenguaje de Saint Simon y Comte, pasamos de una "*época positiva*" a una "*época crítica*". ¿Cuáles los supuestos geopolíticos de esta nueva época uruguaya crítica? Una época en que "*sin visión los pueblos mueren*". Retomamos así el hilo de la primera parte, con la sucesión de los tres Imperios.

Estamos en el tercer ciclo de la historia de América Latina, el del Imperio Yanqui. La parte norte y anglosajona de la Isla continental ha levantado la más imponente potencia industrial capitalista de nuestro tiempo. Su destino ha sido simétricamente inverso al de América Latina. Logra su independencia antes de la consolidación de la Revolución Industrial Inglesa, y se expande en

²² Hans Freyer, "**Introducción a la Sociología**".

progresiva integración usufructuando sagazmente los conflictos de las potencias europeas. Emprende una persistente marcha hacia el Océano Pacífico, cuya víctima principal será Méjico y luego, en la guerra de Secesión, el norte industrial destroza al sur agrario, aristocrático y esclavista. De tal modo, una fuerte política de proteccionismo industrial se hace general, al revés de América Latina que en el mismo período era presa de la orgía librecambista y spenceriana. Mientras los EE.UU. inspiran a Von Litz para el nacimiento de la economía nacional-industrial alemana, los patriciados latinoamericanos eran el reverso agropecuario de Adam Smith, Ricardo y el vulgarizador Bastiat. Lo que EE.UU. resuelve por la violencia en la Guerra de Secesión, hace un siglo, recién comenzará a plantearse en América Latina en nuestros días con el choque del naciente desarrollo industrial y el sistema agroexportador, que cuenta ahora con la complicidad yanqui, así como entonces los sureños contaban con la complicidad inglesa. ¡Paradojas de la historia!

Mientras que Norteamérica forma un triángulo cuya mayor extensión se encuentra con amplias llanuras y las mejores condiciones geoclimáticas, lo que ha facilitado su gigantesca expansión unificadora, América del Sur es también un triángulo cuya mayor anchura la cubre el "infierno verde" de la olla amazónica. Así, un desierto ecuatorial descoyunta a América Latina en dos zonas principales pero casi incomunicadas: la zona del Mediterráneo Caribeño, que comprende Méjico, Centroamérica, las Antillas, Colombia y Venezuela y la zona del "Cono Sur", cuyo centro vital es la Cuenca del Plata. Y un como gozne mediador entre esas dos zonas, que son los países andinos. *En tanto que lo mejor de Estados Unidos está en su zona más ancha, lo mejor de América del Sur está en su zona más estrecha.* Pero en la desembocadura de esa zona óptima de América del Sur está el Uruguay.

Como es lógico, el primer avance yanqui se realiza en el Mediterráneo americano. Su culminación será la guerra de Cuba y Puerto Rico contra España y la apertura del Canal de Panamá, luego de inventar una nueva república a costa de Colombia. En Panamá se sella la retirada inglesa del Mediterráneo caribeño al abrirse el siglo XX.

En aquel momento, en que concluye el resto americano de la madre patria España y en que Inglaterra efectúa su primer gran retroceso ante el "tercer hombre", el Caribe se hace un mar virtualmente yanqui y el nuevo Imperio proyecta su sombra sobre América Latina: también resuena en la postración latinoamericana la nueva alborada de su voz, del eco bolivariano, en el *Ariel* de Rodó, un uruguayo. Rodó es nuestro Fichte, y su *Ariel* el Discurso a la Nación Latinoamericana, en un plano ético e ideal. Fue un reguero de pólvora; desde su balcanización, América Latina soñaba otra vez su unidad. Y Rubén convocaba a los leoncitos para enfrentar al Gran Cazador de Teodoro Roosevelt. En aquél momento renace la unidad latinoamericana en el plano de la generación literaria, del "modernismo", donde se congregan, en el auge finisecular del imperialismo, el ápice de las enajenaciones y exotismos con el regreso a las raíces nacionales. Un Manuel Ugarte, argentino, recorre nuestras patrias chicas levantando la visión de la Patria Grande; un García Calderón, pe-

ruano, intenta pensar por primera vez, de modo concreto, globalmente el proceso histórico latinoamericano. Nueva tesis, nueva antítesis. Con el siglo XX se inaugura a la vez el tercer Imperio y la formación de la conciencia latinoamericana. Se emprende la larga marcha por la formación nacional de América Latina. "Será la paradoja del avance del nuevo Imperio Yanqui: a cada paso suyo adelante, habrá un paso delante de su contrario, la unidad latinoamericana". Así, su camino será inverso del inglés. Promueve como su instrumento al Panamericanismo, que se inicia a fines del siglo XIX con su primera proposición concreta: la unión aduanera. Pero como ella no podía tener otra consecuencia que la subordinación absoluta al poder industrial yanqui, fue declinada por los latinoamericanos. La fruta todavía estaba verde, y el inglés era aún fuerte.

Así, el siglo XX presencia el despliegue de Estados Unidos en América Latina, que se consolida en la Segunda Guerra Mundial. El viejo poder europeo está destrozado y se levanta el Tercer Mundo de los descolonizados, con su nuevo vigor. Hambre y natalidad son su tragedia y su fuerza. Las sangrientas crisis del capitalismo europeo y sus guerras intestinas le habían liquidado su supremacía mundial. La Primera Guerra Mundial fue el nacimiento del primer Estado Socialista en la inmensa Rusia, y Estados Unidos pasó a acreedor universal. La Segunda Guerra Mundial es la rebelión del Tercer Mundo, la expansión del socialismo en el este europeo y China, y el paso de Estados Unidos a líder absoluto del mundo capitalista. Su productividad alcanza niveles asombrosos y hasta se convierte en exportador de productos agrarios a los países agrarios atrasados. Señala Spykman: "*Estados Unidos ocupa una situación única en el mundo. Su territorio pertenece a aquella mitad del globo de las grandes masas terrestres y sus dimensiones son las de un verdadero continente, con todo lo que esto representa en términos de poder económico. Asomado a dos océanos, Estados Unidos tiene acceso directo a las arterias comerciales más importantes del mundo. Su dominio está enclavado entre las dos aglomeraciones de población densa de la Europa occidental y del Asia Oriental y, por lo tanto, entre las zonas de mayor importancia económica, política y militar*".²³ De tal modo la posición de Estados Unidos en la Isla Continental, similar simultáneamente a la de Gran Bretaña frente a Europa y a la de Japón frente a Asia, le hace convertir a éstas últimas en su trampolín para detener la expansión del mundo comunista en la Isla Mundial. Y a la vez convierte desde la década del '40 a la Isla Continental en su coto cerrado y afirma a través del sistema panamericano, perfeccionado en Chapultepec, Río de Janeiro y Bogotá, su hegemonía exclusiva. La OEA será el ministerio de sus semi-colonias.

Pero las crisis destructivas del capitalismo son la oportunidad de desarrollo de los pueblos sumergidos. Crisis metropolitana es impulso a la periferia; impulso metropolitano es crisis periférica. Para América Latina, la Segunda Guerra Mundial tuvo también otras consecuencias: es la ola más fuertemente industrializadora que la recorre, por la vacancia europea y la forzosa distracción norteamericana. Perón, Vargas y Cárdenas serán sus expresiones máxi-

²³ Nicholas J. Spykman. "**Estados Unidos frente al Mundo**" (Ed. FCE, Méjico, 1944), pág. 49.

mas (acusados los tres, por coincidencia, de "fascistas", para encerrarlos en un leproso). Entre nosotros será Luis Battle, que hará contradictoriamente el juego al imperialismo y a la oligarquía bonaerense contra su hermano gemelo y mayor, Perón. No extraía verdaderas consecuencias de que la industrialización argentina era la condición *sine qua non* de nuestra propia industrialización. Que nuestra industrialización era a la vez una consecuencia del amparo del poder industrializador argentino. Nuestra pequeñez productiva, menospreciable en el mercado mundial, sólo podía exportar manufactura, en tanto Argentina lo exigiera para su mayor volumen, como lo hizo, a través del IAPI. La caída de Perón fue el augurio de la caída de Luis Batlle y el receso industrial. Claro es que habría que matizar además la diferencia de nuestras propias situaciones, por cuanto Uruguay depende más radicalmente que la Argentina de su estructura agropecuaria. Esto explica, permítaseme una acotación personal, que yo haya sostenido a la vez posiciones "ruralistas" en el Uruguay, orientadas a su transformación agropecuaria en el sentido de una verdadera industria, trascendiendo el nivel fisiocrático, y defendido la industrialización argentina y brasileña y sus movimientos políticos nacionales, porque era la auténticamente nuestra, en contradicción con la contradictoria posición del batllismo de entonces, que era justamente inversa y sostenía a las reaccionarias fuerzas agrarias en Argentina y Brasil disfrazadas con el manto de las "uniones democráticas". ¡Inercias vetustas, de un liberalismo formal trasnochado! Y una extraordinaria falta de sentido del significado profundo de los procesos latinoamericanos, obnubilados por el juridicismo. (Pero ¿cómo evitar la hipertrofia de un "civilismo" de tanto éxito? ¿Cómo no extrapolar nuestra maciza experiencia canónica y no sentir que lo que se desviara de ella era irracional? ¿Acaso podría ser difícil ser como uno, hijos de la facilidad? Y esta es la base de un cierto desdén o aire de su superioridad de uruguayo hacia los otros pueblos latinoamericanos, que juzgan, por pobres y violentos, más "ineptos": sólo ven las consecuencias, sin percibir sus causas).

Así, el proceso industrializador de América Latina y la emergencia de las masas – acrecentadas por el vertiginoso aumento demográfico y su urbanización – inicia un cambio en las relaciones de fuerzas. Ya no dominan sólo el mundo agropecuario y exportador con sus abogados: ya aparecen los contadores de la economía industrial, y toda una nueva elite de "tecnócratas". Y si Bogotá significa el cerrojo final del Panamericanismo asentado en nuestra inferioridad agraria y es el canto de cisne de los grandes juristas floripondistas, que eran su correlato mistificado, también se produce el "bogotazo", explosión de un convidado de piedra que eran las masas del pueblo, levantadas en furia destructiva por el asesinato de su líder Gaitán por mano de la oligarquía terrateniente. Le seguirá en nuestros días otro asesinato, el del cura guerrillero Camilo Torres, que recogía la tradición de los grandes curas liberadores como Morelos, Hidalgo, Aldao y tantos otros. El "bogotazo" es la primicia del nuevo jaque de índole social, que el poder yanqui tenía que enfrentar en América Latina luego de la Segunda Guerra Mundial. Pero en el mismo año también surgía un nuevo hecho: la CEPAL, que se irá convirtiendo en el portavoz latinoamericano de su burguesía industrial, a pesar que su impulsor Prebisch tiene en

1955 un nefasto rol en la Argentina. Hará luego, en La Plata, pública retractación o rectificación de su pasado keynesiano y agropecuarista. Las posiciones polémicas de un Jauretche contra Prebisch son las que él mismo propaga desde la CEPAL: serán los "estructuralistas" contra los "monetaristas", del viejo mundo agroexportador y el Fondo Monetario, instrumento norteamericano. El "cepalismo", versión cauta, abstracta, un tanto burocrática y de asesores de Príncipe, será la ideología industrializadora y la primera visión global sistemáticamente estudiada de América Latina, que dará la pauta dominante en la década del '60. La burguesía industrial latinoamericana había encontrado su órgano expresivo, su proyección integradora, la visión del mercado interno latinoamericano, más allá de sus patrias chicas. Un órgano todavía aséptico y temeroso de las vibraciones de la historicidad concreta. Economía y contaduría no son nunca política viviente, aunque sí ingredientes esenciales. Pero un nuevo paso había sido dado. A la generación del '900 de literatos, a la gesta estudiantil de la Reforma Universitaria del '18, dos generaciones propiamente latinoamericanas, ha sucedido luego esta singular generación cepalina de los contadores y tecnócratas asesores internacionales bien pagos. En ella también, por encima de fronteras, confraternizan argentinos, brasileños, uruguayos, mejicanos, etc., en tareas comunes. Son diríamos, una versión todavía abstracta (se hace desde la UN como antes se hacía el modernismo desde París y Madrid; hay que salir de América Latina para ver el bosque y no perderse en las hojas de los árboles. Desde las metrópolis se la ve una. Desde sí misma se ven las disputas de campanario) de la unidad latinoamericana en marcha. Insuficiente, necesario.

La guerra fría de EE.UU. con Rusia le hace arrastrar en pos suyo, como séquito, al sistema panamericano. Todos los intentos de liberación nacional, de industrialización efectiva, serán acusados de "comunistas" – como antes de "fascistas" – para desprestigiarlos, aislarlos y reprimirlos. Estados Unidos apoyará a todas las dictaduras retrógradas, y será implacable con las dictaduras progresistas, que son en su concepto las únicas "totalitarias". Pero no es fácil amañar a su antojo todo un vasto proceso histórico. Aquí y allá, los Estados Unidos se ven obligados a transacciones. ¡No sólo transan los débiles! Por otra parte, es difícil que "cipayos en estado puro" estén al frente de un Estado: de algún modo y en algún grado son presionados siempre por los intereses nacionales; y en algún momento y en algún grado también resisten. Compleja es la tarea de ser Imperio, asistiendo, día a día, por doquier, a una conspiración o insurrección permanente, callada o abierta. En rigor, en América Latina en distinto grado y oportunidad casi todos conspiran contra los estrictos intereses norteamericanos. Estos sólo podrán coincidir consigo mismo en la ocupación lisa y llana. Es el destino de los Imperios, no ser amados sino temidos y acatados, pero en verdad no les importa otra cosa. Quizá los yanquis sean una excepción, y también quieran ser amados, no perder su imagen interior: es pedir demasiado. Sólo se ama a los iguales; es ley divina, al punto que Dios se hizo hombre por amor y para ser amado. Y para redimirnos de nuestra justicia murió como ladrón y esclavo.

Los procesos de la postguerra han impulsado a los movimientos de liberación nacional. Entre nosotros, primero Bolivia, donde termina asfixiado en su pobreza y aislamiento; luego Guatemala, intervenida indirectamente por EE.UU.; finalmente la gran revolución cubana. Sólo el apoyo ruso a la determinación de "Patria o Muerte" salvó a Cuba de ser arrasada. Pero ya nos introducimos en el magno acontecimiento dominador de nuestra época: la Coexistencia Pacífica, que ha tomado el lugar de la Guerra Fría. Las dos grandes potencias industriales del mundo pasan al terreno de la competencia y colaboración económica, retrocediendo ante la amenaza del mutuo cataclismo atómico. Ya es claro que el acuerdo es vasto y de alcance universal. Rusia no arriesgará otra aventura como el apoyo a Cuba, y los EE.UU. reservan a América Latina como su intangible retaguardia, manteniendo alrededor de Cuba un cordón sanitario.

¿Cuál es entonces el contexto mundial actual? Más que la lucha entre el mundo capitalista y el de las burocracias socialistas, es la división entre las naciones industriales – que los unifica, salvo China – y las naciones proletarias, subdesarrolladas, agroexportadoras del Tercer Mundo, entre las que se encuentra la balcanizada nación latinoamericana.

No en vano ahora se ha sustituido el calificativo y se llama latinoamericanizar a la reciente atomización del África en un pulular de estados sin posibilidades de desarrollo propio, condenados de suyo a la dependencia. Así, hoy es común aceptar la evidencia que el conflicto fundamental ya no toma la forma visible de "Oeste y Este", sino de "Norte y Sur" del planeta. Ya en 1942, Spykman escribía: *"El hecho que las mayores masas terrestres se encuentran en el hemisferio norte y que la mayor parte del hemisferio sur pertenezcan a zonas tropicales, da lugar a ciertas determinaciones clarísimas. La mitad norte del mundo será más importante, desde los puntos de vista económico, político y militar, y las relaciones existentes entre los diversos continentes de la mitad norte ejercerán mayor influencia en la historia universal que las que se entablan dentro de un mismo continente a través del Ecuador. La importancia política de un Estado, la naturaleza de sus relaciones internacionales y los problemas de su política exterior vienen en gran parte determinados por la situación que ocupe al norte o al sur del Ecuador"*.²⁴ Aunque es claro que en el propio Norte está ya en su "propio Sur", de tal modo que el Sur político, más poblado e inmenso que el propio sur geográfico, abarca a la mayoría de la humanidad. Hasta nuestro canciller, en la Conferencia de Punta del Este, pedía a las naciones industriales "Nord-Atlánticas" que no olvidaran al "proletariado exterior". Lo importante es que ese "proletariado exterior" no se olvide de sí mismo y sólo confíe en sí mismo.

Y bien, ¿qué pasa con nosotros? Si América Latina está dividida en dos grandes zonas por el infierno verde que anula su arteria principal, la Cuenca Amazónica, si sus comunicaciones son aún extrovertidas, marítimas y no terrestres, en la gigantesca Cuenca del Plata, base fundamental del Cono Sur, está el ámbito de despegue más portentoso de América Latina. Tapón y salida,

²⁴ Op. cit., pág. 48.

allí está el Uruguay. Lo sabemos, pero es difusa cosa a nuestras espaldas, aunque sea desde ya nuestro ineludible futuro. La vuelta a la cuenca es retorno, en un nivel superior, a la visión geopolítica de Artigas, al que hemos achicado a nuestra mera estatura, convirtiéndolo en exclusivo héroe local. Pues Artigas es mucho más que nosotros, y nosotros su fracaso histórico. El Uruguay es la negación de Artigas, y su futuro será su reafirmación. El camino está señalado desde lo hondo, y cumple con la altura de nuestro tiempo.

¿Qué es la Cuenca del Plata? El Hemisferio Sur está dominado por los océanos, y sólo hay tres dispersos centros terrestres, insulares respecto a las áreas humanas más densas del planeta: uno Australia y Nueva Zelandia, otro África del Sur (separada del resto por el Sahara), y, finalmente, nosotros, el Cono Sur Latinoamericano. No somos así zona de tránsito, estamos como a contramano del comercio mundial y de las áreas de tensión bélica entre los grandes poderes. Esta posición relativamente marginal es sin embargo la zona óptima de América Latina. Abarca a Bolivia, Paraguay, Argentina, Brasil y Uruguay y puede proyectarse también sobre el Pacífico por Chile; comprende en su ámbito, literalmente considerado, una superficie mayor de cuatro millones de kilómetros cuadrados, alcanza ya una población de sesenta millones de personas; en crecimiento vertiginoso, singularmente brasileño, tiene las posibilidades hidroeléctricas más grandes del mundo, ofrece maravillosas facilidades de comunicación prolongables para la conexión interna con la Cuenca Amazónica. Este portentoso abanico hidrográfico, hoy totalmente desaprovechado, es la base energética más formidable para el desarrollo industrial y agrario, y comprende una inaudita variedad de recursos minerales, hierro, tungsteno, manganeso, etc., condición de los "polos" de desarrollo, con sus industrias pesadas. Paraguay sabe ya que está en el corazón de la cuenca y que será su máximo beneficiario, Bolivia rompe su aislamiento mortífero, Argentina y Brasil están dando e impulsando los pasos para su cooperación, semiconscientes que en su coordinación está el destino industrial más importante de América Latina. ¿Y nosotros?

En la reciente constitución de un Comité Intergubernamental Coordinador entre los cinco países de la Cuenca del Plata, el Uruguay acompañó un poco sin saber qué hacer. A pesar que la idea no es nueva. Ya en Montevideo, en 1941 se había realizado una Conferencia de los Países del Plata y a insistencia uruguaya hubo una declaración a favor de la zona. No pasó de allí. Había sido facilitada ocasionalmente por la ausencia europea de la Segunda Guerra Mundial – y luego se siguió en los mismos trillos. Una revista argentina comentaba así la pasividad uruguaya: *"Uruguay, un pequeño país con muy escasa 'vocación exterior', se ve asediado por varias cancillerías y vacila ante las ofensivas de seducción. Acaso no por coquetería, menos aún por soberbia, nadie comprende en Montevideo las ventajas o desventajas de participar o no en la Cuenca del Plata"*. Y agregaba que en círculos gubernamentales *"reflexionaban calmosamente: 'parece que somos una pieza importante en este ajedrez latinoamericano'"*. Para terminar así: *"¿Puede el Uruguay, país de estratégica ubicación en la Cuenca del Plata, dar la espalda a Paraguay, Bolivia, Brasil y*

Argentina? Los amantes de la democracia representativa piensan que sí, los de la geopolítica no" (Revista *Confirmado*, 16 de febrero de 1967). Podríamos acotar, para justificar nuestra situación, una invocación de fe: "Nada más difícil que soportar una sucesión de días felices". Pues cuando acaban iqué perplejidad! Y el Nirvana una tentación, cuando todavía hay un resto de confort.

Si desde los tiempos de Imperio Hispánico, comenta un español "*La red fluvial del Plata era el camino por excelencia para adentrarse en el corazón del continente*"²⁵, ello sigue siendo cierto, y no es contradicho por las nuevas comunicaciones férreas, de carreteras o aéreas, que le serán complementarias. La colonización española descenderá desde el Alto Perú y Asunción, y el Río de la Plata nacerá políticamente para "abrirle puertas a la tierra". El Uruguay vino para taponarla: como Estado "cuña" lo definen manuales de geopolítica.²⁶ Volvamos a abrirle pues sus puertas a la tierra americana, ya que el ciclo del mar inglés se ha cerrado y con él nuestra propia clausura americana. Hace un siglo Alberdi escribía luminosamente: "*Montevideo tiene en su situación geográfica un doble pecado, y es el de ser necesario a la integridad de Brasil y a la integridad de la república Argentina. Los dos Estados lo necesitan para complementarse. ¿Por qué motivo? Porque las orillas de los afluentes del Plata, de que es llave principal el Estado Oriental, están situadas las más bellas provincias del Brasil y las más bellas provincias argentinas. El resultado de esto es que el Brasil no puede gobernar sus provincias fluviales sin poseer la Banda Oriental, ni Buenos Aires puede dominar las provincias litorales argentinas sin la posesión de esa Banda Oriental.*"²⁷ Las razones de hoy son aún mayores: está en juego el más vasto complejo industrial en ciernes de América Latina. Convirtamos entonces nuestro "doble pecado" en "doble virtud".

Nuestras posibilidades históricas fueron tres: Banda Oriental, solución argentina; Provincia Cisplatina, solución brasileña; Uruguay, solución inglesa. Paradójicamente, fue en esta última que formamos nuestra propia autonomía comunitaria, pero hoy, por la retirada de sus condiciones, estamos en el aire, como hoja al viento. Imantados por la aspiradora norteamericana por razones geopolíticas pero no económicas, faltos de funcionalidad estructural.

Hagamos que el nuevo Uruguay no sea la negación excluyente de las otras dos posibilidades, realicemos a la vez la síntesis de la Banda Oriental y la Provincia Cisplatina. Que seamos frontera que une y no que separa. Que el Uruguay sea no la anulación de la Banda Oriental y la Provincia Cisplatina, sino su conjugación. Nexo y no neutralización. Fue con esa idea central que allá por el '55 con Reyes Abadía y Ares Pons fundamos una efímera revista que por ello denominamos "Nexo". Hasta no quisimos traducir un artículo de Helio Jaguaribe y lo publicamos en portugués, porque sólo se traducen las lenguas extranjeras. Es, en nuestro concepto, el único camino nacional latinoamericano. La

²⁵ Gil Munilla, op. cit., pág. XIX.

²⁶ R. Henning y L. Köshola. "**Introducción a la Geopolítica**" (Ed. Escuela de Guerra Naval, Buenos Aires, 1941).

²⁷ Juan Bautista Alberdi, op. cit., pág. 79.

Patria Grande empieza para nosotros por la Cuenca del Plata ¡Y eso sí que es "nacionalizar" el destino!

Pero si emociona pensar el destino grandioso que se nos abre, esa plenitud de un Uruguay más allá del Uruguay con vastos horizontes para las nuevas generaciones que vegetan hoy sin rumbo entre nosotros, vale volver a la gran congoja de la reflexión de Lamas y Herrera: ¿será cierto que "*Ce n'est pas la solution qui approche, c'est le chaos qui commence*"? Veámoslo de cerca. La rica y paradójica personalidad de Herrera es como una síntesis de las contradicciones específicas del país uruguayo ("*aunque no lo parezca hay en este gauchito oriental un inglés*").²⁸ Sabía como nadie entre nosotros, nativistas u oceánicos, su configuración histórica y su descoyuntamiento. Pueden registrarse en su obra signos expresos de nostalgia por lo que no fue ("Grandes momentos aquellos que precedieron a la batalla de Pavón, donde fuimos vencidos todos los federales de estas regiones. Si entonces hubiera habido cordura ¿qué no sería hoy la patria oriental?..."). Sabía que la historia del país estaba ligada a una gran tragedia, y su memoria registró para siempre los tiempos revueltos de entonces. Todo era ya irrevocable e irreversible, y sólo cabía el elogio a Ponsomby – pues ¿qué podía significar negarlo, sino negarnos? – y estábamos allí, gozando de buena salud. Por eso, para Herrera, querer retornar a la Cuenca era precipitarse nuevamente en los temidos tiempos revueltos. Quiso así la pacificación y el aislamiento, que iban juntos; la no intervención absoluta, presupuesto de nuestra supervivencia. Pero hoy la historia ha invertido su curso; y la condición de supervivencia es la contraria y el Uruguay solo no puede seguir, retirado el inglés, agotada la renta diferencial y debiendo ingresar a las dimensiones adecuadas de la técnica e industria modernas. Quien diga hoy que quiere industrializar al país sin integrarlo, o miente o es un tonto, pues propone la cuadratura del círculo.

No hay independencia ni desarrollo sin industrialización, a la altura de la técnica de nuestro tiempo. Nuestra industrialización está esencialmente ligada a la de la Cuenca, a la argentina y a la brasileña. Todo otro planteo es ilusión y mistificación. Es pedir "Liberación" aferrándose a las condiciones de la dependencia.

Seamos pues claros, y pongamos en limpio que es lo que realmente queremos. Toda política de liberación montada sobre la mentira y el escamoteo de los problemas esenciales sólo conduce a callejones sin salida. La cobardía política e intelectual no será jamás base de liberaciones, sino de derrotas. Suponer al Uruguay una "nación" completa, es quererlo semicolonias para siempre. Encerrar nuestra política en los marcos uruguayos es abandonarnos al astillero.

Los supuestos del "cada uno en su casa" han concluido. La base de nuestra vieja política de no intervención absoluta y de absoluta neutralización ha desaparecido. Pues el Uruguay, nacido para no intervenir, debe comenzar a intervenir. En realidad, el proceso conjunto de interiorización latinoamericana,

²⁸ Herrera, op. cit., pág. 63 (En "**La Raíz**", que es una autobiografía).

con sus exigencias de industrialización, es el camino fatal del "interveníos los unos a los otros". Pues no nos interveníamos porque todos íbamos hacia "afuera", pero ahora ¿qué puede ser la vuelta hacia "adentro" sino encontrarse realmente, depender mutuamente, "intervención recíproca"? El Mercado Común, necesidad perentoria de las burguesías industriales y la mal llamada "Revolución Continental", necesidad perentoria de los pueblos, son los dos polos contradictorios y complementarios de una nueva dinámica en un nuevo nivel cualitativo, el nivel de la Revolución Nacional Latinoamericana, y eso trae consigo la intervención cada vez mayor de todos con todos. Hermanos separados era más fácil, más infecundo, sólo éramos intervenidos por fuera.

Es un retorno, en otro plano, a las condiciones de la primera emancipación en el siglo XIX, cuando ningún hispanoamericano era extranjero en ninguna de nuestras patrias, y veíamos actuar naturalmente chilenos en el Río de la Plata, argentinos en Perú y Chile, brasileños con Bolívar, etc. Volvemos a lo mismo, retomamos la escala que supera los encierros balcánicos. La Iglesia Católica, en pleno deshielo, más allá de las parroquias se reasume en el CELAM. ¿El argentino *Che* Guevara, "ciudadano latinoamericano", es héroe sólo de Cuba? *Et coetera...* ¿No se habla de "fronteras ideológicas" que son el saltar de las viejas fronteras? Nadie debe ocultarse este rostro inevitable del nuevo curso histórico: el desarrollo de las fuerzas de producción requiere el cambio de las relaciones de producción. No hay dudas, vuelven otros tiempos revueltos, pero así son las cosas; lo que vale la pena, hará penar. Entrar otra vez en la historia no será para ninguno de nosotros mero idilio. De tal modo, Estados Unidos monta guardia a este tumultuoso proceso unificador latinoamericano, que está solo en su primer hervor, quiere el reaseguro de la Fuerza de Paz Interamericana y adiestra a sus "rangers" – la nueva guardia suiza de su Majestad, policía yanqui del "nuevo curso" – para que no se le escape de las manos. ¿Le bastarán tales precauciones? En gran parte, depende de nosotros el que se les escape. La puerta es estrecha, erizada, pero hay que pasar, del otro lado están los horizontes más libres. Prudencia, audacia, sagacidad, firmeza, comprensión, nos pide la historia. Espíritu crítico y no fórmulas hechas, recetas apollilladas. Respondemos por la construcción y el destino de una nación. Grande el riesgo, fuerte la esperanza, bella la recompensa.

Somos un país pequeño y la historia nos arroja al desmesurado papel de ser también actores reales. Pues el "exterior" latinoamericano comienza a convertirse en nuestro "interior". En adelante, toda la política uruguaya será necesariamente "geopolítica". Lo que todos prescindían desde el claustro de ideologías sin espacio, lo que era una excepción como Herrera, debe trasmutarse en virtud colectiva necesaria. Los partidos, de derecha e izquierda, al variar las viejas bases geopolíticas que permitían ignorarlas, se "geopolitizarán", so pena de anacronismo ridículo. El tacto exterior se hace también tacto interior. ¡Qué cambio de las coordenadas habituales! No es el fin de las ideologías, sino un cambio de su dimensión.

El Uruguay como problema problematiza todas las políticas uruguayas, que encubren su anquilosamiento con el verbalismo. La diplomacia se nos

hará un menester vital ¿podemos prescindir de Paraguay y Bolivia? ¿De Chile? ¿Hacer condenaciones estáticas y globales que cierren el apoyo recíproco? Si el destino uruguayo se nos aparece como el asumir simultáneo de la Banda Oriental y la Provincia Cisplatina, ello nos exige en todos los planos, económico, universitario, etc., un firme entendimiento con Paraguay, Bolivia, Chile, como contrapeso, para aumentar las posibilidades de negociación en beneficio del país. Debemos pues discriminar atentamente nuestros intereses permanentes y la contingencia de los gobiernos, matizar firmemente los juicios, ver qué es lo reaccionario y lo progresista de un gobierno.

Un criterio esencial será en qué grado se encamina o no hacia la realización de la Cuenca. Por supuesto, que esto no es lo único, pero nunca debe ser dejado de lado. Y eso sí, cuanto más intervengamos, más aferrados al Principio de No Intervención para preservarnos; sólo que su ejercicio tendrá que ser más dinámico, más difícil que en las fenecidas y sencillas circunstancias anteriores. Si el CIDE ha dictaminado que "un modelo de progreso económico y social se ha agotado", vemos cómo su alcance afecta todos los planos de la vida del país y hasta qué hondura radical. Nuestras raíces están a la intemperie. Los hábitos no sirven, y a la racionalización interna corresponde la racionalización externa. Cuando caen las costumbres apelamos a la razón. Ella es la única compañera fiel de la aventura, siempre que sea movida por la fe. No evacuemos a la razón de la realidad, que es su amiga.

"El que sólo conoce a su propio país, tampoco conoce a éste", reza un antiguo aforismo. Es lo que nos ha ocurrido. El Plan del CIDE o el Modelo de Faroppa están contruidos dentro de las coordenadas del viejo Uruguay, suponen sin expresarlo nuestra inserción europea y así la Cuenca del Plata y América Latina son un borroso telón. No rompen con los presupuestos últimos del Uruguay battlista, que hoy agoniza, y en términos marineros está dando una "vuelta de campana". El CIDE dice que un "modelo" ha terminado, pero no propone otro sustitutivo, sino simplemente un recauchutaje racional del que ya está: un mejor uso y evaluación. En rigor, no formulan otro modelo.

El CIDE y Faroppa ignoran los procesos argentinos y brasileños, sin los cuales planificar el Uruguay revierte en lo antiguo. Si la economía mundial no puede colocarse al lado, yuxtapuesta a la economía del país, la economía latinoamericana en ciernes y menos aún la Cuenca del Plata tampoco podrán colocarse al lado, yuxtapuestas a los Estados latinoamericanos. Justamente, pensar y prever la Cuenca significa en algún grado emanciparse de los espacios estatales, desde la intimidad misma del Estado. ¿El comercio internacional o latinoamericano es y será sólo un intercambio entre espacios estatales? Eso es un mito, considerar a los países como "puntos" en que su situación regional no es apreciada. No es así, y será menos así en el futuro. La ALALC, que no es un fracaso como algunos se apresuran a proclamar (¡qué dificultad establecer contactos entre firmas de Perú y Uruguay, por ejemplo, en comparación con los contactos con Róterdam o Londres o Hamburgo, etc.! ¡Fácil porque es una madeja de intercambios con la eficiencia de siglos de elaboración!) pues ha más que duplicado el comercio interzonal, supone esos estados puntuales; y

por eso, su rol es forzosamente limitado. Pero ahora se nos exige mucho más con la Cuenca del Plata y el próximo Mercado Común. Nos es indispensable conocer, e intervenir en su elección, los posibles polos de desarrollo latinoamericanos y principalmente platenses, teniendo en cuenta desde nuestro punto de vista no sólo los puntos donde la producción logre la combinación menos costosa de factores, sino también la propagación de sus efectos en beneficio de los países participantes, y especialmente el nuestro.

Ese orden espacial cualitativo será el fondo sobre el cual se proyectarán nuestras políticas estatales, y ello abrirá, por supuesto y lo repetimos, una dura era de tensiones entre los espacios estatales y los espacios económicos. Pero esa es tarea ya primordial, urgente, para que nuestra diplomacia deje de ser con prontitud sociabilidad y turismo rentado. No es ésta sin embargo una crítica absoluta, por cuanto, aparte de inercias, la historia corre rápido y entre tanto hay que enfrentar las cosas más o menos en los mismos trillos, potenciando y reajustando lo que somos, para cubrir el período de transición, para que no nos tomen los acontecimientos totalmente desamparados, y retorcer el pescuezo al monstruo bifronte de Keynes y Quesnay. El Uruguay puede aún potenciar su productividad con una adecuada racionalización de su gigantesco y amorfo aparato estatal y enfrentar la cuestión de la reforma agraria. Sólo con un "Estado en forma" podemos negociar medianamente. Y eso nos será costoso, en un país que no tuvo necesidad nunca de enterarse de "costos" verdaderos. La pobreza en que estamos cayendo nos lo hará saber, a la vez que se nos imponga reacuar desde la nueva perspectiva al Estado entero, en toda su gama de actividades (desde los transportes hasta la enseñanza). Es decir, el nuevo modelo sustitutivo implica un nuevo modelo más amplio: el de la Cuenca del Plata. Lo de ahora es lo provisorio de una transición.

Pero, detengámonos un poco, una vez más. El Uruguay Banda Oriental y Provincia Cisplatina, salida paraguaya y boliviana, es decir, funcionando en la Cuenca es en nuestro concepto la mejor hipótesis de la dirección de nuestra historia. Será industrialización, amplio mercado interno, tecnificación, modernización. Es la hipótesis del arraigo. Sin embargo hay otras, en las que no podremos ahora explayarnos, que es imperioso considerar y tomar en cuenta. Para ello conviene formularlas ordenadamente, y de modo exhaustivo. No hay, en nuestro concepto, otras hipótesis posibles, además de las cuatro que planteamos.

- A) El Uruguay **tiene** capacidad de recuperación
 - 1) Con dirección fundamental a la Cuenca del Plata.
 - 2) Con dirección fundamental a Europa (incluyendo Rusia), es decir, la ruta tradicional.
- B) El Uruguay **no tiene** capacidad de recuperación.
 - 3) Se convierte en un protectorado argentino-brasileño o – en su extremo – es dividido entre ellos.

4) Se convierte en protectorado norteamericano, pues aunque Estados Unidos no está interesado en nuestras producciones [con la globalización su interés se ha volcado sobre *sus* producciones aquí. *Ed.*], no sólo es el acreedor financiero sino que le conviene instrumentalizarnos como cuña en esta zona vital de América Latina.

Ninguna de las cuatro hipótesis es descartable radicalmente, ni tienen tampoco un plazo demasiado largo para verificarse. Apenas entre diez y quince años.

De la primera hipótesis, ya nos hemos pronunciado. De la segunda hipótesis, la persistencia de la ruta tradicional europea, es menos probable. Es cierto que, aún hoy, el Río de la Plata sigue económicamente infinitamente más ligado a Europa que a Estados Unidos. El Uruguay no ha roto su cordón umbilical ni con Inglaterra ni con Europa. Nuestros barcos siguen la ruta de El Havre, Róterdam, Amberes, Londres, Hamburgo. Sólo por algún jornal ocasional van a Estados Unidos, pero carece de toda complementariedad económica con éste. El *Tío Sam* tiene con nosotros una función usurera, de prestamista. Nos permite salvar déficits de hoy, atando más nuestro futuro, en un círculo vicioso: no presta para inversiones que nos permitan devolver y pagar con productos, pues no nos asegura mercado. Finanzas y economía en Uruguay van por cuerda separada y ocasionan epilepsias en nuestro desarrollo económico. Por otra parte, el Mercado Común europeo nos pone trabas y aumenta sus producciones agropecuarias, y tiene la África a su disposición. Sin embargo, es evidente que la recuperación de Europa la pone en condiciones de ser nuevamente banquero y expandirse. Igual se puede decir del Comecon. En ese sentido, no hay duda, el talón de Aquiles del Imperio Yanqui en América Latina es el Río de la Plata. Es el lugar forzoso de la reaparición de competencia no sólo europea sino del área socialista en América Latina. ¿Pero, en proporción, qué mercado de inversiones o comercial ofrece del suyo el Uruguay? Insignificante. El Uruguay sólo puede ser sostenido por Europa, no en función del Uruguay sino de la Cuenca del Plata. De tal modo, la segunda hipótesis renace más bien complementaria con la primera que contradictoria. Uruguay puede ser trampolín del retorno europeo a América Latina.

En el supuesto caso que el Uruguay no tuviere capacidad de recuperación, ello significaría un estado virtual o abierto de guerra civil. Ni Argentina ni Brasil permitirán entonces una mera resolución interna uruguaya, en tanto pudiera afectar sus intereses. Puesto que en realidad los afecta vitalmente. Esto permite prever con certeza que una revolución socialista a corto plazo en el país significaría como consecuencia la destrucción o intervención del país. No hay proceso revolucionario solitario en nuestro país. Podrá haberlo, en la medida que acaezca en Argentina o Brasil, que son lo absolutamente decisivo del Hemisferio Sur latinoamericano. Por otra parte, en caso de intervención-protectorado argentino-brasileño, o en su forma aguda, de partición, pues no puede concebirse la ocupación por uno solo de esos países, significaría nuestra incorporación pasiva, a rastras, al proceso de la Cuenca del Plata, de decisiva importancia para ambos vecinos. Las palabras del contador Iglesias refiriendo-

se a la Cuenca del Plata, de: "*La integración se hará, con nosotros o sin nosotros; sería mejor que se hiciera con nosotros*", adquieren aquí la plenitud de su sentido, que quizá el autor no tuviera expreso, y es que "sin nosotros" es con nosotros a rastras, en lo peor. O nos metemos o nos meten. Así, la tercera hipótesis es la versión negativa de la primera hipótesis, su reverso.

Sin embargo ese peor no es lo peor. La cuarta hipótesis nos propone como el límite absoluto de lo peor, que sería un singular y agravado destino puertorriqueño. Y más grave aún: sería un Puerto Rico peor que Puerto Rico, porque significaría el bloqueo de la Cuenca del Plata por el Imperio Yanqui y el jaque mate al desarrollo del Hemisferio Sur Latinoamericano. Sería una catástrofe no sólo uruguaya, sino argentina, brasileña, paraguaya, boliviana, chilena.

Comprometería de raíz la marcha del "Cono Sur". Sería amenaza de frustración para el nacionalismo argentino y brasileño, y por ende, para toda América Latina. En nuestras manos está que no sea así. Afortunadamente, en la desgracia, es menos probable que la hipótesis anterior. Pues implica la mayor capitulación argentina y brasileña imaginable. Pero ya en nuestra historia, Montevideo, el de la "Defensa" y la "Nueva Troya", jugó como un "Saigón Sudamericano". No se puede desechar el que se nos convierta en el Hong-Kong rioplatense: plaza fuerte de custodia y emplazamiento para banqueros, timba y turistas.

Tales son, a nuestro criterio, las perspectivas fundamentales que nos plantea como posibles el nuevo Uruguay Internacional, y a corto plazo. Se entiende que lo expuesto aquí es como una primera aproximación al asunto. Pero el eje de nuestro pensamiento real es: la Patria Grande empieza para nosotros por la Cuenca del Plata, y la Patria Chica sólo puede sobrevivirse en la Cuenca del Plata. Nuestra primera realización de América Latina es la realización de la Cuenca del Plata. Sin esta estructurada, América Latina no se podrá vertebrar jamás. Porque sus núcleos decisivos, Argentina y Brasil, tampoco se podrían vertebrar jamás, y en su separación histórica está la derrota de América Latina. Lo demás se dará por añadidura.

Debemos hacer un intenso aprendizaje geopolítico los latinoamericanos, es decir, conocernos verdadera y operativamente. Ello será el signo de nuestra interiorización y de que la geopolítica no la forman otros. Así, la CEPAL está aún ausente de una visión geopolítica de América Latina, y formula demasiado en abstracto el Mercado Común o estudia las economías de país por país – sin haber considerado adecuadamente la disparidad y ensamble de las regiones que forman América Latina – para concebir con realismo sus polos de desarrollo en conexión con sus centros primordiales de decisión política. Quizá fuera aproximarse demasiado a la política, del mismo modo que se aleja de la política la mera gritería antiimperialista abstracta, oscilante entre la indignación y el masoquismo. Para nosotros, hoy, la política nacional es tarea que se liga esencialmente a la Cuenca del Plata.

Claro está que no hemos pretendido ahora abarcar la cuestión en todos sus aspectos. Ni siquiera mentamos la incidencia de ella en la configuración y dinámica de nuestros vetustos partidos políticos, la proyección de la inevitable "conmixción" de los partidos locales latinoamericanos entre sí, la latinoamericanización y ensamble de los sectores industriales así como de las fuerzas proletarias y populares, etc. Tampoco hemos entrado al análisis de las relaciones del Imperio Yanqui con el próximo Mercado Común Latinoamericano y su probable y vano intento de convertir a América Latina en un gigantesco Puerto Rico, perfección utópica del destino manifiesto y del aislacionismo monroísta unilateral en que nos quiere encerrar. Pues no sólo hay que contar con la dinámica interlatinoamericana, en plena formación de su conciencia "nacional", inexorablemente industrializadora; y con la progresiva agudización de la presión revolucionaria – del ingreso masivo de sus pueblos a la vida pública – que no es eliminable por las armas y con "boinas verdes", ya que nadie se puede "sentar" indefinidamente sobre bayonetas. Sino también considerar que está reabierto la gran competencia económica con Europa y el mundo socialista. La economía mundial es ahora "triconcéntrica" y no estamos condenados al "uni-concentrismo" yanqui de una década atrás.

La violencia está agazapada en nuestro horizonte; rojos son ocaso y amanecer, que se confunden. Desaparecidas las viejas condiciones de viabilidad, somos como un pequeño saurio al desecarse los pantanos que le daban vida, y requerimos adaptarnos a la sequía o construir otro hábitat. Todos vivimos ya un anacronismo histórico: el Uruguay. Pero ese es también nuestro privilegio, porque el adelanto de la conciencia de ese anacronismo uruguayo nos lleva a percibir, desde nosotros mismos, por necesidad, sin literatura, el anacronismo de todo el ciclo balcanizado de América Latina. Somos una veintena de repúblicas anacrónicas y esa conciencia será el punto de partida básico para elaborar políticas verdaderas de futuro. Uruguay, Chile, Bolivia, etc., solos no son vía de nada, ni de rutas socialistas ni de rutas neocapitalistas. Por sí mismos, se condenan al congelamiento de su estatuto colonial, bajo las más variadas formas. Pero tampoco son menos anacrónicos los llamados "grandes" latinoamericanos, tuertos entre ciegos, como Brasil, Argentina y México, que corren el peligro pretencioso de no darse cuenta de ello, y perseverar en ilusiones que son reliquia del pasado. No ya semicolonias, sino viejas y poderosas naciones europeas carecen ya de dimensiones mínimas – a pesar de su alto nivel – para el adecuado desarrollo tecnológico de sus empresas, de sus fuerzas productivas; y deben romper fronteras, sus exiguos mercados internos, y complementarse y ensamblarse, so pena de ser también colonizados hasta los tuétanos. Si en Europa es así ¿qué queda para nosotros? ¿Pueden acaso Argentina y Brasil creer que tienen en sí la fuerza para realizar por sí la tarea? ¿Pueden creer sostenerse sin apoyo recíproco? Si lo creyeran, les espera sólo el triste destino de capataz, de "satélite privilegiado", si no es que eso mismo no configura una quimera. Los nacionalismos argentino y brasileño no se podrán afianzar ni resistir el uno sin el otro. Ya Perón lo intuía buscando la alianza con Vargas, pero no tuvieron tiempo y cayeron simultáneamente ante sus comunes

“gorilas”, que ellos sí tienen el respaldo unificado del imperialismo. ¿Cuántas veces se querrá repetir la tragedia?

Es una tragedia de vieja data, que se consuma en 1640 con la independencia portuguesa, cuña perpetua contra España y su formación nacional. La segregación del Portugal de España la dejó, a la emprendedora burguesía comercial lusitana, raquítica, sin base productiva nacional y, por otra parte, repercutió en la consolidación de los señores en Castilla, quienes vieron facilitada su tarea de ahogar a sus burguesías, en especial catalana. Esa segregación portuguesa fue el golpe definitivo contra las posibilidades históricas de la revolución burguesa en la península ibérica, y condujo al mutuo estancamiento, del que hoy todavía pugnan por salir. Por eso, Miguel de Unamuno escribía luminosamente en 1906 al uruguayo Nin Frías: *"Portugal sufre de su independencia. La independencia ha matado al patriotismo. Unidos a España y esforzándose por aportuguesarla, por llevar la capital a Lisboa, por descastellanizarla habrían acrecentado y corroborado su personalidad. El empeño de una independencia hueca, puramente defensiva, como si la independencia fuese un fin y no un medio, les ha postrado, por recelo a España, ante una dinastía nefasta y un vergonzante y vergonzoso protectorado inglés. ¿No pasará ahí algo así?"*²⁹. Unamuno, vasco hasta los tuétanos, era contrario a los separatismos vascos y catalán, que renegaban de su misión nacional española: “que mis paisanos vascos traten de vasconizar a España y que traten de catalanizarla los catalanes”. Aquí está el nudo de la gran frustración nacional hispánica y la raíz de la disgregación hispanoamericana. La balcanización comenzó ya en España, y por eso Unamuno podía percibir con claridad que “las patrias americanas son, en gran medida, convencionales”.

La fisura original Portugal-España no puede conquistarse entre nosotros, como sobrevivencia malsana y rivalidades nefastas empujadas por extraños: sus exclusivos beneficiarios. Ya en los preliminares de la primera emancipación, entre 1807 y 1810, hubo una genial visión e intento reparador, el de la Princesa Carlota de Borbón. Hermana mayor de Fernando VII y esposa de Don Juan Príncipe Regente de Portugal, concibió desde su instalación en Río de Janeiro, la grandiosa tarea de salvar la unidad total de los mundos hispanocriollos, cuando todo aparecía amenazado de ruina. El “carlotismo” se difundió por toda Hispanoamérica. Pero fue usado por los ingleses, en una doble política, para un mayor debilitamiento español; y luego Lord Strangford se encargó de liquidar la política de Carlota. Si la “gran intriga” carlotista de ayer fue al nivel de los cortesanos y burócratas, hoy nos espera, diríamos, como un “neocarlotismo” esta vez nacido desde las raíces populares y las necesidades de liberación, y del desarrollo técnico-industrial, en condiciones históricas más maduras. Pues así como no hay Europa sin la alianza de Francia y Alemania, tampoco habrá América Latina sin la alianza profunda de Argentina y Brasil. Nosotros, con los otros países de la Cuenca, seremos su mediación, su “Benelux” a la criolla.

²⁹ Daniel Castagnin, op. cit., pág. 11.

Cuando Unamuno se refería a Portugal, también pensaba en el Uruguay, pues agregaba: "*¿No será salvación del Uruguay unirse a la Argentina, entrar en confederación con ésta, y esforzarse por orientalizarla?*"³⁰. Eso fue cierto y posible en el primer tercio del siglo XIX, y todavía pervive en la gran polémica que inaugura la revista del Ateneo en el '80. Si de preferencias hablamos, hubiera sido la mía: no romper nunca con las Provincias Unidas. Pero la historia no ha corrido en vano. Por eso Herrera se desesperaba con la "conmixción de los partidos", donde equivocadamente veía la causa de los conflictos, cuando eran su efecto: la causa original residía en Inglaterra: "*Pongamos sin miedo el dedo en la llaga ¿alguien ignora la preferencia de un partido oriental por la amistad argentina y la preferencia del otro por la amistad brasilera? El buen juicio declara a semejantes extravíos, que urge extinguir, contradictorios con el bien fundamental de la República*"³¹. ¿Quién puede olvidar los vínculos íntimos de Rivera y Saravia con Río Grande del Sur? ¿De Flores con los unitarios porteños y del oribismo con los federales? Hay muchos entrecruzamientos de preferencias, en las dos corrientes históricas que configuran el Uruguay; y nada más lógico en un país que es esencialmente frontera y mira a dos lados. Pero hoy la opción es muy otra que antaño; no se trata o de aportuguesados o de aporteñados, de esto o aquello. El asunto es esto y aquello, pues a nuestra altitud histórica – y sus exigencias – la disyuntiva carece de sentido y es reaccionaria, servidora inconsciente de los intereses imperiales extranjeros. El nacionalismo argentino y brasileño son los dos rostros de un mismo nacionalismo, y no pueden volverse la espalda por estrecheces de campanario. Y nuestro destino y tarea es que no se den la espalda, ni se predispongan así para la derrota de su misión histórica, y sellen el fracaso de América Latina con el suyo propio.

Es nuestra tarea de conjugación el bien fundamental de la República. El Uruguay como problema problematiza a toda la Cuenca del Plata. Es que la crisis del Uruguay pone en crisis a toda una época histórica. En efecto, el Estado Tapón era como el arco de bóveda que sostenía los compartimentos estancos rioplatenses, era la clave de la balcanización, su punto de equilibrio. Pero si el Estado Tapón se destapa, todo el equilibrio se rompe y todas las aguas se confunden. Pues el Uruguay es también el talón de Aquiles de la balcanización en el Hemisferio Sur latinoamericano. La inserción del Uruguay en la Cuenca, por las buenas o por las malas, por decisión propia o desorden interno, será el punto de fusión de las historias argentina, paraguaya, brasileña, etc. Será el fin de los compartimentos estancos, de los grandes lagos interiores en un torrente común. Es por el Uruguay donde se destapará la Cuenca, y se convertirán las historias de sus vecinos complicados en una sola historia. Por aquí comenzará el deshielo de la balcanización latinoamericana. De más en más nos acercamos a esa encrucijada. La última victoria diplomática uruguaya fue que se le aceptara el descenso junto a los "subdesarrollados" de la ALALC (Ecuador, Bolivia, Paraguay) y el coro de lamentos que le siguió se con-

³⁰ Daniel Castagnin, op. cit., pág. 28.

³¹ Herrera, op. cit., pág. 28.

densó en estas menospreciadas palabras de un senador de la República: "¡Adónde hemos ido a parar... con los indios, los jíbaros y las serpientes!" La petulancia rascaculta "europea" de las viejas generaciones tenía el final de norma; y así sentía el reencuentro con sus hermanos y la verdad de su situación de semicolonias privilegiadas en deterioro. Por eso, a despecho de las apariencias y de la distracción común, el Uruguay es virtualmente el punto más potencialmente explosivo de América Latina. Su situación geopolítica así lo indica. Lamas lo sabía, y decía que la "paz continental" dependía de la paz uruguaya. Exacto, era la paz de las enajenaciones. Y nosotros queremos muy otra paz. No sería extraño pues que el diminuto Uruguay abra las puertas de una gran turbulenta historia, preñada de grandes cosas. Y que plantee prácticamente, aún a pesar suyo, la cuestión siempre añorada y postergada: la cuestión nacional de América Latina.

Estamos pues en otra vuelta de tuerca, y revive bajo otra faz y signo la gran polémica ateneísta del '80. Decía entonces don Pedro Bustamante "O platinos o brasileiros, mucho me temo señores, que en estos precisos términos se plantee al fin el problema que habrán de resolver... nuestros nietos, si no son los padres de nuestros nietos". Le siguió un Uruguay tan exitoso que la cuestión se nos replantea a la generación de los bisnietos. Pero sus términos no son tan sencillos y hay grandes diferencias. Antes, se iba a "entrar" en el Uruguay, y ahora es "salir". De lo que ahora se trata es convertir al Uruguay en el más fuerte nexo argentino-brasileño, que es la condición *sine qua non* de la liberación nacional de América Latina. ¿Empezará ella por la Cuenca del Plata? Lo cierto es que no haremos ninguna política, sin argentinos y brasileños juntos.

Así en nuestra época, en que el avance industrial y tecnológico sumerge en el atraso y la dependencia o la desaparición a los pequeños países aislados, cuando a todos los uruguayos se nos convierte el Uruguay mismo en problema, cuando ya no es posible la amnesia de la interrogación que el país tiene clavada en la frente, nos decimos aquello de: "Todo pueblo, aún el más pequeño, saca fuerza vital de la necesidad y el dolor". Y en presencia de la terrible y frustrada historia de la nación latinoamericana inconclusa, afirmar ante los nuevos tiempos revueltos que se avecinan: "Ce n'est pas le chaos qui commence, c'est la solution qui approche".



Otros trabajos del autor:

1. La integración de América en el pensamiento de Perón

Conferencia del 22-VIII-1996

Para mí este ha sido uno de los temas esenciales, si no el esencial de mi vida intelectual y personal. Y tengo un vínculo personal con un discurso de Perón del año 1953 que definió todas mis perspectivas político-intelectuales. Por eso para mí el tema de la integración no es una mera reflexión académica, sino que involucra mi percepción y mi comprensión de mi propio país. En el fondo uno es hijo de sus primeros amores; los primeros amores no se dejan nunca y en la vida política, ocurre lo mismo. Mis primeros amores fueron dos: el doctor Luis Alberto Herrera en el Uruguay y el coronel Juan Domingo Perón en la Argentina, allí por el año 1945 cuando me empezaba a asomar a la vida pública. Y fue allí donde comencé el aprendizaje de la historia rioplatense, más que del Uruguay solo o de la Argentina sola.

En octubre de 1995, en el quincuagésimo aniversario, tuve el honor que se me invitara a dar una conferencia sobre ese discurso de Perón de noviembre del '53 donde él definía las ideas fundamentales de su política exterior y de su comprensión de la Argentina y Brasil, en relación a su importancia en América Latina. Esa conferencia, que es una conferencia producida por Perón bajo una enorme angustia, una conferencia atravesada por una sensación de fracaso, en una tarea esencial que él se había propuesto y que era la unidad argentino-brasileña como condición de la dinámica unificadora de América del Sur. Esta ha sido para mí la originalidad fundamental de Perón, al punto que he escrito sobre este aspecto: con Perón se ha iniciado la política latinoamericana. Es decir, es el primer creador de lo que se podría llamar una política latinoamericana.

Pocas veces hubo una política latinoamericana. América Latina está dividida en dos ámbitos:

- 1º - el extremo norte que es México, Caribe y Centro América. Allí está la potencia hispanoamericana más importante: México, con una población actual de casi cien millones de habitantes. Y era ya lo más importante desde los comienzos de la conquista y en la génesis de América Latina.
- 2º - el núcleo básico de América Latina es la Isla Sudamericana, el enorme bloque de la Isla Sudamericana. Esta isla es lo más importante de América Latina. Y México, en consecuencia, está relativamente excéntrico de la zona de decisión de América Latina. Esta unidad se juega en América del Sur, no en el conjunto. Sólo en América del Sur es donde hay dos componentes básicos; el luso americano y el hispanoamericano. Cuando

hablo de América Latina estoy integrando los dos componentes: el lusamericano o brasileño y el hispanoamericano. Son los dos constituyentes principales de América Latina.

Hubo intentos de política hispanoamericana. Por ejemplo, por las circunstancias históricas San Martín y Bolívar no hicieron política latinoamericana; es decir, no incluían en sus perspectivas unificadoras a Brasil.

El único antecedente de política latinoamericana en América del Sur fue el lapso de la monarquía de los Habsburgo de 1580 a 1640. Hubo sesenta años de un solo rey para toda la América Latina o hispano-lusitana. Felipe II de España fue Felipe I de Portugal. Hubo tres Felipes que gobernaron en las coronas de Portugal y de Castilla y en las Indias Occidentales en su conjunto. Fue un momento fugaz de sesenta años, en él existió una política latinoamericana de la monarquía, unificadora de todo el conjunto. Hubo un momento en que todos estuvimos envueltos en una política común.

El eje del Imperio Español en América del Sur era el mundo peruano, que iba por el Océano Pacífico y se orientaba a través de Panamá al Caribe y el Atlántico Norte, mientras que Brasil nace ocupando casi todo el litoral Atlántico, en el Atlántico Sur.

Buenos Aires era la única puerta atlántica española. Fundada en 1536, tras haberla debido abandonar durante casi cuatro décadas – dejando sueltos unos caballos, cuya copiosa descendencia cambió las pampas – se refundó en 1580, el mismo año de la unidad castellano-lusitana. La segunda Buenos Aires nació con una altísima proporción de portugueses. Era una ciudad casi portuguesa, porque el Atlántico estaba dominado por el asentamiento litoral de los portugueses, miembros de una sola unidad imperial castellano-lusitana.

La línea divisoria de Tordesillas fue una línea astronómica, abstracta, anterior a saber qué diablos realmente iba a dividir. Existió la frontera ideal antes que el mundo real. Esa línea abstracta no pasaba por las bocas del Amazonas y llegaba un poco más abajo de Santos y es donde se instala Portugal. Pero para defender las bocas del Amazonas, de los franceses, los holandeses, etc., la monarquía unificada le dió la jurisdicción al Portugal. Era imposible ir a defender toda la Amazonia que pertenecía a Castilla, desde Quito o desde Lima o desde Potosí; ni siquiera desde Asunción o Buenos Aires. Era infinitamente más accesible hacerlo desde los puertos portugueses y es así que naturalmente sobre los espacios vacíos del interior, se generó la expansión de los puertos atlánticos portugueses y con esto el proceso de expansión de Brasil inicial, con el consentimiento de la monarquía unificada que actuó simplemente con sentido común. No tuvo nada de genial ni de perverso; fue una expansión que geopolíticamente era inevitable y necesaria. La flota española por ejemplo recuperó a Bahía y Lope de Vega escribió una de sus célebres obras *Brasil liberado*; todo el imperio festejó la recuperación de Bahía porque era toda parte de una gran unidad. Esa unidad se rompe desde 1640 y comienza una era conflictiva, donde de alguna forma España y Portugal son secundarias y se ajustan éste a la política inglesa y aquél al francés pacto borbónico de familia.

Pasan a ser potencias en distintas formas y grados ya secundarios. *Pero hubo antes una alianza peninsular que es la gestora de la América Latina inicial y que culmina en esa unidad de la monarquía que tanto hemos olvidado.*

La segunda instancia en que se empieza a recuperar esa política de unidad es en el siglo XX con Perón. De alguna forma se retoma la vieja alianza peninsular de los "Trastamara" y los "Habsburgo", entre Castilla y Portugal, y se intenta recrear en una *alianza continental sudamericana*, desde la Argentina y Brasil. Es el recomienzo verdadero de una política latinoamericana. En el intermedio hubo hostilidad, indiferencia, acercamientos. No más; y hubo idealidades latinoamericanas, nostalgias, recuperaciones históricas culturales, pero no políticas. Políticas reales que discernieron lo principal de lo secundario, que señalaran cuál era el camino efectivo de una unidad de América Latina, no la hubo hasta los planteos de Perón a la altura de los años '51, que es cuando él lo hace, en forma pública y oficial. Habría que interrogarse cómo y por qué llega Perón a esta situación. Porque no era un intelectual, era un político intelectual. Los políticos de épocas difíciles son siempre políticos intelectuales como Lenin, Napoleón, Haya de la Torre. Tienen que ser intelectuales y políticos para poder inventar grandes novedades. Los políticos del *statu quo*, conformados por lo habitual, no tienen necesidades de invención intelectual.

Veamos la historia argentina desde su organización institucional con la constitución de 1853. Al iniciarse la última mitad del siglo pasado nace la primera Argentina Liberal agroexportadora y de recepción inmigratoria. Es la Argentina del gran impacto inmigratorio, que coincide con la revolución del ferrocarril en tierra y la revolución de los barcos a vapor en el mar, que permitieron por primera vez que países transoceánicos pudieran enviar en gran escala alimentos a los centros industriales metropolitanos europeos, en especial Inglaterra.

Jamás había existido un comercio de alimentación en masa. Durante milenios el comercio de grandes distancias fue fundamentalmente sólo suntuario. Transportaba poco y sólo podía hacerlo con pequeñas cantidades de bienes muy valorados. Solamente la revolución de las comunicaciones que implicó el barco a vapor permitió el nacimiento de los grandes exportadores de cereales y de carne oceánicos. Es el enriquecimiento agroexportador del Canadá, de los Estados Unidos, de Australia, de Nueva Zelandia, de la Argentina y del Uruguay. Es un gran ciclo que va a terminar a poco de la Segunda Guerra Mundial. Luego vienen cuarenta años de precios deprimidos a las materias primas, salvo el petróleo.

Desde hace unos tres o cuatro años comienza a notarse un repunte general de los precios de las materias primas de alimentación, con la irrupción de los grandes mercados asiáticos. Muchos aseguran que vendrá otra onda de expansión de las explotaciones de alimentos. Canadá, exportador rural de maderas y trigo, en los años '20 aplicaba un gravamen de 25% a las importaciones para estimular las industrias internas, mientras que la Argentina agroexportadora no hizo ninguna política industrial: ponía un gravamen del 6%. No habrá preocupación por amparar a su desarrollo industrial. Solamente la crisis del

año '29/'30 va a obligar al mundo liberal agroexportador argentino a cambiar abruptamente sus perspectivas. También comienza a detenerse la fase de las emigraciones a la Argentina, hecho muy importante, ya que su mercado interno no será ampliado por un flujo poblacional creciente.

Es allí donde los pensadores liberales, los economistas liberales empiezan a ser, a pesar suyo, proteccionistas. No tienen más remedio, porque no pueden colocar los cuatro o cinco productos que la Argentina exportaba. Bajan las exportaciones, no hay divisas y eso estimula la generación de la industria de sustitución de importaciones.

La Argentina tuvo la originalidad de haber inventado en la historia un socialismo librecambista. Así acaeció que Pinedo, ante la parálisis de las exportaciones a los mercados tradicionales tanto de Inglaterra y Europa como de Estados Unidos, pensó hacer una unión aduanera con los otros países de América Latina y así lo formuló en una conferencia, durante el año 1931.

La necesidad inicial de un desarrollo industrial al amparo del mercado ampliado, de una unión aduanera que comprendiera los países vecinos de América Latina, era todavía una visión de emergencia y economicista. Este pensamiento lo va a retomar en otra forma en el Plan Pinedo de los años cuarenta, con la Segunda Guerra Mundial, cuando las dificultades de importar de los centros en conflictos obliga a una mayor expansión industrial.

En esas circunstancias va a nacer el peronismo. Una serie de autores competentes y contemporáneos argentinos, como Juan José Llach, sostienen que el rasgo de la irrupción del peronismo fue un llevar a sus límites un modelo de sustitución de importaciones, sacrificando las exportaciones. Un "mercado internismo", ese reproche que se ha ido gestando en los últimos años. De modo sorprendente, no toman en cuenta, en absoluto, la política exterior de Perón relacionada con este punto. El desarrollo interno, y el boicot de Estados Unidos subsidiando producciones de exportación agropecuaria competitivas con la Argentina para abatirle los precios, hicieron que ante la disminución del precio de las exportaciones argentinas fuera necesaria una expansión del mercado interno, para sostener el desarrollo industrial. *Esto está ligado a la política de justicia social y redistribución de ingresos internos que el peronismo emprendió.*

La verdad es que la Argentina en el año 1946 era un pequeño país, era un país de dieciséis millones de habitantes. Hubo un último impacto inmigratorio, el de italianos *dopo guerra*. La ampliación del mercado interno no fue alimentada aquí con una masiva inmigración incesante. como en el proceso industrial norteamericano. Uno de los rasgos del desarrollo norteamericano no solamente fue el proteccionismo industrial, que allá nace desde los padres de la patria, con Hamilton, sino que además de eso fue realimentado necesariamente por un flujo de millones de inmigrantes, en una escala sin igual en la historia mundial durante todo el siglo XIX. *En su marcha hacia el oeste eso creó una ampliación incesante del mercado interno, permitiéndole generar industrias de escala.*

Al comienzo esas industrias fueron también financiadas por las exportaciones agropecuarias. En Estados Unidos uno de los conflictos entre el Norte y el Sur no fue sólo el de la esclavitud, sino, fundamentalmente, el de las tarifas proteccionistas. El Sur era librecambista porque quería mandar el algodón a las fábricas inglesas y comprarle a Inglaterra, en cambio, los fabricantes del Norte querían la protección para su industria. *La gran batalla del Norte y del Sur fue entre los librecambistas agroexportadores del sur contra los proteccionistas industriales del norte.* Un aspecto generalmente ocultado, pero que está en la esencia de esa lucha, de la que los negros no se beneficiaron demasiado. Recién en los años '60 de este siglo se produjo una gran reivindicación de la igualdad de los derechos de las minorías negras en los Estados Unidos, simbolizada por Luther King.

Perón en el año 1947 ya intenta los acuerdos de la unión aduanera con el Presidente de Chile, González Videla. Perón nunca creyó en un mercado internista, puro; era consciente que había que estimular a aquellas industrias que pudieran ser económicas. Pensaba la protección a la industria con (1º) salarios altos y gran número de empleados y (2º) el uso de la materia prima nacional. *El despliegue industrial argentino estaba condenado a toparse con límites muy estrechos, porque no surge ninguna potencia industrial sobre una sustitución de importaciones apoyándose en un mercado de 16 o 20 millones de habitantes.*

Tempranamente en la política de Perón se plantea el dilema de la imposibilidad de un mercado-internismo puro. Él tenía una expresión que repitió continuamente "No somos una economía completa". No disponemos de toda la gama de recursos posibles para fundar una sustitución de importaciones total. Perón nunca creyó en el "mercado-internismo". Esto fue el resultado de su fracaso en la política exterior. Sabía que era indispensable generar una ampliación de mercado que permita ser competitivos. Por esto nace el planteo de la unión Nuevo ABC en el año 1951.

El Nuevo ABC del año 1951 Perón lo plantea en forma pública el 22 de setiembre de ese año, fecha del aniversario de la Independencia del Brasil. Ese día ofreció un gran banquete en honor al embajador Lusardo, que era su amigo y enviado especial del presidente Getulio Vargas.

Nada influyó más en Perón que su percepción de la experiencia varguista de los años '30. Generalmente piensan muchos en ejemplos transoceánicos; yo, creo que Perón tuvo un modelo en Getulio Vargas, quien produjo una irrupción de un nacional populatismo industrializador en Brasil. Incluso fundó allí el Ministerio de Trabajo. Vinieron asesores brasileños, pedidos especialmente por Perón a Vargas, así como luego la política de planificación y de metas que inicia Perón va a repercutir en el Vargas de la Presidencia de 1951. Hay una interacción mutua primero de Vargas sobre Perón, luego de Perón sobre Vargas y es allí, en el aniversario del Grito de Ipiranga, que Perón propone y así lo registra la prensa: la unión argentino-brasileña.

Realmente fue un salto audaz, impresionante, porque la conciencia histórica de la Argentina y la conciencia histórica del Brasil no tenían aún ninguna preparación. Estaban predispuestas para lo contrario. Esa fue una de las enormes dificultades que tuvo Perón. El mismo peronismo no comprendió bien en su época esta dimensión de Perón. Pensó que era como una cosa lateral, cuando en realidad estaba jugándose el destino de la industrialización argentina, de la posibilidad de no quedar atrapado y sin salida. El fracaso del Nuevo ABC va a llevar a la Argentina a cuarenta años de una noria incesante, que se va a romper con el derrumbe de la Argentina en los años '80. Martínez de Hoz, viendo que todo el aparato industrial argentino en su conjunto no era competitivo, suponía revertir tal situación bajando los aranceles y poniéndolo a la intemperie de una competición con industrias mucho más elaboradas. Sólo podía advenir el arrasamiento de la industria argentina – sin ninguna otra posibilidad. Distinta es la rebaja de aranceles cuando se abre simultáneamente un mercado preferencial interno mucho más amplio, como es el caso del Mercosur.

En el Mercosur se abren las posibilidades de un mercado gigantesco que la Argentina no tuvo nunca, con relativa seguridad pero mucho más competitivo. Ahora, si Argentina no compite ni con Chile ni con Brasil es porque no compite con nadie; entonces, que se jubile. Me parece que es el derrumbe del sueño de la Argentina Industrial sola; que definitivamente el futuro de la Argentina Potencia sola no era el de Perón, pero se conservó en la Argentina y lo conservaron en parte sectores del peronismo. En los años años '80 se liquidó. Una Argentina con deuda externa creciente, una Argentina que cae en la hiperinflación absoluta, en la liquidación y el desfonde definitivo de una estructura relativamente cerrada, constituida sobre la sustitución de importaciones, en círculo cada vez más incompetente.

En Brasil también se produjo el derrumbe del modelo de sustitución de importaciones, bajo otras modalidades.

Pero digamos claramente: si no hubiera existido tal modelo de sustitución de importaciones hubiera sido mucho peor. Nuestras sociedades alcanzaron una multiplicidad de capacidades y posibilidades, de las que el modelo liberal agroexportador era ya mucho más incapaz.

Por suerte hubo entonces sustitución de importaciones y se dio una diversificación interna extraordinaria, que no era la normal en una sociedad agraria de gran simplicidad. Aparecieron ingenieros, técnicos de toda índole, empresarios nuevos... es decir, hubo un enriquecimiento extraordinario de todas las sociedades dependientes, tanto en la Argentina como en Brasil. Hubo una calificación del capital humano y oportunidades que la sociedad agroexportadora ya no daba.

En 1951 Perón ya responde inequívocamente: señalaba que el modelo de sustitución de importaciones necesitaba una ampliación gigantesca del mercado interno, relativamente amparada por una nueva unión aduanera para que, logrando economía de escalas, pudiera alcanzarse una verdadera competitividad. Por eso su respuesta es el Nuevo ABC.

El hablador es Perón, Vargas es el silencioso. Brasil todavía no había llegado al agotamiento de ese camino, pues tenía justamente un mercado interno virtual mucho más amplio, Vargas no estaba tan urgido como Perón. Perón sí estaba acorralado, y la paradoja va a ser que el que se tenga que pegar un tiro sea Vargas.

La campaña contra Getulio Vargas fue desencadenada por Lacerda y por el ex-canciller Neves a raíz de la alianza con la Argentina de Perón. En la caída y suicidio de Vargas, el mayor énfasis fue la campaña contra la alianza argentina de Vargas. Se querrá evitar la alianza Argentina-Brasil.

Perón no piensa en América Latina, sino en América del Sur. Ese es el horizonte principal. Creo que de alguna forma refleja la influencia de un gran geopolítico brasileño, Mario Travassos, que fue editado por el Ejército Argentino allá por el '40. Hubo dos ediciones en la época. Perón conoció seguramente muy bien a Mario Travassos.

A Mario Travassos como brasileño le era fácil hacer lo que era difícil a un hispanoamericano. En su obra *Proyección Continental de Brasil*, breve libro que es una joya de inteligencia y de sobriedad, dice: nos importa sólo América del Sur, más arriba es área norteamericana, no nos metamos. Meter el hocico allí es quedar electrocutado. Para un hispanoamericano esto era más difícil porque había una solidaridad histórica con todo el conjunto, que no sentía el Brasil de la época de Mario Travassos. Creo que Perón se da cuenta que lo primero es plantear la posibilidad de unificar a América del Sur, no a América Latina. América del Sur, si lo logra, quizá sea América Latina. Quizás Perón sin América del Sur, nada. Por eso continuamente usa "Sudamérica", "Conferencia Sudamericana". Continúa usando la palabra "sudamericana" más que "unidad de América Latina". Se da cuenta que es mejor acotar el espacio. Su pensamiento eje es que hay sólo un camino principal para la unidad sudamericana, que es la alianza argentino-brasileña.

Brasil solo no puede generar la unidad de América del Sur, por su diferencia.

No tendría asentaderos históricos suficientes para llevar al resto sino imperialísticamente, como un extraño. Argentina sola tampoco: no tiene capacidad de generar la unidad. Entonces solo la alianza del poder central en América del Sur, que es Argentina, sería una alianza creíble y confiable para todos los sudamericanos. No había exclusión hegemónica de ninguna de las dos dimensiones de América Latina. En cambio la alianza de Brasil con Uruguay o con Paraguay o con Bolivia sería como anexión; no es alianza. La alianza de Brasil con países pequeños sudamericanos, de suyo no tiene significación sino imperial. La alianza sólo podía empezar y ser con la Argentina, que tenía una entidad suficiente como para asumir una representación de lo más fuerte y poderoso de lo hispanoamericano.

Perón intentó comenzar antes su alianza con Chile. La intentó con González Videla y la hizo con Ibáñez, o sea que él la hacía con los radicales y después con los no radicales. La alianza Argentina-Chile era un interlocutor más

válido, más importante ante Brasil. El entendimiento con Chile fue una constante de Perón, tan constante como el entendimiento con Brasil. Lo que pasó es que Perón no tenía el respaldo de una conciencia histórica colectiva ni en la Argentina ni en Brasil.

La acción y pensamiento de Perón contribuyó a formarla, pero en su tiempo era más fuerte la herencia de rivalidad que la del ensamble común.

Tenía dos preocupaciones, cuenta Lusardo, dos obstáculos básicos para la unidad argentino-brasileña: uno la hegemonía norteamericana, y otro la herencia de la rivalidad entre España y Portugal. El segundo es el más importante, es el más esencial, el otro puede ser coyuntural. Era tal el obstáculo que un historiador muy ecuánime y muy nacional pero digamos, no enemigo del Brasil, como lo es Scenna, escribe un libro en el año 1973, titulado: *Argentina-Brasil, Cuatro siglos de rivalidad*. Hace todo un estudio desde ese ángulo. El asunto no es así. Es mucho más complejo que eso. Hay vaivén tanto en la historia de Castilla y Portugal como acá, un vaivén incesante de acuerdos y conflictos, pero no un conflicto uniformemente acelerado. No podemos hacer aquí la historia de nuestras relaciones con Portugal y Brasil. Pero pueden sintetizarse así:

1. La Alianza Peninsular de Portugal y Castilla, que culmina en la unidad de 1580 a 1640. Luego viene la decadencia común.
2. Ciclo de la rivalidad: desde 1640 a 1870, fin de la guerra de la Triple Alianza.
3. Desde 1870 hasta 1985, donde hay un pacífico *statu quo*, que va preparando la Nueva Alianza.
4. Desde 1986 (?) y 1991 (?) al iniciar la Alianza Sudamericana de Argentina y Brasil, sus raíces y el futuro se reencuentran.

En una palabra, solo hay política latinoamericana real a partir de la alianza argentina-brasileña. Y si no, sólo habrá cháchara. Y esa comprensión hizo de Perón el re-fundador de la política latinoamericana en el siglo XX. Planteó el único camino real, modernización e industrialización latinoamericana de bases indígenas dinámicas.

Esta percepción que tuvo aquí, en el discurso [transcripto abajo. *Ed.*] de Perón del año 1953 ante los mandos del ejército para explicar las razones y la importancia del nuevo ABC, llegó a decir que concordaba con Vargas en que si hacía falta borrar las fronteras, pues las borraban. Llega a decir: nada más importante que la cuestión de esta unidad; y que el éxito de su política será sólo cuando logre el empalme con Brasil. Brasil tiene una "unidad económica incompleta" y la Argentina también.

Hay momentos del discurso en los que está verdaderamente angustiado pues presiente el fracaso, tiene como explosiones en las que llega a decir "no quiero pasar a la historia como un cretino y participar de una danza de cretinos". Cretinismo es no saber la importancia decisiva de esta unidad.

Este discurso fundamental fue denunciado enseguida y se publicó en el Uruguay en enero del '54, bajo el título *El Imperialismo Argentino*. Fue allí donde lo conocí.

Cuando lo leí, vi que era todo lo contrario de ese título infame. El discurso de Perón me llegó en un momento crucial. En el Uruguay asomaban también los síntomas de la crisis de la retirada del Imperio Británico, cuando nuestras bases transoceánicas tambaleaban. ¿Dónde y cómo reinsertarnos para tener un nuevo camino viable? El fundamento histórico de Uruguay había sido Inglaterra y los ingleses se nos estaban yendo; entonces Uruguay ¿en qué se iba a sostener? ¿Hacia dónde?

Fue ese discurso de Perón que me hizo percibir que el destino de la Argentina era su alianza con Brasil, que el destino de Brasil era su alianza con la Argentina, que el destino del pequeño Uruguay era no intentar ser ni Banda Oriental que era la solución argentina, ni Provincia Cisplatina que era la solución brasileña, ni el Uruguay solo que era la solución inglesa, sino asumir a la vez la doble condición de la frontera, que era ser simultáneamente Banda Oriental y Provincia Cisplatina. Eso lo aprendí en el discurso de Perón del año 1953 y fue el impulso que tuve para fundar con unos amigos una revista, *Nexo*, al comenzar el año 1955. El nuevo destino uruguayo era ser "nexo" argentino-brasileño.

Ese discurso de Perón no circuló en la Argentina pues se trataba de un documento secreto, publicado en Uruguay por algún infidente. Al ser publicado en Montevideo en enero de 1954 fue recogido por la oposición brasileña. Entonces se desarrolló la terrible campaña contra Getulio Vargas, que culminó con su suicidio. La violencia en el ataque contra el Nuevo ABC y la difícil situación de Vargas obligó a la Argentina a desmentir la autenticidad de ese discurso de Perón.

Yo no lo supe, porque el desmentido fue en Brasil. No supe que lo habían desmentido; para mí fue siempre el discurso básico de Perón, pero en la Argentina no circuló porque había sido desautorizado. A tal punto que en mis vínculos con don Arturo Jauretche en su exilio en el Uruguay en el año 1956, época en la que era yo aprendiz incesante con don Arturo y pensé en hacer un libro en común, pero al final, por diversas vicisitudes, tuvo que hacerlo solo (*Ejército y Política*, donde comenta: íbamos a hacer el libro con un joven uruguayo), me asombré cuando lo leí. Porque para mí resultaba obvio que don Arturo, estudiando el Brasil, no consideraba el enfoque de Perón. No lo conocía. Yo lo interrogué y él quedó sorprendido. Para mí era obvio que los peronistas lo tenían que conocer, entonces ni les preguntaba; pero fui descubriendo que no lo conocían, a tal punto que le hablé de ese discurso a Abelardo Ramos y él hizo la primera publicación argentina, creo que por el año 1964. En el año 1968 Perón reconoció que es de su autoría. Dijo algo así como:

Han pasado ya tantos años y reconozco que es un discurso auténtico, verdadero. No dije antes esto por respeto a las distintas personalidades que estaban involucradas.

Había sido un discurso secreto ante los altos mandos y lo más secreto es lo que los enemigos hacen más rápidamente público.

La etapa actual de la Argentina no es más Argentina sola. Es la Argentina en el Mercosur. La Argentina sola ya no tiene destino. Perón lo sabía hace cuarenta y tantos años, lo sabía perfectamente. En diciembre del '51 luego del discurso donde proclama la necesidad de una unión entre Argentina y Brasil, dice que esa unión no es sólo por sí misma, sino porque es el punto de apoyo para el conjunto de América Latina. Lo reitera poco después, en un artículo firmado por *Descartes*, titulado "Confederaciones Continentales", donde se plantea en esencia todo su enfoque y pronuncia una sola frase:

La unidad comienza por la unión y ésta por la unificación de un núcleo básico de aglutinación.

Para él la alianza argentino-brasileña no era una unidad en sí misma; era el número básico de aglutinación. Era el único centro que hacía posible que Chile, Uruguay, Bolivia, Perú, en definitiva que todo el resto de América del Sur, pudiera integrarse, no hay otra alternativa. Esa es la única realidad para una política latinoamericana. Otra cosa sólo será literatura.

A esta perspectiva llega a la Argentina casi cuarenta años después, con una Argentina con muchas más dificultades, con más deuda externa, en fin toda una historia que ustedes ya saben.

Reafirmo, Perón es el inventor de la política latinoamericana en el sentido que, antes de Perón, había un romanticismo latinoamericano, un ansia difusa de la unidad de América Latina. Pero política es cuando se señalan los caminos reales, se distingue lo principal de lo secundario, porque si no diferencio lo principal de lo secundario, cualquier cosa sirve para cualquier cosa. Tanto da empezar por Panamá, por Nicaragua, por Brasil, por Paraguay, por cualquier lado, y no es donde no se puede caminar o por lo menos solamente como prolegómenos del camino principal. Prolegómenos que sólo valen cuando se emprende el camino. La gran lección fue retomada por Sarney y Alfonsín en el DICAB, firmada y puesta en el gozne más realista por Collor y Menem y comenzó esta aventura extraordinaria para todos los sudamericanos, que es la Argentina donde ya no hay más Argentina sola, hay Argentina en el Mercosur. En el Uruguay podrá ser si es en el Mercosur, hasta Brasil ya no podrá ser sin el Mercosur. Y el Mercosur es la piedra angular de la Confederación Sudamericana, como decía Perón.

En el motivo de esta reflexión es que se nos ha ido, aunque no parezca, la vida.

Addendum:

El Proyecto ABC

*Alocución del Excelentísimo Señor Presidente de la Nación, General de División Juan Domingo Perón, ante Jefes y oficiales en la Escuela Nacional de Guerra, Buenos Aires, el 11 de noviembre de 1953.*³²

³² Contexto: En el año 1946, Estados Unidos mantuvo el bloqueo de armamentos contra la Argentina e intentó una acción similar en el comercio internacional de combustibles. Le molestaba la política de exportación de granos con que Perón favorecía a España y a Portugal. También quería impedir el crecimiento de la marina mercante. Pero sobre todo no deseaba que la Argentina organizara un bloque de países en el Cono Sur y además trataba de convencer a los ingleses de que no vendieran material bélico a nuestro país. En 1947, por lo pronto, los norteamericanos ya habían dado muestras de preocupación por lo que ellos consideraban un proyecto de Perón para organizar una federación de países del sur del continente. En un memorando fechado el 20 de mayo de 1947, el Director de Asuntos de las Repúblicas Americanas del Departamento de Estado, Ellis Briggs, observaba: “Existe, el peligro que la Argentina aspire a organizar un bloque del Cono Sur, bajo la dominación política y económica argentina”; y señalaba que los Estados Unidos debía oponerse a cualquier desarrollo que pudiera facilitar la formación de tal bloque. Desde el punto de vista británico, un informe titulado “Ambiciones argentinas en Sudamérica” del Foreign Office del 15 de febrero de 1949, daba cuenta que “No hay duda de que la mente del presidente Perón incurSIONA por las peligrosas honduras de la geopolítica. Al dirigirse a un grupo de estudiantes brasileños en julio de 1948 anticipó un tercer bloque de países latinos a ser liderado aparentemente por la Argentina, basado sobre una unión aduanera establecida primero entre las naciones sudamericanas y luego extendida a España, Portugal e Italia, incluso Francia – en otras palabras, un bloque latino. Este bloque parece asociado de cerca en la mente del General Perón con la Tercera Posición de la Argentina, como mediadora entre los Estados Unidos y Rusia”.

En 1951, con el seudónimo de *Descartes* había escrito el presidente argentino: “La batalla por esa nueva forma cultural se decidirá sin duda en el último cuarto del siglo XX. El año 2000 tendrá que llegar con el triunfo de las confederaciones continentales”. En ese mismo año, expresaba en otro artículo: “Ni Argentina ni Brasil ni Chile aislados pueden soñar con la unidad económica indispensable para enfrentar un destino de grandeza. Unidos forman, sin embargo, la más formidable unidad a caballo sobre los océanos de la civilización moderna. Así podrían intentar desde aquí la unidad latinoamericana con una base operativa polifásica, de impulso que no se detendrá”. En cuanto a la aproximación con Getulio Vargas, presidente de Brasil al comenzar la década de 1950, Perón buscaba la comprensión de la nación hermana reconociéndole la gravitación regional que posee. El 27 de mayo de 1947 Perón y el mandatario brasileño Eurico Dutra (que sucedía a Vargas tras sus primeros dos periodos presidenciales) inauguraban el puente internacional entre Paso de los Libres y Uruguayana sobre el río Uruguay, gracias al cual quedaban unidos ambos países por carretera y ferrocarril. Considerada obra monumental, era de las más importantes de América del Sur. Sin embargo, en esas relaciones predominaban recelo y desconfianza. Durante la presidencia de Dutra se creó la Escuela Superior de Guerra en 1947, que destinada a formar la élite para implantar las estructuras tendientes a lograr que Brasil alcanzara el rango de potencia mundial. En ese mismo año, el propietario de la revista *O Cruzeiro*, Assis de Chateaubriand, había manifestado que “Uruguay es una provincia brasileña” y aconsejaba a ese país a retornar a “la comunidad brasileña”. En cuanto a los acuerdos económicos, en noviembre de 1946 se firmó un tratado entre ambos países, que acordaba el intercambio de trigo argentino por neumáticos, caucho crudo, y lingotes de hierro brasileño. A principios de 1953, Perón declaró al periódico brasileño “O Mundo” que: “Yo estoy por la constitución de una unión aduanera sudamericana, a fin de que formemos un bloque económico capaz de discutir sobre un pie de igualdad con las grandes masas económicas que se constituyen en otras latitudes. Es necesario que los latinoamericanos unan sus esfuerzos a fin de que la gran civilización de la cual son herederos no desaparezca absorbida por los eslavos y los anglosajones, constituidos actualmente en bloques antagónicos pero que, en cualquier momento, pueden unirse”. En la segunda quincena de febrero de 1953, Perón viajó a Santiago de Chile, donde formalizó un acuerdo de complementación de recursos y posterior unión aduanera, con una invitación a los pueblos latinoamericanos a incorporarse al pacto de Santiago. Mientras tanto, un memorando del Departamento de Estado explicaba en 1952 que “A medida que la Argentina logre agrandar su posición mundial y prestigio, establecerse como líder de un bloque neutral de países (no limitado a América Latina) sostenedores de una Tercera Posición entre el comunismo y el imperialismo capitalista, y (convertirse) en líder de América Latina con apoyo suficiente como para oponerse a la influencia norteamericana, probablemente utilizará todos los medios a su disposición, hechos posibles, por la pasividad de

los Estados Unidos, para socavar la posición norteamericana en América latina y atraer neutrales potenciales a su Tercera Posición. Las aspiraciones argentinas constituyen una amenaza positiva y continuada contra los objetivos y políticas de los Estados Unidos. Por ello parece necesario tomar medidas para neutralizar las actividades argentinas en tanto y en cuanto se oponen a las nuestras”:

En general, se proclamaron las siguientes pautas básicas de la Tercera Posición: (1) Respeto por la soberanía de los Estados, la autodeterminación de los pueblos, la solidaridad de las naciones, la solemnidad de los tratados y la supresión de todo colonialismo en América; América Latina es considerada una unidad continental y de destino; (2) No se llevó a cabo un enfrentamiento frontal contra los países dominantes, sino una táctica de negociaciones autónoma sin aceptar vasallajes o interferencias; (3) Posición cordial y equilibrada frente a la Unión Soviética, en línea con un pacifismo conciliador; (4) Se rehusó el choque (aunque a veces se produjo) con los Estados Unidos, de quienes se aguardaba una nueva política económica para América Latina que no se produjo (tipo Plan Marshall) y se optó por negociaciones como la Misión de Ramón Cereijo al país del norte, la Ley de Inversiones Extranjeras, y el contrato con la compañía petrolera California; (5) Línea discreta y de abstención en muchas de las votaciones en los organismos internacionales (OEA – ONU); (6) Relaciones diplomáticas con casi todos los países, tanto del bloque occidental cuanto del oriental; (7) Divulgación internacional de esta doctrina nacional, ofreciéndola como posible salida sociopolítica para la comunidad mundial. Cabe destacar que en virtud de ello la Argentina peronista no adhirió a los acuerdos de la creación del Fondo Monetario Internacional (FMI) y de otros organismos, como el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (BIR), o al Acuerdo Internacional de Tarifas y Comercio (GATT).

Otros elementos: (1) Memorandum del Secretario de Estado Dean Acheson al Presidente de los Estados Unidos, Washington 1 Mayo, 1950: "Confidencial. Tema: Efectos en el Brasil de los sucesos en la Argentina y el significado de la posible elección de Vargas sobre las relaciones norteamericanas-brasileras. 1- Estimado de los efectos en Brasil de la mejoría en las relaciones entre los EEUU y la Argentina. Los posibles efectos en el Brasil han sido evaluados antes de considerar mejorar nuestras relaciones con la Argentina. Hemos dejado bien claro con los brasileños que estamos listos para ayudarlos de maneras apropiadas. Brasil ha sido incapaz de planificar proyectos y estará en cierto desorden hasta las elecciones de octubre. Historicamente el Brasil y la Argentina han competido entre sí por el liderazgo en Sud América. Dada su participación en la guerra, el Brasil esta convencido que merece consideración especial. Por lo tanto, cualquier intento que hagamos para mejorar las relaciones con la Argentina sera criticado. /.../ Un amplio segmento de la prensa brasilera ataca amargamente a cualquier cosa que puede asistir al regimen de Perón. Otorgar asistencia económica a la Argentina puede convertirse en tema político en el Brasil, especialmente si Vargas se perfila como candidato presidencial. Vargas podrá criticar a Dutra por su intento poco exitoso de obtener asistencia económica de los EEUU, mientras la Argentina ha tenido éxito [en este sentido]." (2) Declaracion de Política [por seguir] preparada por el Departamento de Estado: Secreto. Washington, 26 de Octubre de 1951. /.../ Punto C) Relaciones con otros estados: "Las relaciones de la Argentina con sus vecinos, aunque amistosa en la superficie, se caracterizan por una corriente de desconfianza por parte de estos últimos, por lo que sospechan constituyen los verdaderos móviles de la política exterior argentina y sus ambiciones económicas. Brasil y la Argentina están cada uno celoso del prestigio del otro en el hemisferio occidental y a través del mundo. Las relaciones norteamericano-brasileñas han sido tradicionalmente mas amistosas que las relaciones norteamericano-argentinas. El Brasil tiende a resentirse de cualquier manifestación de estrechas relaciones entre los EEUU y la Argentina. La política de los EEUU entre ambos países es la de mantener estas revalidades en su mínimo. Se estima que la política básica entre la Argentina y Chile es amistosa. Como resultado, los pequeños incidentes que ocurren de tiempo en tiempo acaban por ser solucionados rapidamente. El actual gobierno de Chile desconfía de Perón, creen que es inherentemente peligroso y nos lo ha informado. Los EEUU han indicado a Chile que no han visto señal alguna que soporte supuestos designios agresivos por parte de la Argentina hacia Chile y que Chile no ha ofrecido prueba alguna para sustentar estas aseveraciones. Paraguay: la posición preferencial geográfica e histórica de la Argentina en el hemisferio occidental puede, bajo ciertas circunstancias, conducir a intentos de dominación política. Esto, combinado con la rivalidad argentino-brasileña por mantener influencias sobre el Paraguay, puede acarrear serias fricciones entre la Argentina y el Brasil. Finalmente, la tendencia paraguayana de aprovecharse de esta rivalidad para su propia conveniencia tiende a involucrar a los países vecinos, quiéranlo o no. Por ahora estimamos que ninguna de estas fuerzas perturbadoras es una seria amenaza. La política norteamericana es la de mitigarlas todo lo posible y en todo lo apropiado."

"Señores:

He aceptado con gran placer esta ocasión para disertar sobre las ideas fundamentales que han inspirado una nueva política internacional en la República Argentina.

Es indudable que, por el cúmulo de tareas que yo tengo, no podré presentar a ustedes una exposición académica sobre este tema, pero sí podré mantener una conversación en la que lo más fundamental y lo más decisivo de nuestras concepciones será expuesto con sencillez y con claridad.

El mundo moderno

Las organizaciones humanas, a lo largo de todos los tiempos, han ido, indudablemente, creando sucesivos agrupamientos y reagrupamientos. Desde la familia troglodita hasta nuestros tiempos eso ha marcado un sinnúmero de agrupaciones a través de las familias, las tribus, las ciudades, las naciones y los grupos de naciones, y hay quien se aventura ya a decir que para el año 2000 las agrupaciones menores serán los continentes.

Es indudable que la evolución histórica de la humanidad va afirmando este concepto cada día con mayores visos de realidad. Eso es todo cuanto podemos decir en lo que se refiere a la natural y fatal evolución de la humanidad. Si ese problema lo transportamos a nuestra América surge inmediatamente una apreciación impuesta por nuestras propias circunstancias y nuestra propia situación.

Es indudable que el mundo, superpoblado y superindustrializado, presenta para el futuro un panorama que la humanidad todavía no ha conocido. por lo menos en una escala tan extraordinaria. Todos los problemas que hoy se ventilan en el mundo son, en su mayoría, producto de esta superpoblación y superindustrialización, sean problemas de carácter material o sean problemas de carácter espiritual. Es tal la influencia de la superproducción y es de tal magnitud la influencia de la técnica y de esa superproducción, que la humanidad, en todos sus problemas económicos, políticos y sociológicos, se encuentra profundamente influida por esas circunstancias.

Si éste es el futuro de la humanidad, es indudable que estos problemas irán progresando y produciendo nuevos y más difíciles problemas emergentes de las circunstancias enunciadas.

Comida y materia prima

Resulta también indiscutible que la lucha fundamental en un mundo superpoblado es por una cosa siempre primordial para la humanidad: la comida. Ese es el peor y el más difícil problema por resolver.

El segundo problema que plantea la industrialización es la materia prima: valdría decir que en este mundo que lucha por la comida y por la materia prima, el problema fundamental del futuro es un problema de base y funda-

mento económicos, y la lucha del futuro será cada vez más económica, en razón de una mayor superpoblación y de una mayor superindustrialización.

En consecuencia, analizando nuestros problemas, podríamos decir que el futuro del mundo, el futuro de los pueblos y el futuro de las naciones estará extraordinariamente influido por la magnitud de las reservas que posean: reservas de alimentos y reservas de materias primas.

Ventaja de América

Esto es una cosa tan evidente, tan natural y simple, que no necesitaríamos hacer uso ni de la estadística y menos aún de la dialéctica para convencer a nadie.

Y ahora, viendo el problema práctica y objetivamente, pensamos cuáles son las zonas del mundo donde todavía existen las mayores reservas de estos dos elementos fundamentales de la vida humana: el alimento y la materia prima.

Es indudable que nuestro continente, en especial Sudamérica, es la zona del mundo donde todavía, en razón de su falta de población y de su falta de explotación extractiva, está la mayor reserva de materia prima y alimentos del mundo. Esto nos indicaría que el porvenir es nuestro y que en la futura lucha nosotros marchamos con una extraordinaria ventaja a las demás zonas del mundo, que han agotado sus posibilidades de producción alimenticia y de provisión de materias primas o que son ineptas para la producción de estos dos elementos fundamentales de la vida.

Si esto, señores, crea realmente el problema de la lucha, es indudable que en esa lucha llevamos nosotros una ventaja inicial, y que en el aseguramiento de un futuro promisorio tenemos halagüeñas esperanzas de disfrutarlo en mayor medida que otros países del mundo.

La amenaza

Pero precisamente en estas circunstancias radica nuestro mayor peligro, porque es indudable que la humanidad ha demostrado -a lo largo de la historia de todos los tiempos- que cuando se ha carecido de alimentos o de elementos indispensables para la vida, como serían las materias primas y otros, se ha dispuesto de ellos quitándolos por las buenas o por las malas, vale decir, con habilidosas combinaciones o mediante la fuerza. **Lo que quiere decir, en buen romance, que nosotros estamos amenazados a que un día los países superpoblados y superindustrializados, que no disponen de alimentos ni de materia prima, pero que tienen un extraordinario poder, jueguen ese poder para despojarnos de los elementos de que nosotros disponemos en demasía con relación a nuestra población y a nuestras necesidades.** Ahí está el problema planteado en sus bases fundamentales, pero también las más objetivas y realistas.

Si subsistiesen los pequeños y débiles países, en un futuro no lejano podríamos ser territorio de conquista como han sido miles y miles de territorios

desde los fenicios hasta nuestros días. No sería una historia nueva la que se escribiría en estas latitudes; sería la historia que ha campeado en todos los tiempos, sobre todos los lugares de la tierra, de manera que ni siquiera llamaría mucho la atención.

Defensa común

Es esa circunstancia la que ha inducido a nuestro gobierno a encarar de frente la posibilidad de una unión real y efectiva de nuestros países, para encarar una vida en común y para planear, también, una defensa en común. Si esas circunstancias no son suficientes, o ese hecho no es un factor que grave decisivamente para nuestra unión, no creo que exista ninguna otra circunstancia importante para que la realicemos.

Si cuanto he dicho no fuese real, o no fuese cierto, la unión de esta zona del mundo no tendría razón de ser, como no fuera una cuestión más ó menos abstracta o idealista.

Las uniones americanas

Señores: es indudable que desde el primer momento nosotros pensamos en esto, analizamos las circunstancias y observamos que, desde 1810 hasta nuestros días, nunca han faltado distintos intentos para agrupar esta zona del Continente en una unión de distintos tipos.

Los primeros surgieron en Chile, ya en los días iniciales de las revoluciones emancipadoras de la Argentina, de Chile, del Perú. Todos ellos fracasaron por distintas circunstancias. Es indudable que, de realizarse aquello en ese tiempo, hubiese sido una cosa extraordinaria. Desgraciadamente no todos entendieron el problema, y cuando Chile propuso eso aquí a Buenos Aires en los primeros días de la Revolución de Mayo, Mariano Moreno fue el que se opuso a toda unión con Chile. Es decir, que estaba en el gobierno mismo, y en la gente más prominente del gobierno, la idea de hacer fracasar esa unión. Eso fracasó por culpa de la junta de Buenos Aires.

Hubo varios después, que fracasaron también por diversas circunstancias. Pasó después el problema a ser propugnado desde Perú, y la acción de San Martín también fracasó. Después fue Bolívar quien se hizo cargo de la lucha por una unidad continental, y sabemos también cómo fracasó.

Se realizaron después el primero, el segundo y el tercer congreso de México con la misma finalidad. Y debemos confesar que todo eso fracasó, mucho por culpa nuestra. Nosotros fuimos los que siempre más o menos nos mantuvimos un poco alejados, con un criterio un tanto aislacionista y egoísta.

Unidos o dominados

Llegamos a nuestros tiempos.

Yo no querría pasar a la historia sin haber demostrado, por lo menos fehacientemente, que ponemos toda nuestra voluntad real, efectiva, leal y sincera para que esta unión pueda realizarse en el Continente.

Pienso yo que el año 2000 nos va a sorprender o unidos o dominados; pienso también que es de gente inteligente no esperar que el año 2000 llegue a nosotros, sino hacer un poquito de esfuerzo para llegar un poco antes del año 2000, y llegar un poco en mejores condiciones que aquella que nos podrá deparar el destino o mientras nosotros seamos yunque que aguantamos los golpes y no seamos alguna vez martillo; que también demos algún golpe por nuestra cuenta.

Es por esa razón que ya en 1946, al hacer las primeras apreciaciones de carácter estratégico y político internacional, comenzamos a pensar en ese grave problema de nuestro tiempo. Quizá en la política internacional que nos interesa, es el más grave y el más trascendente; más trascendente quizá que lo que pueda ocurrir en la guerra mundial, que lo que pueda ocurrir en Europa, o lo que pueda ocurrir en el Asia o en el Extremo Oriente; porque éste es un problema nuestro, y los otros son problemas del mundo en el cual vivimos, pero que están suficientemente alejados de nosotros.

Creo también que en la solución de este grave y trascendente problema cuentan los pueblos más que los hombres y que los gobiernos.

Es por eso que, cuando hicimos las primeras apreciaciones, analizamos si esto podría realizarse a través de las cancillerías actuantes como en el siglo XVIII, en una buena comida, con lucidos discursos, pero que terminan al terminar la comida, inoperantes e intrascendentes, como han sido todas las acciones de las cancillerías de esta parte del mundo desde hace casi un siglo hasta nuestros días; o si habría que actuar más efectivamente, influyendo no a los gobiernos, que aquí se cambian como se cambian las camisas, sino influyendo a los pueblos, que son los permanentes, porque los hombres pasan y los gobiernos se suceden, pero los pueblos quedan.

Hemos observado, por otra parte, que el éxito, quizás el único éxito extraordinario del comunismo, consiste en que ellos no trabajan con los gobiernos, sino con los pueblos, porque ellos están encaminados a una obra permanente y no a una obra circunstancial.

Y si en el orden internacional quiere realizarse algo trascendente, hay que darle carácter permanente, porque mientras sea circunstancial, en el orden de la política internacional no tendrá ninguna importancia. Por esa razón, y aprovechando las naturales inclinaciones de nuestra doctrina propia, comenzamos a trabajar sobre los pueblos, sin excitación, sin apresuramientos y, sobre todo, tratando de cuidar minuciosamente, de desvirtuar toda posibilidad de que nos acusen de intervención en los asuntos internos de otros Estados.

El primer plan

En 1946. cuando yo me hice cargo del gobierno, la política internacional argentina no tenía ninguna definición.

No encontramos allí ningún plan de acción, cómo no existía tampoco en ministerios militares ni siquiera una remota hipótesis sobre la cual los militares pudieran basar sus planes de operaciones. Tampoco en el Ministerio de Rela-

ciones Exteriores, en todo su archivo, había un solo plan activo sobre la política internacional que seguía la República Argentina, ni siquiera sobre la orientación, por lo menos, que regían sus decisiones o designios.

Vale decir que nosotros habíamos vivido, en política internacional, respondiendo a las medidas que tomaban los otros con referencia a nosotros, pero sin tener jamás una idea propia que nos pudiese conducir, por lo menos a lo largo de los tiempos, con una dirección uniforme y congruente. Nos dedicamos a tapar los agujeros que nos hacían las distintas medidas que tomasen los demás países. Nosotros no teníamos iniciativa.

No es tan criticable el procedimiento, porque también suele ser una forma de proceder, quizás explicable, pues los pequeños países no pueden tener en el orden de la política internacional objetivos muy activos ni muy grandes; pero tienen que tener algún objetivo.

Yo no digo que nos vamos a poner nosotros a establecer objetivos extracontinentales para imponer nuestra voluntad a los rusos, a los ingleses o a los norteamericanos; no, porque eso sería torpe. Vale decir que en esto, como se ha dicho y sostenido tantas veces, hay que tener la política de la fuerza que se posee o la fuerza que se necesita para sustentar una política.

Nosotros no podemos tener lo segundo y, en consecuencia, tenemos que reducirnos a aceptar lo primero, pero dentro de esa situación podemos tener nuestras ideas y luchar por ellas para que las cancillerías, que juegan al estilo del siglo XVIII, no nos estén dominando con sus sueños fantásticos de hegemonía, de mando y de dirección.

Ponerse adelante

Para ser país monitor – como sucede con todos los monitores – ha de ser necesario ponerse adelante para que los demás lo sigan. El problema es llegar cuanto antes a ganar la posición o la colocación y los demás van a seguir aunque no quieran. De manera que la hegemonía no se conquista. Por eso nuestra lucha no es, en el orden de la política internacional, por la hegemonía de nadie, como lo he dicho muchas veces, sino simplemente y llanamente la obtención de lo que conviene al país en primer término; en segundo término, lo que conviene a la gran región que encuadra el país y, en tercer término, el resto del mundo, que ya está más lejano y a menor alcance de nuestras previsiones y de nuestras concepciones.

Por eso, bien claramente entendido, como lo he hecho en toda circunstancia, para nosotros, primero la República Argentina, luego el continente y después el mundo. En esa posición nos han encontrado y nos encontrarán siempre, porque entendemos que la defensa propia está en nuestras manos; que la defensa diremos relativa, está en la zona continental que defendemos y en que vivimos, y que la absoluta es un sueño que todavía no ha alcanzado ningún hombre ni nación alguna de la tierra. Vivimos solamente en una seguridad relativa, pensando, señores, en la idea fundamental de llegar a una unión en esta parte del continente.

Habíamos pensado que la lucha del futuro será económica; la historia nos demuestra que ningún país se ha impuesto en ese campo, ni en ninguna lucha, si no tiene en sí una completa, diremos, unidad económica.

Los grandes imperios, las grandes naciones, desde los comienzos de la historia hasta nuestros días, han llegado a las grandes conquistas sobre la base de una unidad económica. Y yo analizo que si nosotros soñamos con la grandeza – que tenemos obligación de soñar – para nuestro país, debemos analizar primordialmente ese factor en una etapa del mundo en que la economía pasará a primer plano en todas las luchas del futuro.

EI ABC

República Argentina sola, no tiene unidad económica; Brasil solo, no tiene tampoco unidad económica; Chile solo, tampoco tiene unidad económica; **pero estos tres países unidos conforman quizá en el momento actual la unidad económica más extraordinaria del mundo entero, sobre todo para el futuro, porque toda esa inmensa disponibilidad constituye su reserva. Estos son países reserva del mundo.**

Los otros están quizá a no muchos años de la terminación de todos sus recursos energéticos y de materia prima; nosotros poseemos todas las reservas de las cuales todavía no hemos explotado nada.

Esa explotación que han hecho de nosotros, manteniéndonos para consumir lo elaborado por ellos, ahora en el futuro puede dárseles vuelta, porque en la humanidad y en el mundo hay una justicia que está por sobre todas las demás justicias; y que algún día llega. Y esa justicia se aproxima para nosotros; solamente debemos tener la prudencia y la sabiduría suficientes para prepararnos a que no nos birlen de nuevo la justicia, en el momento mismo en que estamos por percibirla y por disfrutarla.

Esto es lo que ordena, imprescriptiblemente, la necesidad de la unión de Chile, Brasil y Argentina.

Es indudable que, realizada esta unión, caerán en su órbita los demás países sudamericanos, que no serán favorecidos ni por la formación de un nuevo agrupamiento ni probablemente lo podrán realizar en manera alguna, separados o juntos – sino en pequeñas unidades.

Vargas e Ibáñez

Apreciado esto, señores, yo empecé a trabajar sobre los pueblos. Tampoco olvidé de trabajar a los gobiernos, y durante los siete años del primer gobierno, mientras trabajábamos activamente en los pueblos, preparando la opinión para bien recibir esta acción, conversé con los que iban a ser presidentes, por lo menos, en los dos países que más nos interesaban: Getulio Vargas y el General Ibáñez.

Getulio Vargas estuvo total y absolutamente de acuerdo con esta idea y en realizarla tan pronto él estuviera en el gobierno; Ibáñez me hizo exactamente igual manifestación, y contrajo el compromiso de proceder lo mismo.

Yo no me hacía ilusiones – porque ellos hubieran prometido esto – para dar el hecho por cumplido, porque bien sabia que eran hombres que iban al gobierno y no iban a poder hacer lo que quisieran, sino lo que pudieran. Sabía bien que un gran sector de esos pueblos se iba a oponer tenazmente a una realización de este tipo, por cuestiones de intereses personales y negocios, más que por ninguna otra causa. ¡Cómo no se van a oponer los ganaderos chilenos a que nosotros exportemos sin medida ganado argentino! ¡Y cómo no se van a oponer a que solucionemos todos los problemas fronterizos para la interacción de ganado, los acopiadores chilenos, cuando una vaca o un novillo, a un metro de la frontera chilena hacia el lado argentino, vale diez mil pesos chilenos, y a un metro hacia Chile de la frontera argentina, vale veinte mil pesos chilenos. **Ese que gana los diez mil pesos no va a estar de acuerdo nunca con una unidad de ese tipo.**

Cito este caso grosero para que los señores intuyan toda la gama inmensa de intereses de todo orden que se desgranán en cada una de las cosas que come el pobre "roto" chileno y que producen ellos.

Ese mismo fenómeno sucede con el Brasil.

Por esta razón nunca me hice demasiadas ilusiones sobre las posibilidades de ello; por eso seguimos trabajando por estas uniones, porque ellas deberán venir por los pueblos.

Nosotros tenemos muy triste experiencia de las uniones que han venido por los gobiernos; por lo menos, ninguna en ciento cincuenta años ha podido cristalizar en alguna realidad.

Probemos el otro camino que nunca se ha probado para ver si, desde abajo, podemos ir influyendo en forma determinante para que esas uniones se realicen.

Señores: sé también que el Brasil, por ejemplo, tropieza con una gran dificultad: Itamaraty, que constituye una institución supergubernamental. Itamaraty ha soñado, desde la época de su emperador hasta nuestros días, con una política que se ha prolongado a través de todos los hombres que han ocupado ese difícil cargo en el Brasil.

Ella los había llevado a establecer un arco entre Chile y el Brasil; esa política debe ser vencida con el tiempo y por un buen proceder de parte nuestra.

Debe desmontarse todo el sistema de Itamaraty, deben desaparecer esas excrecencias imperiales que constituyen, más que ninguna otra razón, los principales obstáculos para que Brasil entre a una, diremos, unión verdadera con la Argentina.

Nosotros con ellos no tenemos ningún problema, como no sea ese sueño de la hegemonía, en el que estamos prontos a decirles: son ustedes más grandes, más lindos y mejores que nosotros; no tenemos ningún inconveniente.

Nosotros renunciamos a todo eso, de manera que ese tampoco va a ser un inconveniente. Pero es indudable que nosotros creíamos superado en cierta manera ese problema.

Yo he de contarles a los señores un hecho que pondrá perfectamente en evidencia cómo procedemos nosotros y por qué tenemos la firme convicción de que al final vamos a ganar nosotros, porque procedemos bien. Porque los que proceden mal son los que sucumben víctimas de su propio mal procedimiento: por eso, no emplearemos en ningún caso ni los subterfugios, ni las insidias, ni las combinaciones raras, que emplean algunas cancillerías.

Conciencia internacional

Cuando Vargas subió al gobierno me prometió a mi que nos reuniríamos en Buenos Aires o en Río y haríamos ese tratado que yo firmé con Ibáñez después: el mismo tratado.

Ese fue un propósito formal que nos habíamos trazado. Más aún, dijimos: Vamos a suprimir las fronteras, si es preciso. Yo agarraba cualquier cosa, porque estaba dentro de la orientación que yo seguía y de lo que yo creía que era necesario y conveniente.

Yo sabía que acá yo lo realizaba, porque cuando le dijera a mi pueblo que quería hacer eso, sabía que mi pueblo quería lo que yo quería en el orden de la política internacional, porque aquí ya existe una conciencia político-internacional en el pueblo, y existe una organización. Además la gente sabe que, en fin, tantos errores no cometemos, de manera que tiene también un poco de fe en lo que hacemos.

Más tarde Vargas me dijo que era difícil que pudiéramos hacerlo tan pronto, porque él tenía una situación política un poco complicada en las Cámaras y que antes de dominarlas quería hacer una conciliación. Es difícil eso en política; primero hay que dominar y después la conciliación viene sola. Son puntos de vista; son distintas maneras de pensar.

El siguió un camino distinto y nombró un gabinete de conciliación; vale decir: nombró un gabinete donde por lo menos las tres cuartas partes de los ministros eran enemigos políticos de él y que servirían a sus propios intereses y no a los del gobierno.

Claro que él creyó que esto en seis meses le iba a dar la solución; pero cuando pasaron los seis meses el asunto estaba más complicado que antes. Naturalmente, no pudo venir acá; no pudo comprometerse frente a su Parlamento y frente a sus propios ministros a realizar una tarea que implicaba ponerse los pantalones y jugarse una carta decisiva frente a la política interna-

cional mundial, a su pueblo, a su Parlamento y a los intereses que había que vencer.

Naturalmente, yo esperé. En ese ínterin es elegido presidente el general Ibáñez; la situación de él no era mejor que la situación de Vargas, pero en cierta manera llegaba plebiscitado en todo lo que se puede ser plebiscitado en Chile, con elecciones muy *sui generis*, porque allá se inscriben los que quieren; y los que no quieren, no; es una cosa muy distinta la nuestra. Pero él llega al gobierno naturalmente. Tan pronto llega al gobierno, yo, conforme con lo que habíamos conversado, lo tanteé. Me dijo: De acuerdo; lo hacemos. ¡Muy bien! El general fue más decidido, porque los generales solemos ser más decididos que los políticos. Pero antes de hacerlo, como tenía un compromiso con Vargas, le escribí una carta que le hice llegar por intermedio de su propio embajador, a quien llamé y dije: "Vea, usted tendrá que ir a Río con esta carta y tendrá que explicarle todo esto a su presidente. Hace dos años nosotros nos prometimos realizar este acto. Hace más de un año y pico que lo estoy esperando, y no puede venir. Yo le pido autorización a él para que me libere de ese compromiso de hacerlo primero con el Brasil y me permita hacerlo primero con Chile. Claro que le pido esto porque creo que estos tres países son los que deben realizar la unión".

El embajador va allá y vuelve y me dice, en nombre de su presidente, que no solamente me autoriza a que vaya a Chile liberándome del compromiso, sino que me da también su representación para que lo haga en nombre de él en Chile. Naturalmente ya sé ahora muchas cosas que antes no sabía; acepté sólo la autorización, pero no la representación.

Fui a Chile, llegué allí y le dije al general Ibáñez: "Vengo aquí con todo listo y traigo la autorización del presidente Vargas, porque yo estaba comprometido a hacer esto primero con él y con el Brasil; de manera que todo sale perfectamente bien y como lo hemos planeado, y quizá al hacerse esto se facilite la acción de Vargas y se vaya arreglando así mejor el asunto".

Llegamos, hicimos allá con el ministro de Relaciones Exteriores todas esas cosas de las cancillerías, discutimos un poco – poca cosa – y llegamos al acuerdo, no tan amplio como nosotros queríamos, porque la gente tiene miedo en algunas cosas y, es claro, salió un poco retaceado; pero salió. No fue tampoco un parto de los montes, pero costó bastante convencer, persuadir, etc.

Y al día siguiente llegan las noticias de Río de Janeiro, donde el ministro de Relaciones Exteriores del Brasil hacía unas declaraciones tremendas contra el Pacto de Santiago: que estaba en contra de los pactos regionales, que ése era la destrucción de la unanimidad panamericana. Imagínense la cara que tendría yo al día siguiente cuando fui y me presenté al presidente Ibáñez. Al darle los buenos días, me preguntó: ¿Qué me dice de los amigos brasileños?

Naturalmente que la prensa carioca sobrepasó los límites a que había llegado el propio ministro de Relaciones Exteriores, señor Neves de Fontoura. Claro, yo me callé; no tenía más remedio. Firmé el tratado y me vine aquí.

Cuando llegué me encontré con Gerardo Rocha, viejo periodista de gran talento, director de *O Mundo* en Río, muy amigo del presidente Vargas, quien me dijo: Me manda el presidente Vargas para que le explique lo que ha pasado en el Brasil. Dice que la situación de él es muy difícil: que políticamente no puede dominar, que tiene sequías en el norte, heladas en el sur; y a los políticos los tiene levantados; que el comunismo está muy peligroso, que no ha podido hacer nada; en fin, que lo disculpe, que él no piensa así y que si el ministro ha hecho eso, que él tampoco puede mandar al ministro.

Yo me he explicado perfectamente bien todo esto; no lo justificaba, pero me lo explicaba por lo menos. Naturalmente, señores, que planteada la situación en estas circunstancias, de una manera tan plañidera y lamentable, no tuve más remedio que decirle que siguiera tranquilo, que yo no me meto en las cosas de él y que hiciera lo que pudiese, pero que siguiera trabajando por esto.

Bien, señores, yo quería contarles esto, que probablemente no lo conoce nadie más que los ministros y yo; claro está que son todos documentos para la historia, porque yo no quiero pasar a la historia como un cretino que ha podido realizar esta unión y no la ha realizado. Por lo menos quiero que la gente piense en el futuro que si aquí ha habido cretinos, no he sido yo sólo; hay otros cretinos también como yo, y todos juntos iremos en el baile del cretinismo.

Política de unión

Pero lo que yo no quería es dejar de afirmar, como lo haré públicamente en alguna circunstancia, que toda la política argentina en el orden internacional ha estado orientada hacia la necesidad de esa unión, para que cuando llegue el momento en que seamos juzgados por nuestros hombres – frente a los peligros que esta disociación producirá en el futuro – por lo menos tengamos el justificativo de nuestra propia impotencia para realizarla.

Sin embargo, yo no soy pesimista; yo creo que nuestra orientación, nuestra perseverancia, va todos los días ganando terreno dentro de esta idea, y estoy casi convencido de que un día lo hemos de realizar todo bien y acabadamente, y que tenemos que trabajar incansablemente por realizarlo. **Ya se acabaron las épocas del mundo en que los conflictos eran entre dos países. Ahora los conflictos se han agrandado de tal manera y han adquirido tal naturaleza que hay que prepararse para los "grandes conflictos" y no para los pequeños conflictos.**

Esta unión, señores, está en plena elaboración; es todo cuanto yo podría decirles a ustedes como definitivo.

Estamos trabajándola, y el éxito, señores, ha de producirse; por lo menos, nosotros hemos preparado el éxito, lo estamos realizando, y no tengan la menor duda de que el día que se produzca yo he de saber explotarlo con todas las conveniencias necesarias para nuestro país, porque, de acuerdo con el aforismo napoleónico, el que prepara un éxito y lo conquista, difícilmente no sabe sacarle las ventajas cuando lo ha obtenido.

En esto, señores, estoy absolutamente persuadido de que vamos por buen camino. La contestación del Brasil, buscando desviar su arco de Santiago a Lima, es solamente una contestación ofuscada y desesperada de una cancillería que no interpreta el momento y que está persistiendo sobre una línea superada por el tiempo y por los acontecimientos; eso no puede tener efectividad. La lucha por las zonas amazónicas y del Plata no tiene ningún valor ni ninguna importancia; son sueños un poco ecuatoriales y nada más. No puede haber en ese sentido ningún factor geopolítico ni de ninguna otra naturaleza que pueda enfrentar a estas dos zonas tan diversas en todos sus factores y en todas sus características.

La integración latinoamericana

Aquí hay un problema de unidad que está por sobre todos los problemas, y en estas circunstancias, quizá muy determinantes, de haber nosotros solucionado nuestros entredichos con Estados Unidos, tal vez esto favorezca en forma decisiva la posibilidad de una unión continental en esta zona del continente americano.

Señores: como ha respondido el Paraguay, aunque es un país pequeño; como irán respondiendo otros países del continente: despacito, sin presiones y sin violencias de ninguna naturaleza, así, se va configurando ya una suerte de unión.

Las uniones deben realizarse por el procedimiento que es común; primeramente hay que conectar algo; después las demás conexiones se van formando con el tiempo y con los acontecimientos.

Chile, aun a pesar de la lucha que debe sostener allí, ya está unido con la Argentina.

El Paraguay se halla en igual situación. Hay otros países que ya están inclinados a realizar lo mismo. Si nosotros conseguimos ir adhiriendo lentamente a otros países, no va a tardar mucho en que el Brasil haga también lo mismo, y ése será el principio del triunfo de nuestra política.

La unión continental sobre la base de la Argentina, Brasil y Chile está mucho más próxima de lo que creen muchos argentinos, muchos chilenos y muchos brasileños; en el Brasil hay un sector enorme que trabajó por esto.

Lo único que hay que vencer son intereses; pero cuando los intereses de los países entran a actuar, los de los hombres deben ser vencidos por aquellos; ésa es nuestra mayor esperanza.

Hasta que esto se produzca, señores, no tenemos otro remedio que esperar y trabajar para que se realice: y esa es nuestra acción y esa es nuestra orientación. Muchas gracias."



2. Mercosur o muerte: nuestras tres ebulliciones totalizadoras

Homenaje de Alberto Methol Ferré al uruguayo Carlos Quijano, precursor de la reforma universitaria, legislador, jurista, y economista, creador del semanario Marcha, publicación que formó e influyó a varias generaciones entre 1939 y 1974, cuando fue clausurada, prolongada a través de los Cuadernos de Marcha que llegaron hasta el 16 de junio de 2001. Publicado originalmente en Agenda de Reflexión número 189, Buenos Aires, el jueves 10 de junio de 2004.

"No para dar por pensado, sino para dar en qué pensar"

América Latina tuvo tres grandes ebulliciones "totalizantes" que la configuraron y la están configurando. Digo "totalizantes" porque en sus inmensos espacios, en este medio milenio último, de golpe, casi sorpresivamente, toda ella entró en ebullición sólo tres veces. ¿Podríamos contar las ebulliciones generales de Europa? Muchas más. Pero espacialmente era mucho más pequeña y concentrada.

Ahora estamos en plena "tercera ebullición" general latinoamericana. Nuestras dos ebulliciones generales anteriores duraron pocas décadas. Luego les siguió una larga calma, durante la cual esa ebullición se fue como disgregando, digiriendo, agotándose y recreándose lentamente como para la nueva sucesiva ebullición general, mucho tiempo después. Ahora, nuestra "tercera ebullición" tiene caracteres muy distintos que las anteriores. Acerquémonos un poco.

Primera ebullición general: El nacimiento de América Latina

Tras una etapa preparatoria en las Antillas y en América Central, de 1520 a 1560 aproximadamente, es la conquista y colonización de lo que comenzará a ser un pueblo nuevo, mestizo, en la historia: América Latina. Todas sus partes entran en relación, en conflagración, luego de milenios de dispersión, de comunicaciones fragmentarias. En pocas décadas se funda la red de villas y ciudades esencial de América Latina, que incluye casi todas las que serán sus capitales. Antes de este ciclo (1520-1560) sólo se habían configurado dos imperios, el Azteca y el Inca, que al estar hechos "a pie" quedaron muy lejos de agitar el conjunto de lo que sería luego América Latina. Se ignoraron. Los dos imperios – como movimiento de concentración – duraron apenas un siglo, y fueron arrancados de cuajo por la vorágine totalizante de la conquista y la colonización, que tuvieron una velocidad inédita, combinada, del barco oceánico y los caballos.

Esa ebullición general, la primera "latinoamericana", fue a la vez el primer fruto del comienzo de la globalización, encabezada desde Europa por Castilla y Portugal, en los buenos tiempos de la "Alianza Peninsular". Luego, a partir de sus tres núcleos, México (con América Central y las Antillas), Perú y Brasil (las partes castellana y portuguesa de América del Sur), le seguirán casi 250 años de estabilización dispersa, comunicándose con los centros metropoli-

tanos más que entre sí. América Latina (ibérica o hispánica en su sentido original) fue como dividiéndose por paulatina complejización y madurando un nuevo y vasto "círculo histórico-cultural" que hoy somos nosotros, desde nuestras raíces. Mestizaje hijo de la Cristiandad latina en su último gran despliegue barroco y primero nuestro. Es la primera ebullición fundadora de América Latina. Todo se junta con todo, y luego va particularizándose.

Segunda ebullición general: La Independencia de América Latina

Siempre hay signos preparatorios. Pero la ebullición estalla desde 1808 y se prolonga hasta 1830. La dilatada América española entra toda ella en efervescencia, se vuelve a interpenetrar con intensidad inusitada en todos sus fragmentos, y Bolívar busca culminarla con un gran Congreso, que fracasa. En la medida en que se independiza, América Latina va separándose en múltiples "estados -ciudad" que encabezan espacios insólitos para cualquier europeo. Estados-ciudad como de una Grecia primitiva gigante; estados parroquiales, diría Toynbee. Ni siquiera una "Nación de Repúblicas" confederadas, como quiso Bolívar. Sólo Brasil, entonces mucho más pequeño y menos dilatado que la América española, mantuvo la unidad ¿quién podría controlar la Amazonia entonces, que descoyuntura toda América del Sur? El espectáculo final de la segunda efervescencia hizo exclamar a Bolívar: "¡Hemos perdido todo, menos la independencia!". Es decir, hemos perdido las condiciones de la independencia. América Latina fue formada por barcos y jinetes, entreveros. Lo que volvió desmesurada a América Latina para los latinoamericanos, que no pudieron controlar sus espacios. Nuestros marinos no eran criollos, sino irlandeses, ingleses y norteamericanos. Los barcos eran ingleses. Y nos volvimos periferia de la Revolución Industrial inglesa del siglo XIX. Cada estado parroquial perdió contacto con su vecindad, salvo en los casos de dos o tres conflictos vecinales graves, pero localizados. Cada país se fue volviendo un "en sí", hoy de 170 a 180 años: su afirmación era la exclusión del vecino y el éxtasis con los centros metropolitanos transoceánicos. Primero ingleses y franceses, luego norteamericanos.

Tercera ebullición general: desde el MERCOSUR

Desde comienzos del siglo XX los medios de comunicación latinoamericanos empiezan su paulatino acrecentamiento e intensificación. Por mar, tierra y aire. Aunque todavía en la Cumbre de Brasilia del 2000, donde los países de América del Sur (Comunidad Andina y Mercosur) proyectan su unión, se hace énfasis en la necesidad urgente de ampliar las conexiones mutuas de "infraestructuras". Es que estamos en plena ebullición general, que nos exige multiplicar las intercomunicaciones de personas, bienes y servicios. La globalización avanza, pero la cercanía vecinal y latinoamericana también. Está naciendo definitivamente la "política sudamericana", que antes sólo hubo en un fugaz momento de la Independencia. La política sudamericana, novedad de nuestros días, vino para quedarse definitivamente, nos guste o no. A nosotros – o a las grandes potencias. Es ya irreversible. Esta es la diferencia con las dos ebulliciones generales anteriores. La tercera ebullición general ha venido para que-

darse y volverse normalidad – en relativamente poco tiempo más, a escala histórica. Desde la década del '90 en adelante, la ebullición general ya es y será normalidad. No hay más regreso a los "en sí" imaginarios de las patrias chicas. La conjugación latinoamericana de América del Sur ya es irreversible, es destino. ¿Cómo contribuiremos a acuñar ese destino?

¿Cuál será su signo? Una ojeada a sus preparaciones y eclosión. Es en el siglo XX. Este se abre con la ebullición general de los intelectuales, su "latinoamericanización". La generación del 900 con Rodó, Ugarte, García Calderón, Blanco Fombona, etcétera. Repone en el horizonte a la "Patria Grande", retoma la herencia de Bolívar, San Martín, Artigas. Luego serán los estudiantes universitarios. Luego los imperativos industrializadores – camino hacia adentro – de los nacionalpopulismos. Estos, todavía por separado, se sintetizan en tres consignas: democratización, industrialización (ciencia y tecnología), e integración. La primera no es sin la segunda; la segunda no será plena, eficaz, sin la tercera. En la tercera, es la vencida. En eso estamos.

Por eso, Carlos Quijano decía entonces que al latinoamericanismo no se llega por el "latinoamericanismo abstracto", sino a través de las "regionalizaciones" concretas. Y vino la primera oleada regionalista en los años '60, simbolizada en Prebisch y Felipe Herrera, en el Mercado Común Centroamericano, la ALALC (que incluía desmedidamente a México, Brasil y Argentina), el Mercado Común del '67, el Pacto Andino del '69. Luego el reflujo. Desde el '85 la segunda oleada se levanta desde el ensamble de Brasil y Argentina. América Latina hacía así su cortocircuito fundamental: la alianza de Argentina y Brasil. Ya la habían intentado Perón, Vargas e Ibáñez (1951-1954). Ese es el camino principal y decisivo para América del Sur: "el núcleo básico de aglutinación", al decir de Perón. Es como la alianza de Francia y Alemania para Europa.

Ese es el cortocircuito que pone todo en ebullición. Por eso el Mercosur es lo decisivo de la combustión y unión de los pueblos de América del Sur. El Mercosur no es una "regionalización" entre otras, es la "regionalización fundante" de América del Sur, y por tanto invencible, aunque por eso mismo amenazado siempre de muerte. Nadie más podrá apagar esta ebullición. Todo otro camino, que no sostenga o se enlace con esta avenida principal, es enemigo de nuestros pueblos. Son tiros al aire, apuestas erráticas, antinacionales. Esto lo iremos aprendiendo rápidamente todos, unos y otros.

Hoy América Latina tiende a separar sus dos regiones básicas. México, América Central y las Antillas caminan en o hacia el Nafta-ALCA. Es seguramente irreversible, salvo depresión mundial. En tanto que la gran isla de América del Sur, lo más importante de América Latina, su escenario fundamental, se vuelve inexorablemente el centro de ebullición de sí misma. El Mercosur es su avenida principal. Es la gran batalla de estos años, a todos los niveles. Anuncian y quieren muchos su muerte y desaparición. Y les renace al otro día, porque se asienta en lo principal de América del Sur. ¿Cuál es su opuesto? ¿Cuál es la verdad de las otras propuestas que lo excluyen y pretenden ser alternativas (no complementos)? Su opuesto, su contrario tiene un nombre ejemplar: el destino de Puerto Rico. ¿Cuál es el destino de las "patrias chicas"

solas? O múltiples y pequeños Puerto Rico, o un gigantesco Puerto Rico latinoamericano, utopía histórica imposible. No otro es el contenido del fantasma del ALCA. Y si ésta vía llegara a ser, sería un multiplicador, a pesar suyo, de la ebullición latinoamericana. Sería la vía más larga y compleja. Impredicable. Podría hasta "portorriquizar" a los mismos norteamericanos, por más murallas eléctricas que levantarán. ¡La historia y sus ebulliciones no se manejan fácilmente!

Las "patrias chicas" se salvan en la Patria Grande latinoamericana de la Unión Sudamericana, por la difícil y necesaria avenida principal del MERCOSUR. Por fe cristiana y convicción, sabemos que la Vida puede más que la Muerte. Es la gran apuesta, lo que vale la pena.

Así me quiero despedir, sin despedirme, de Mercedes y Carlos, de *Cuadernos de Marcha*.



3. Alberdi, Perón y la Unidad Sudamericana

Desgrabación de la charla brindada en diciembre de 2004 en Rosario, en el marco de un seminario en torno al Mercosur organizado por la Mesa del Diálogo Argentino, disponible en http://www.dialogica.com.ar/manoamano/archives/2004/12/methol_ferre_al.html

Mi idea hoy era intentar, digamos, hablar de horizontes. O sea, de los horizontes fundamentales de nuestra historia, la historia de América Latina y de América del Sur, desde la independencia; y ver sus etapas fundamentales. Porque, normalmente, uno muchas veces se pierde en innumerables anécdotas, hechos, acontecimientos, sin ubicarlos en una lógica abarcativa. Me parece que una de las cosas que nos son más indispensables es una comprensión de las lógicas fundamentales de nuestra historia. Entonces, intentaré hacer una aproximación en función a Alberdi y al amigo Perón.

La historia, desde la independencia (yo pedí un pizarrón porque ayuda a graficar cosas simples pero importantes), abarcó un período relativamente rápido, de unos veintipocos años. En un siglo no pasa nada, o muy pocas cosas, pero en diez años, de golpe, se da una turbulencia que engendra millones de hechos menores.

En este siglo hubo una lucha en toda América Latina entre dos tendencias fundamentales. Una es la tendencia a la integración, de Bolívar, San Martín, Artigas y muchos otros. Hubo una lucha por la integración de un imperio en descomposición, para reintegrarlo en una nueva lógica, para evitar que se

fragmentara y se rompiera en múltiples partes. Y hubo también una tendencia por la separación.

Esos veintipocos años determinaron una victoria del proceso de fragmentación del imperio español mientras, por el otro lado, nuestros hermanos brasileños lograban superar las dificultades que ellos también tuvieron para no haber terminado fragmentados en varias partes, porque no les fue sencillo mantener incólume al país independiente; hubo muchos intentos de ruptura que lograron exorcizar. Entonces, las víctimas, los derrotados, han sido los héroes máximos; lo singular de América Latina que festejamos, a la vez, la victoria de la separación y la derrota de los que también son nuestros héroes máximos como Bolívar y San Martín, que eran hombres de la integración y no de la separación.

Sus vidas acabaron en el destierro. Es la verdad verdadera de las dos vidas: terminaron perdedores, y Bolívar dijo: "hemos nadado en el mar"; fue una de sus últimas expresiones, ante la impotencia que le engendró ver la partición en múltiples países nuevos. Por ejemplo, el Virreinato del Río de la Plata no se integró como pensó San Martín. Porque muchos argentinos no saben hoy en día qué quería San Martín; es algo que a mí me sorprende enormemente.

Su tarea está enunciada con una claridad meridiana en el mensaje que le hace al Perú sobre el propósito de toda su acción. Dijo: "Tras la lucha por la independencia por las Provincias Unidas hemos colaborado en la independencia de la República de Chile para juntos ayudar a la independencia del Perú, a los efectos de configurar un pacto federal entre Perú, Chile y las Provincias Unidas del Río de la Plata".

Y, además, no era *La Argentina*. Argentina es un pedazo de eso. Era lo que hoy es Argentina, Uruguay, Paraguay y Bolivia. De manera que, más fracaso que el del pobre San Martín, difícil. Y Bolívar, otro tanto.

En el fondo, San Martín ... veamos: ustedes saben que la América Latina se dividió en dos grupos. Bien simple: arriba en el mapa fue el Virreinato de México; el primer virreinato que se articula, a inicios del siglo XVI. Doce o quince años más tarde, se articula el otro virreinato, en Lima. México era el centro. México, América Central y las Antillas: ese era el ámbito básico del poder mexicano, que además se prolongaba hasta las Filipinas, las que se hallaban bajo la jurisdicción de México.

México fue el que contribuyó decisivamente a la ocupación y conquista de las Filipinas. De manera que era la puerta del imperio hispánico hacia el extremo Oriente, hacia Japón y China. Hay un historiador de Francia muy famoso, Pierre Chaunu, que ha escrito un hermosísimo libro, intitulado "*Le Pacifique des Iberiques*", "El Pacífico de los Ibéricos". Fijensé, ibéricos. La única época en la que el Pacífico, en sus más vastas zonas, logra ser controlado por portugueses y castellanos; la corona de Castilla es el primer poder marítimo en el Asia oriental. Eso, isi lo sabremos..!

Entonces, eran dos centros. Y respecto a Lima, su jurisdicción era toda la América del Sur, salvo una escueta partecita que daba a las Antillas, la que estaba en la órbita de México. El conjunto de América del Sur tenía una capital, que era Lima; o sea, el Virreinato del Perú. Nosotros nacemos en el Virreinato del Perú. Éramos la puerta de atrás del Virreinato del Perú. No la puerta delantera: la puerta de atrás. Buenos Aires, Córdoba, todo el itinerario hacia abajo y hacia arriba.

Y el otro punto era que al dividirse los Ibéricos, el Imperio Español era enormemente alargado: desde Norteamérica, alargado hasta el sur; mientras que el Imperio Lusitano era Brasil, sobre el Atlántico Sur. Una parte de los Lusitanos, mientras que los Hispanos en dos partes (México arriba y, en América del Sur, esencialmente Lima) inician un solo Virreinato. Es el tiempo más largo de nuestra historia. Porque nuestra historia se inicia – incluyéndonos – en el Virreinato del Perú, hasta 1776.

O sea, más de dos siglos. Ahora estamos casi empatando el siglo de peruanos que fuimos todos. Todos éramos peruanos.

Yo digo eso en Uruguay y se quedan paralizados; nunca se lo imaginaron, porque Uruguay se inventó una historia que dice que el Uruguay empezó con los indios que estaban y con los españoles que llegaron. Un invento absoluto sin ningún fundamento.

Pero usó el invento de un pequeño país, que al final del ciclo de la independencia por Lord Ponsonby, que dijo "ni de las Provincias Unidas, ni del Imperio del Brasil". Y Uruguay es el "ni" – "ni de los ingleses". Ni fu ni fa. Ustedes, aparte, inventaron Uruguay, que era el centro de abastecimiento de la ocupación que siguió de las Islas Malvinas.

Yo fui portuario toda mi vida útil en el Uruguay, de manera que estaba acostumbrado a ver el barquito de las Islas Malvinas, que llegó en aquella época (mil ochocientos treinta y pocos) a Montevideo, que era la base de abastecimiento de los intereses en Las Malvinas. El Hospital Inglés que hay en Uruguay hace muchas décadas era el hospital para atender a la gente que se enfermaba en las Malvinas, gente de las flotas inglesas. Y el barquito se llamaba el *Darwin*; eso era fácil recordarlo.

Les digo esto para que vayamos ubicando los grandes espacios que surgen en la crisis de la Independencia, con el fracaso de Bolívar por un lado, y de un negrito como San Martín. Yo le llamo el primer cabecita negra victorioso o importante de nuestra historia. Era cabecita negra. No es un invento mío; pero esa es otra historia.

Entonces; estaban la Capitanía del Brasil, el Virreinato de Lima y el Virreinato de México. Esas eran *las tres partes de América Hispana* en el sentido antiguo.

O sea: tanto Portugal como Castilla eran hijos de la Hispania Romana. Hispania viene de la provincia ocupada por los romanos desde el siglo III antes de Jesucristo. Y entonces ... allí están, durante cinco o seis siglos, y se arma un

mundo que habla distintas formas de la lengua romance, que era el latín vulgar. El latín vulgar derivó en castellano, catalán o portugués.

Entonces, esos dos países son los dos primeros países que inician el proceso de globalización mundial; es decir, el proceso mundial de unificación es iniciado por Castilla y Portugal, con Colón, Vasco Da Gama, Magallanes y El Cano, que son los primeros que dan la vuelta al mundo totalmente; es decir, que recorren, que abarcan el mundo y generan aquel imperio del que se decía "donde el sol no se pone", porque era un imperio que estaba en el Asia, en el Pacífico, en el Índico, en el Atlántico Sur y en el Atlántico Norte.

Ese es el primer imperio mundial. Después los Ingleses y Holandeses derrotan y sustituyen al Imperio Español que, antes de hundirse, culmina su unificación. En efecto, hubo un ciclo de unificación entre Castilla y Portugal en la época de Felipe II; en 1580 se realiza la unidad de la península Ibérica con dos reinos y un solo rey, que son Felipe I y Felipe II. Un reino que dura sesenta años, que se funda en 1580, y Buenos Aires se refunda, definitivamente, en 1580. Era el primer puerto sobre el Atlántico Sur, que era un mar portugués.

El Atlántico Sur era un mar portugués porque Brasil lo descubre, ya que estaban empeñados en la Volta Africana para ir al Asia. Y entonces los vientos, las corrientes, lo llevan a Garay, en el 1500, a descubrir Brasil. Y Brasil nace como los puertos de recalada para el viaje al Asia.

Brasil nace así como puerto del Atlántico Sur donde se podía hacer el viaje mucho más rápido por el sistema de corrientes oceánicas que llevaba desde Portugal. Y de estas islas iba hasta Brasil y de Brasil hasta África del Sur en el Cabo y subía hacia la India o hacia las islas de las especias. Brasil nace como base al Asia.

Es bueno recordarlo, para romper con los estereotipos en que todos nos hemos formado, porque el mundo es mucho más rico y mucho más interesante que lo que suelen habernos enseñado.

Entonces, aquí están las tres regiones básicas de América Latina: la zona de México hoy es el único país importante. El resto es un enanaje múltiple, que hace que México no tenga posibilidad de maniobra con otros países importantes al lado y que tengan frontera con la potencia mundial hoy por hoy máxima. Ese es el lío que tiene México: no tiene aliados posibles en su zona. Es céntrico y pegado a esa frontera.

Y, en América del Sur, dos nudos: el peruano y el brasileño. En el proceso de la independencia, el núcleo brasileño permaneció unificado y el nuestro se partió, finalmente en nueve países. Nueve: Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Chile, Paraguay, Argentina, Uruguay y Bolivia. Nueve países frente a uno que, al comienzo, era solamente costa y donde nadie se metía, como aún hoy es difícil entrar en la zona amazónica ecuatorial; era enorme y, en cierto sentido, amparó las dimensiones enormes de este país, porque nadie aspiraba a entrar en la Amazonia, porque no era rentable en aquella época bajo ningún aspecto.

Entonces, digamos; en cierto sentido, el Brasil se conservó inmenso, no por su astucia sino por su inaccesibilidad y por el desinterés. Porque, al comienzo, toda la Amazonia no era brasileña: era española. Con la división de Tordesillas era castellana.

Lo que pasa surge de la unidad entre Castilla y Portugal – que les digo: Portugal nace porque era una provincia de Castilla.

Vamos a ubicar las cosas: en el principio, el Portugal era castellano. Que el rey Alfonso VI, en el siglo XI, hace que se lo da a una hija, como dote para que se case con un caballero de Borgoña que lo había ayudado en su lucha contra los moros. Y allí nace el condado del Porto Galo, con este nuevo conde.

Y, como Alfonso VI aspiraba a ser emperador, y para ser emperador en el mundo feudal hacía falta tener a reyes de vasallos – se podía ser rey si no se tenía a otros reyes de vasallos, pero si se tenía a otros reyes como vasallos, uno era emperador – y Alfonso quería ser emperador, le permitió al conde del Porto Galo declararse rey de Portugal. Y así empezó, lentamente, la independencia del país gallego. "Galo" no se refiere sólo al borgoñés, sino a la Galicia como unidad. Los portugueses son gallegos que no siguieron unidos a Castilla, y los gallegos son portugueses que se unieron a Castilla. Bien sencillo. Ese es el origen nuestro. Sin fantasmas.

La separación – primer ciclo

La separación viene desde la Independencia, 1830 digamos. Luego se consolidan como países separados, en el último tercio del siglo XIX. Entre ambas fechas hay toda una serie de líos, guerras civiles, decisiones, etc. Los países se consolidan unos un poco antes y otros un poco después, pero alrededor del último tercio, digamos del 1870 en adelante, ocurre la consolidación del "*cada uno en su casa*". Y el *cada uno en su casa* de la separación no solamente está en su casa, en una casa que se encontraba como novedad y se empezaba a construir como nación, porque su verdadera independencia es independencia de ciudades y conflictos de ciudades y localismos sin ninguna idea de nación.

La nación se va inventando en la segunda mitad del siglo XIX, en todos los países. En la Argentina se hacen himnos, próceres, estatuas, todas esas cosas. El repertorio heroico de cada país se hace así; entonces viene, digamos, el apogeo de la separación – o sea, esto no solamente era separación, sino ignorancia mutua.

La vecindad era lo que menos existía. Si yo le pregunto hoy a un uruguayo cómo es la estructura de la provincia de Entre Ríos, no sabe nada. ¿Y de Corrientes? No sabe nada. ¿Y de Río Grande do Sul? No sabe. Todos desconocemos la vecindad radicalmente; somos unos ignorantes perfectos.

No digo que desconozcamos a Venezuela, o a México. Argentina no conoce a fondo a su gente en las estructuras espaciales económicas, sociales, geopolíticas de su vecindad. No las conoce bien el Uruguay tampoco, Brasil tampoco; nadie conoce bien al vecino. ¿Por qué?

Porque la separación fue que todos fuimos balcones al mar, grandes balcones al mar, ligados al centro europeo que era centro en este mismo instante de la independencia. Comenzaba el despliegue extraordinario de las primeras naciones industriales, que eran Inglaterra primero y, luego a partir de los años '820 y '830, Francia. Son los dos primeros países, el inglés y el francés, en iniciar el despegue y comenzar a configurar la sociedad industrial y entonces, digamos, todos los países conocieron el camino oceánico. Aún en el Perú, Chile, todos ellos, primero estuvo el camino oceánico que el de la vecindad. La vecindad estuvo ignorada totalmente.

Cada uno se vinculó al centro metropolitano por separado. Los uruguayos, balcón al mar, que daba a espacio listo, que lo surcaban otros barcos. Nuestros esos barcos no eran, en absoluto; anclados en la orilla hasta el ombligo, pero después eran ingleses o franceses, o yanquis, pero nosotros no. El océano era lo fundamental, y allá en el fondo estaban París y Londres, el imán que nos atraía intelectualmente y no sólo intelectualmente. El *Follies Bergère* y todas esas cosas también atraían ...

Entonces eso era la luminaria de la separación. Eran las rutas oceánicas agroexportadoras o dinero-exportadoras hacia los centros hegemónicos; y eso logra su apogeo en la primera mitad del siglo veinte.

Se empieza a configurar en el último tercio del siglo XIX, con Roca y compañía, y ahí se asientan Mitre y Sarmiento. El país logra un esplendor fantástico que todos añoramos, todos vivimos más de la añoranza de lo que fuimos que del futuro que tenemos que construir; entonces, eso nos mata.

Es demasiado para siquiera imaginar la unión. Esa lucha parece que evapora la integración. Pero la integración vuelve en la segunda mitad del siglo veinte y se convierte en el *Leitmotiv* de toda la segunda mitad del siglo, que resulta... una sucesión de fracasos. Pero los primeros pasos son siempre fracasos. Ningún bebé va a salir campeón olímpico en ninguna carrera; iba a gatarear! Se va a caer; y nosotros, con el mercado común latinoamericano. Ese fue el sueño de una noche de verano; cosas así, pero el proceso se fue abriendo, el asunto fue instalarse un proceso que era el revés de la separación.

Era todo lo contrario; una nueva marcha hacia adentro. En vez de ir hacia el océano, decíamos, al océano agro-exportador ¿tenemos que entrar... en qué? ¿Qué es lo que genera el proceso de integración? ¿Es decir, cuál es la necesidad de la integración?

Los intentos de industrialización de América Latina, desde la crisis mundial del capitalismo del año '29 ... ahí comienza y aparece el primer gran partido nacional y popular de los años veinte, de fines y principios de los años treinta, que es el APRA con Haya de la Torre, hijo de la estudiantina de la Reforma Universitaria. A su vez, hija de lo que en el inicio del siglo veinte, en el apogeo de la separación, cuando cada uno era él sólo, era un **conjunto de soledades incomunicadas**, sin puertas ni ventanas entre sí.

Era ese momento en que todos escribían sus historias patrias como el epicentro del mundo, y borraban todo el resto. Es cuando empieza el *novecen-to*, la generación de intelectuales que se empiezan a plantear que la separación de los países de América Latina estaban condenados al atraso y al fracaso histórico, aunque tuvieran éxitos aparentes, digamos, por tener ya las dimensiones adecuadas para generar una verdadera potencialidad capaz de industrializar a los países. Entonces el argentino Manuel Ugarte, Vasconcelos, etc., son de la primera generación que se plantea volver a pensarnos como conjunto. José Enrique Rodó dice que lo fundamental es pensarnos como conjunto; él ni sabía cómo era el conjunto, pero sabía que, sin el conjunto, estábamos muertos. Íbamos a ser las márgenes permanentes de la historia.

En el instante que la Argentina estaba gordísima y rica. Era el año del Centenario, pero era un país que con lo que hoy se llama materia prima, poco elaborada, etc., comprábamos la radio, los arquitectos, los autos. Que inventen otros. Éramos un rústico, no inventábamos nada; y si alguien inventaba acá, allá había que callarlo o desmerecer sus triunfos. Claro, los que inventaban eran lo que generaban el ritmo de la historia y el poder. Eso era el costo.

Empieza un proceso dentro de la generación de intelectuales y de estudiantes. A partir de la crisis del '29 empezará a adquirir un nuevo rostro más a fondo, pero, sin embargo, voy hacia atrás, a un hombre tremendamente significativo: Alberdi.

Juan Bautista Alberdi pertenece a la segunda generación de la Independencia. No es un protagonista de la Independencia; ya se encuentra con el proceso de separación victorioso, y es él, con el famoso ensayo "Fragmento para una Introducción al estudio del Derecho", el primer intelectual que diferencia con la debida claridad cuál es el centro y cuál la periferia. Cuál es el centro industrializador y cuál es la periferia arrastrada por ese centro industrializador. Ese algo que recién empieza a divulgarse mundialmente desde la CEPAL, desde Prebisch en el año '49, está perfectamente enunciado por Alberdi en "Fragmento a una Introducción al estudio del Derecho", que es una joya intelectual sin igual en nuestra historia. Y este hombre se da cuenta que – dice – están en marcha dos revoluciones.

Una, cuyo centro es Europa, que es la mundialización; el mundo va hacia la unidad mundial y el centro generador de la unidad mundial es Europa en 1837, aun estando Rosas cerca, etc., etc.

Entonces, en la biblioteca de Sastre dice él, hay, en relación a los centros, diferentes escalas de aproximación; hay que pensar a los países según una escala de aproximación. Los países que van atrás de las dinámicas del centro mundializador e industrializador, están de algún modo ligados o condenados a oscilar duramente entre su originalidad y la necesidad de imitar al centro dinamizador. Porque si no aprenden del centro dinamizador se van a empantañar; entonces están obligados a aprender bien del centro, porque también lo pueden imitar simiescamente, como simios, en mera copia de externalidades. Por ejemplo, dice él, la Constitución de Bolivia es una mera copia de una cons-

titución europea; pone el ejemplo de lo ruinoso que puede ser una mala imitación, porque hay que saber seleccionar lo que se imita, según las posibilidades de nuestra originalidad. Y también es esencial el *para qué*.

Juan Bautista Alberdi se plantea esto en forma muy nítida, y no solamente dice que hay esa revolución mundial que encabezan, entonces, Inglaterra y Francia. Luego será Estados Unidos; Alberdi pondrá énfasis en Estados Unidos y va a plantear la disyuntiva de los que corren de atrás. Sin embargo, afirma, con nitidez absoluta, el proceso mundial que genera el siglo XIX con la Sociedad Industrial y su repercusión en la periferia.

Alberdi ve la periferia solamente de América Latina; no ve a China o a África. Pero sabe que los otros entran en ser la periferia. El dice que la historia muestra otros síntomas, que va hacia un crecimiento de la democratización; que las plebes van hacia la toma del poder junto al proceso de la industrialización, que llegará la hora de las libertades y las igualdades de las plebes en crecimiento y, seguramente – lo dice en 1837 – el siglo XIX va a terminar con un gran triunfo de las plebes y de lo nuevo en Europa.

Y señala, como explicación, no sólo la mundialización de las técnicas, por ejemplo del barco a vapor y todo el instrumental de la sociedad industrial. Todo eso, dice, viene de la expansión del cristianismo y de la revolución que hizo Cristo en la historia, como centro de la historia al afirmar y reconocer la igualdad y la libertad de todos los seres humanos. Es el fundamento de un aspecto que hace que, en el mundo secular, se genere el proceso irreversible de la democratización. Porque en los fundamentos del cristianismo está la dignidad de los hijos de Dios. Esto ha ido horadando en la historia, y esto crece y va generando el ascenso de las plebes.

Esto Alberdi lo detecta porque ya tenía una reflexión geopolítica muy honda. Era lector y amigo intelectual de Michel Chevalier, al que cita en el fragmento, que era un saint-simoniano y uno de los impulsores internos de la Revolución Industrial en Francia; que había publicado un libro pero que se había comentado en revistas antes que seguramente Alberdi leyó, porque este núcleo intelectual era de lectores insaciables de las revistas francesas que les daban en los barcos en aquella época.

Estados Unidos ha sido uno de los países más proteccionistas del mundo. Muchos sostienen que lo siguen siendo, bajo la apariencia de mantener tarifas aduaneras bajas, porque tienen una cantidad de aparatos para-arancelarios y refinados mecanismos económicos que lo convierten en país superproteccionista mundial. Esto lo sabe muy bien el amigo; lo explica muy bien en un fascículo.

Esto Alberdi lo sabe bien. Alberdi se asume como argentino separado de Uruguay, Paraguay, Bolivia y todo eso. Cuando se recibe de abogado en Chile y revalida su título, en 1844, Alberdi compone una memoria sobre la necesidad de un congreso unificador de América del Sur, pero sin Estados Unidos ni Brasil; entre los hispanos hablantes. Sin Brasil.

Es interesantísimo; es un conjunto de enfoques y propuestas de unión aduanera, etc., etc. No lo ve así Bolívar, que no era una respuesta pintada a la amenaza del peligro de la reacción de la Santa Alianza europea sino la unificación interna de América del Sur, empezando con una propuesta para una política de aranceles, de las mismas leyes, de unificar el aparato administrativo, de establecer los mismos tipos de impuestos. Alberdi aun manteniéndose argentino, aun poniendo las Bases constitucionales de la Argentina, nunca en toda su vida perdió de vista a América del Sur, sobre la que continuó escribiendo siempre.

En 1844, en este estadio realmente único, Alberdi se inspira en el *Zollverein* alemán – la unión aduanera. Alberdi había ido a Europa y tenía un ojo tan certero que, de todos los ruidos europeos, sintió que lo que le servía era el *Zollverein* alemán, la unión aduanera alemana para los países emergentes de América del Sur. Y habla de políticas educativas comunes, etc. Es notabilísimo que una parte de lo que él anunció en 1844, la CEPAL de Prebisch lo va a poner en marcha intelectualmente en 1950; aunque sólo una parte de lo que Alberdi dijo, no todo.

En 1868 llega otra ocasión a este gran ausente de su amada Argentina, a la que amó pero siempre tuvo lejos y esa lejanía le permitió tener unas perspectivas totalizadoras notables, muy difíciles de lograr desde algún sitio particular sumergido dentro de sus fronteras. Porque, Alberdi las tenía desde el centro: miraba el conjunto sudamericano desde el centro pero no como el centro sino como un sudamericano y lograba una penetración insólita. En el año 1868, digo, Alberdi participa en un concurso que convoca Michel Chevalier en París. Alberdi vivía en París, a un año antes de la guerra entre Alemania y Francia. Y el concurso es para escribir sobre la paz. Escribe Alberdi allí un libro, que no publica porque estalla la guerra y el libro queda sin publicar. Se llama "El crimen de la guerra" y en esa obra Alberdi hace una anticipación y señala al proceso de mundialización que pone en marcha el barco a vapor, el telégrafo, los ferrocarriles, todos los inventos, todo eso; ve como el mundo se achica, y dice que los pequeños estados y los estados medianos van a significar menos que la verdadera conducción de la historia, que va hacia los grandes estados continentales.

Entonces, indica Alberdi, lo sabio es que los pequeños estados y los medianos estados se empiecen a reunir regionalmente para lograr configurar estados de dimensiones continentales, porque es el único modo que pueden ser interlocutores de los otros estados que necesariamente se iban a formar, aunque todavía no lo habían hecho.

Alberdi escribe esto en 1868, a dos o tres años del final de la guerra de secesión en Estados Unidos. Esta inicia el gran salto industrializador de los Estados Unidos, de 1865 en adelante, que va a culminar a fines del siglo XIX que ya Estados Unidos supera a cualquiera de los estados europeos. Alberdi escribe esto antes de que los Estados Unidos den el gran salto, antes de convertirse en el gran estado continental industrial.

Al término del siglo XIX, Federico Ratzel, alemán, escribe en artículos otra obra interesantísima. Es el iniciador de la geopolítica alemana y observa la irrupción de los Estados Unidos, que echa a España de Cuba y Puerto Rico, ocupa las Filipinas, se proyecta sobre el Medio Oriente y ya había obligado a Japón a abrir sus puertas al librecambio. Los japoneses se pegaron tal susto que decidieron que "nos va a pasar lo que le pasa a China, que los anglosajones le están obligando a fumar opio: hicieron guerra para tener importación libre de opio en China". Y entonces los nipones dijeron: tenemos que aprender de lo que les pasa a ellos. Eligieron a los jóvenes más capaces, a los que ellos consideraban más sabios en el país nuevo de la revolución Meiji, y, en la misma época en que Alberdi escribe "El Crimen de la Guerra" y anuncia los estados continentales, los envían. Estos nipones hacen recorridos por Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Alemania, el Imperio Austríaco y Rusia, apuntando todo; hacen todo un recorrido para ver y se vuelven a Kyoto con todas las enseñanzas. Los sabios japoneses estos le dicen al emperador: mire, acá hay que hacer una administración como Francia, un ejército como el alemán, una marina como Inglaterra y una industria como los Estados Unidos. Pero no son sólo palabras sin base, sino todo un estudio fundado; vieron y seleccionaron. Y en particular Bismarck les aconsejó: todos los capitales que usen, úsenlos de su ahorro nacional, porque si piden empréstitos no salen más de la deuda. Los japoneses lo aprendieron. Son historias antiguas, bueno.

Viene Ratzel y ve el emerger del poder continental yanqui, que es un nuevo salto cualitativo. Entonces, dice: las potencias europeas, y aún el Japón, están emergiendo; las naciones industriales de la dimensión de Francia e Inglaterra, que eran modelos, salen de la historia. Europa no tiene nada que hacer; deja de ser el centro de la historia, porque ahí enfrente ha nacido una nación que cuantitativamente es tan enormemente superior a cualquiera de las naciones protagonistas, que el salto que da es cualitativo. Sobre eso Ratzel erige un nuevo paradigma, referido a cuál es el tipo de país que puede determinar la marcha de la historia. Y eso ya no es más el estado-nación industrial como Francia, Inglaterra, Alemania; todo eso queda anacrónico. El que puede es Estados Unidos.

Estados Unidos es ya el poder hegemónico virtual al inicio del siglo XX, aunque no lo sepa. Los europeos se creen y hacen repetir que son el centro del mundo, pero ya no lo son más; la realidad última es que no lo son, pero no se dan cuenta. Europa tardó dos brutales guerras mundiales para empezar a entender que se tenía que juntar o se convertiría en absoluto margen del imperio norteamericano. Y entonces, Ratzel, no contento, dice: "Si Europa hace una nueva unión europea, si sus países forman un nuevo Estado Continental, entonces es posible que conserven la posibilidad de alternar en la conducción de la historia mundial del siglo XX". Pero es más fácil que sea otro. Y apunta hacia Rusia.

Y Rusia, en la última década del siglo XIX, comienza el gran despegue industrial, con el conde Wytte, el iniciador del gran despegue industrial ruso;

allí comienzan los sindicatos, los partidos socialistas, Lenin, cuando ya había empezado el proceso de industrialización.

Afirmaba Ratzel que si Rusia sabe acelerar su proceso de industrialización, va a ser el único país que en el siglo XX se pueda enfrentar a los Estados Unidos, porque, de ese momento en adelante, es la era de los estados continentales. Eso es lo que dice Ratzel, en forma distinta a lo que dice Alberdi.

Alberdi era como una anticipación lógica de la tendencia. Ratzel, en cambio, ya ve la emergencia clara de un poder superior a todo el resto. Entonces en forma ya más realista, dice: el siglo XX es la era de los estados continentales. Con eso estaba todo dicho. Diráse, sí, que fue la bipolaridad entre dos estados continentales de diferente régimen económico, social, etc.; pero fueron dos estados continentales; con un socialismo dinamarqués, o de Grecia, Rusia no hubiera prosperado ante el poder de los Estados Unidos. Hubiera durado horas. Entonces, uno ve la nueva lógica de los Estados Continentales.

Esto empieza a enramarse con lo que contaba, de principios del siglo XX, con los contemporáneos de Ratzel en América Latina. Manuel Ugarte, Blanco Fombona, se dan cuenta de lo mismo: que en los Estados Unidos había emergido un poder gigantesco continental y que la veintena de paisitos latinoamericanos eran inservibles para contenerlo. Entonces comienza la lucha por la integración intelectual, en el momento de apogeo de las patrias chicas individuales, que estaban en su esplendor aparente. Eso, sin embargo, lo discierne y lo penetra Haya de la Torre en la crisis del '29, inspirándose en Lenin pero sosteniendo que el imperialismo es la etapa final del capitalismo en los países industrializados, no así en los países en vías de desarrollo donde el imperialismo era la primera etapa; esta fue su postura en el Congreso antimperialista de Bruselas. Haya de la Torre, en su libro "El Antiimperialismo y el APRA", su primera obra, toma de modelo a Sun Yat-Sen, el chino que hace la revolución contra el imperio Manchú en el año 1912 y comienza la república.

Es más interesante para nosotros que Lenin, porque Sun Yat-Sen, educado por los misioneros metodistas yanquis en una misión asiática, luego va a Japón y ve el proceso industrializador de Japón, y enuncia la teoría general del nacional populismo. Esta la enuncia Sun Yat-Sen y Haya de la Torre la retoma. Dice que aquí no puede haber partido comunista tipo Lenin porque no hay una sociedad industrial constituida; que acá lo único que se puede hacer es una alianza de clases de los campesinos y la incipiente burguesía industrial de las ciudades, que es nuestra mira: los obreros, los sectores medios y sus intelectuales, es decir una alianza nacional y popular. Que eso es lo mismo que podrá ir gestando una gran revolución en China.

Todo eso pasó vicisitudes; Chiang Kai-Shek ... Mao Tsé-Tung que vino con otro enfoque ... Pero, en el fondo, Mao hizo la revolución campesina. El régimen actual re replica las teorías de Sun Yat-Sen, a punto tal que ha hecho de la casa de Chiang Kai-Shek un museo nacional, que le rinde homenaje; ya no se le rinde homenaje sólo a Mao, porque China ha ido girando en forma extraordinaria. Y hoy, a diez años desde los enfoques de Lenin y una muy inadecua-

da tasa de nacimientos, el comité central del partido comunista chino, formado por varias clases sociales, se encuentra ante el problema sobre el que leía hace poco, de que el proceso de industrialización y urbanización es tan intenso, tan exitoso, que en los próximos diez años esperan que haya una migración del campo hacia las ciudades de cuatrocientos millones de chinos. Miren qué problemita tienen; nosotros uruguayos tenemos sólo tres millones, etc., etc... ¡Cosa espeluznante! Un estado continental arcaico en un solo siglo recorrió los cuatro siglos de cambios de Europa. Y la India también. ¿Quiénes son hoy estados continentales?

Y entonces uno ve a Kissinger y Brzezinski (dos hombres muy inteligentes; aunque sobre ellos haya la opinión que haya, si leen algo del poder máximo leen los mejores, antes que a los burros. Se los recomiendo, especialmente a Brzezinski) ... dicen ambos: en el próximo poder de estados del siglo XXI (¡ide este siglo!) va a haber un concierto de los Estados Unidos, la Unión Europea, Rusia, China y la India; cinco estados continentales. Y entonces, acá, uno dice: ¿no podrá haber ninguno más? Porque si no, el enanaje está perdido.

Y nosotros somos de estaturas diferentes, pero enanos. ¡Los enanos! Ustedes son los más parecidos a los uruguayos de los enanos; están mucho más cerca de la insignificancia que de la exaltación. Entonces uno pone estas cosas para ser claros; si no, uno se autoestafa con facilidad extraordinaria. Nos educaron cantando el himno, ¡italán, talán!; que la Argentina es todo. Y en el ¡italán, talán!, uno un buen día se encuentra con que la Argentina no existe más y uno no se dio cuenta. Entonces, aquí está el secreto del Mercosur.

Y quien fue quien formuló el secreto del MERCOSUR se llama Perón. Es el que lo inicia, en la apertura de la segunda mitad del siglo veinte, en el apogeo de la separación, en aquella primera mitad en la que todos nos ignoramos. Empieza los gérmenes con los intelectuales y con los estudiantes de Córdoba que quieren la unidad global, intelectual, económica, institucional.

Es el primero que enuncia, con claridad meridiana, la nueva necesidad: se llama Perón, e invita a Brasil y Chile y les propone el nuevo ABC en 1951, en septiembre, en una conmemoración de la independencia de Brasil. Dice en un artículo que escribe en diciembre de 1951; voy a leer el artículo, que es esencial; lo escribe en el diario *Democracia*, y firma como *Descartes*, pero se lo manda a Lusardo, el embajador de Brasil, que escribió las *Memorias* y yo las leí porque quería saber qué había pasado con el embajador de Brasil y Perón en esa época tan importante. Lusardo relata en sus memorias, que son dos tomos, que Perón le envía el artículo con Juan Duarte, el hermano de Evita; y Duarte le dice de parte de Perón: "Aquí le manda este artículo porque aquí está su pensamiento fundamental, y le ruega que se lo mande a Itamar Ortiz y a Vargas". Este artículo se intitula "Las Confederaciones Continentales".

En lo más importante – todos sabían que él encara el tránsito del continentalismo hacia el mundialismo, o sea, algo parecido a Alberdi, al último Alberdi ¿estamos? – Perón recoge la herencia de Alberdi en otra situación y dice:

“La unidad empieza por la unión, y ésta por la **unificación de un núcleo básico de aglutinación**”.

O sea que, para que haya unidad, tiene que haber un núcleo básico de aglutinación. Si Paraguay, Uruguay, Bolivia se juntan para iniciar la unidad de América del Sur no forman ningún núcleo básico de aglutinación, ni se entera nadie ¿verdad? Tiene que ser un núcleo básico. Dice: “El futuro mediato e inmediato en un mundo altamente influido por el factor económico impone la contemplación preferencial de este factor. Ninguna nación, ni ningún grupo de naciones, puede enfrentar la tarea que tal destino impone sin unidad económica”.

O sea, él llama unidad económica a que cada país tiene que tener en sí todos los recursos importantes, y las dimensiones importantes de mercado interno, etc., etc., como para ser un desarrollo autosustentable para poderse proyectar en serio, y entonces dice: “El signo de la Cruz del Sur puede ser la insignia de triunfo de los penates de la América del hemisferio austral”. Y llama la atención que el MERCOSUR eligió como su signo a la Cruz del Sur.

“Ni Argentina, ni Brasil, ni Chile aisladas pueden soñar con la unidad económica indispensable para enfrentar un destino de grandeza. Unidas forman, sin embargo, la más formidable unidad a caballo sobre los dos océanos de la civilización moderna: El Atlántico y el Pacífico. Así podrían intentar desde aquí la unidad latinoamericana como una base operativa polifacética, como inicial impulso del devenir. Desde esta base podría construirse hacia el norte la Confederación Sudamericana, unificando en esa unión a los pueblos de raíz latina”..

“¿Cómo? Sería lo de menos, si realmente estamos decididos a hacerlo. Si realmente esta confederación se espera para el año 2000, qué mejor que adelantarnos pensando que es preferible esperar en ella, a que el tiempo nos esté esperando a nosotros. Unidos seremos inconquistables, separados indefendibles. Si no estamos a la altura de nuestra misión, hombres y pueblos sufriremos el destino de los mediocres”.

“La fortuna nos ha de tender la mano. Quiera Dios que atinemos a asirnos de ella. Cada hombre y cada pueblo tienen la hora de su destino”. En este texto fundamental, lo central ese el pensamiento de él; es la alianza Argentina-Brasil, o sea: Perón rompe con la visión alberdiana de “Brasil no”, y hace lo contrario: sólo con Brasil podemos construir el núcleo de aglutinación.

Este es el nudo de su pensamiento. Y desde esta unidad, es como en Europa: si se juntan Suecia, España, Italia, no pasa nada; pero si se unen Alemania y Francia, que están en el corazón de Europa y son el núcleo de aglutinación que forma la Unión Europea ...

¿Cuál es el núcleo de aglutinación de América del Sur? El país individualmente más importante, Brasil, y el país más importante por muchos conceptos de parte de los hispano hablantes, lo más importante de América del

Sur. Contiene la frontera viviente de cinco siglos de ese sur latino, la única frontera viviente que tiene con el Amazonas.

Son líneas fronterizas, pero no abstractas como esas con Venezuela, con Ecuador, con Colombia, con Perú; falta mucho que andar, dan mucho que andar. Es en la cuenca del Plata donde se convierte en el eje de la unidad Argentina-Brasil, y en ese eje de la unidad del núcleo de aglutinación fundamental, no sólo para América del Sur; si lo es para toda América del Sur, lo será para toda América Latina, porque México sin esto no va para ningún lado. Nosotros somos el único aliado posible, pero déjennos andar primero solos en esto.

Si solos nos fortificamos, los ayudaremos; pero si no nos fortificamos, ustedes no se metan, que lo único que harán adelantándose es perjudicarnos todos. Con el rubio del norte, entonces acá, nosotros, las fronteras argentino-brasileñas –¿cómo se llaman? Uruguay, Paraguay, Bolivia que es el corazón de esa frontera – la Cuenca del Plata, que empieza en el Matto Grosso y Santa Cruz de la Sierra ... Muchos geopolíticos de América del Sur llaman al Matto Grosso del Norte y a Santa Cruz de la Sierra el *Heartland* sudamericano, el corazón de la tierra sudamericana, porque son el enlace de la Cuenca del Plata y la futura cuenca: la Amazonia, que está en el centro mismo de América del Sur.

Es la elección del MERCOSUR, es la elección según Alberdi, la regionalización necesaria para generar lo que, primero, será una confederación, luego será un estado federal, luego una nueva nación. Y no se asusten, porque si no, no vamos a tener tampoco nuestras naciones propias.

Entonces, esto es una empresa que hace que, naturalmente, los uruguayos que olfatean esto, y los argentinos, y los brasileños, y los paraguayos con mayor razón, digan: si avanza hacia esto, la cosa es una revolución cultural que aterriza; todo el imaginario argentino ya no sirve como aislado, es un imaginario que se tiene que entrelazar con el paraguayo, con el boliviano, con el uruguayo, con el brasileño, para ir generando paulatinamente un imaginario sudamericano común para ir enseñando nuestra literatura, nuestra ciencia, la nuestra, que es, a la vez, argentina, uruguaya, brasilera, paraguaya, boliviana. Esa es la literatura y la historia y la ciencia que tendrán que estar en nuestras escuelas. Y cuanto más tardemos, más indefensos los dejamos para el futuro; los hacemos argentinos arcaizantes, uruguayos, brasileños, paraguayos, bolivianos arcaizantes. Y lo mismo a las escuelas de los otros enanos.

No tenemos derecho a hacerles eso, por nuestros prejuicios o mezquinos intereses locales. La tentación es creer posible avanzar hacia delante, mirando para atrás como si uno no avanzara hacia delante. Decidamos mirar adelante en serio, plantearnos la Cuenca del Plata, que está virgen, está empezando; la cuenca del Mississippi, el Rin, son fantásticas; en un día o dos circulan más barcos y canoas que en un año en nuestra cuenca. Pero es ridículo, y la tenemos enfrente; y tienen a Bolivia ahí nomás. Cuando entré hoy en el auto me dijeron: Este es un muelle de Bolivia. Dije ¡Qué bien! ¡Menos mal! Y hay

otro en Uruguay. Tiene que haber más vínculos, y más vínculos de intercambio, de conocernos, y mandar profesores y maestros, gente.

Ver e incursionar por un lado y por el otro; es una cosa impresionante lo que hay que construir existencialmente aquí porque, si no, quedamos prisioneros de cómo se nos educó con las consignas de la Argentina del Centenario. Añoramos el Centenario como lo insuperable, pero ... el Centenario nunca más; estuvo muy bien, fue un éxito, pero era el Centenario de una Argentina que supo usar bien sus exportaciones agropecuarias en el imperio inglés y con Europa occidental. Pero ahora se trata de generar esto y la civilización industrial, con técnicas, con capacidad de inventiva. Y para eso hay que tener capital y tenemos que tener para obtener un gran capital; no lo vamos a formar. ¿Si Ratzel decía con una Alemania al iniciarse el siglo XX: "Alemania no sirve más para nada ante el poder yanqui"!

Alemania era super-industrial, más industrial que Inglaterra, y tenía setenta millones de habitantes; aquí hay 37, con una emigración que no cesa. ¿Adonde vamos? Alberdi puso las bases exitosas, inteligentes del desarrollo de un país agro-exportador que ya cumplió su rol y va a cumplir otro, sólo en la medida en que se enlace con una gran industrialización, a la altura de las exigencias tecnológicas de nuestra época. Y, para eso, nos hace falta un mercado de cuatrocientos millones de tipos. ¡400 millones! Pero lo podemos hacer.

Perón, en esta propuesta del nuevo ABC, en el fondo hizo lo que pidió Alejandro Korn, en plena lucha por la reforma universitaria en 1925. Korn la describió como algo muy lindo "la hora de pensar las nuevas bases". A las nuevas bases le hacen falta la justicia social con los trabajadores y le falta el asentamiento de una cultura nacional. Y yo digo: está bien, Alejandro Korn, pero el asunto es lo de Haya de la Torre: democratización, industrialización, integración.

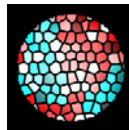
No hay democratización sin industrialización, y no hay industrialización sin integración y cada una de las partes se exige la una hacia la otra y eso es lo que nos ofrece la gran marcha del MERCOSUR. Estas son las nuevas bases con las que Perón abrió la segunda mitad del siglo veinte, poniendo las nuevas bases que han terminado generando el MERCOSUR, y responden a esa concepción, que es el hilo conductor de la unidad, en un grado u otro, del Cono Sur o de América del Sur y luego toda Iberoamérica. Solamente así nuestra cultura, nuestro mundo, nuestra historia tendrá sentido; si no, seremos las márgenes olvidadas, por lo que Alberdi llamaba un pueblo-mundo, un solo pueblo en el mundo, en una especie de estado mundial federal. Es posible que pase en el siglo XXII, es posible si no ocurre algún holocausto en medio; capaz que llega, a más tardar, en el siglo XXII.

Pero les quería dar estos pantallazos del proceso de separación, que vence al integracionismo presente en la Independencia; recordar cómo se mantienen algunas cosas, cómo en el apogeo de la separación empieza la reivindicación de la integración del 1900, cómo se acelera en la crisis del '29, y cómo arranca ya con dos argentinos, con el nuevo ABC de Perón y con la CE-

PAL de Prebisch. Porque fue la CEPAL de Prebisch, a través de Celso Furtado y sus hombres, los que más influyeron en el proceso de acelerar la industrialización en Brasil, la explosión de la lucha por la industrialización en Argentina, la que generó la gran proyección sudamericana de la CEPAL. Entonces, digamos, aunque por esas luchas de aldea Perón y Prebisch no se amaron nunca, eran los dos rostros de lo mejor de la Argentina.

Copyright © November 2007 *Electroneurobiología*. Diese Forschungsarbeit ist öffentlich zugänglich. Die treue Reproduktion und die Verbreitung durch Medien ist nur unter folgenden Bedingungen gestattet: Wiedergabe dieses Absatzes sowie Angabe der kompletten Referenz bei Veröffentlichung, inklusive der originalen Internetadresse (URL, siehe oben). / Este texto es un artículo de acceso público; su copia exacta y redistribución por cualquier medio están permitidas bajo la condición de conservar esta noticia y la referencia completa a su publicación incluyendo la URL (ver arriba). / This is an Open Access article: verbatim copying and redistribution of this article are permitted in all media for any purpose, provided this notice is preserved along with the article's full citation and URL (above).

Accepted: November 15, 2007 – Published: November 23, 2007



revista

Electroneurobiología

ISSN: 0328-0446